

EL CAMION

NOVELAS ARGENTINAS

POR

CARLOS MARIA OCANTOS

De esta serie de novelas en que se estudia y describe la vida argentina contemporánea en sus diversas manifestaciones, van publicados los *catorce* tomos siguientes:

León Zaldívar.—Quilito.—Entre dos luces.—El Candidato.—La Ginesa.—Tobi.—Promisión. — Misia Jeromita. — Pequeñas miserias.—Don Perfecto.—Nebulosa.—El Peligro.—Ríquez (Memorias de un viejo verde).—Victoria.

Se halla en preparación el tomo XV

La Cola de Paja.

DEL MISMO AUTOR

Mis cuentos (primera serie). Un tomo.

Sartal de cuentos. Un tomo.

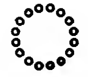
Fru Jenny (seis novelas danesas). Un tomo.

El Camión (seis novelas españolas). Un tomo.

CARLOS MARÍA OCANTOS

EL CAMIÓN

SEIS NOVELAS ESPAÑOLAS



MADRID
Tip. de la «Revista de Arch., Bibl. y Museos»
Olózaga, 1.
1922

Creo que a mi obra general novelesca faltaban mis observaciones e impresiones españolas, particularmente madrileñas, al cabo de tan largos años de residencia en España. Junto a la serie de mis novelas argentinas deben figurar siquiera algunas españolas, como figuran ya las seis novelas danesas, fruto de mi estancia en Copenhague y que bajo el título de *Fru Jenny* fueron allí acogidas con agrado.

Escritas con la misma sencillez, la misma franqueza, y, ¿por qué no decirlo?, con mayor afecto y simpatía, ahí van estas seis novelas cortas españolas. Que sean acogidas con igual benevolencia.

Villa Buen Retiro.

C. M. O.

EL CAMIÓN

I

Erase un pueblo apacible...

En lo alto de la sierra se empina Alharaca del Monte, dormitando al sol beatamente con su torre vetusta, sus casucas raquíticas, sus callejas torcidas y su enjambre de almas cubiertas de orín y de moho, cementerio de vivos no más poblado que el otro que, a espaldas de la iglesia, por las tapias ruinosas alza sus cipreses, centinelas de la muerte. Que este nombre de Alharaca fuera mofa o ironía cabe pensarlo, porque sonando a bullanga, alboroto o alegría ruidosa, contrastaba con la paz del lugar, paz de siglos, paz eterna, nunca interrumpida por las voces del mundo, que no llegaban allá arriba y si llegaban era eco que ningún oído atendía ni había interés en recoger, como no fueran las de

la vida mecánica de la aldea, en que cada vecino era una pieza del engranaje; el Cura, el Médico, el Maestro, el Juez, el Secretario, el Alguacil y el Sargento, los resortes, y el tío Felipón, el Alcalde, eje principal y autoritario, heredero de una dinastía de Felipones de largas narices, escaso meollo, potente estómago y conciencia tan ancha como las faltriqueras.

Extraña Alharaca a las palpitaciones políticas y sociales, no tenía historia. Ni antigua, ni media, ni moderna. Pacífica hasta el marasmo, nunca dió nada que hablar ni que escribir. Apenas si se recordaba que una vez ardió el pajar del Cura, abrasándose un pollino, y que en tiempo de no sé cuál de los Felipones la hija se escapó con un estudiantón de Villatonta; acontecimientos locales, particulares, no merecieron ser tomados en cuenta, y así no constan ni en pergaminos ni en mármoles.

Para ventaja mayor y feliz garantía de su aislamiento, que le aseguraba el disfrute de dilatados años en su existencia de marmota, tampoco tenía rasgo saliente que le distinguiera de otros lugares: ni aguas calientes ni frías, ni frutos apetitosos, ni ermita renombrada, ni Cristo milagroso, ni fiestas atrayentes, ni hijo ilustre, ni cuadro notable... Por un lado, Villatonta asentada en la planicie, y por el otro, una cuesta más larga, más larga, no retorcida ni es-

carpada, sino larguísima y endemoniada para subirla como para bajarla, precisamente la que la ponía en comunicación directa con la capital y a la que llamaban por todo ello la Cuesta de las Cabras. ¡Cualquiera subía la Cuesta de las Cabras con el sol de julio a plomo no siendo alharaqueño de nacimiento! Pero como no había para qué subirla, al menos con la frecuencia que un camino llano hubiera brindado, a los alharaqueños les tenía muy sin cuidado que así fuera y antes se alegraban de que impusiera respeto a los forasteros y derrotara a los más audaces andarines, pues de otro modo no gozarían del silencio y de la tranquilidad en que se placían. Como que si no fuese por la Cuesta de las Cabras, cogida Alharaca entre la capital y Villatonta, sería el paso de todos, el desfiladero de carromatos y trajinantes, de automóviles y turistas, y adiós paz, adiós silencio, adiós el vegetar perpetuo de las generaciones, adiós la bendita petrificación de las almas, adiós valladar del progreso, monstruo al que había que dar en los hocicos, adiós, ante todo y sobre todo, la industria tradicional de los Felipones, tratantes exclusivos, por derecho propio y gracia divina, en mulas, burros, carros y tartanas, empresa de transportes sin competencia, pues otra no se consentía en la localidad y la estación del

ferrocarril quedaba lejos, en un poblacho de más abajo que llaman Herreruelo.

Felizmente para la apacible Alharaca del Monte y para la astucia de todos los Felipones, así era y así había sido desde la noche de los tiempos hasta la mañana luminosa de esta historia.

II

La primera chispa.

Monopolio es ley draconiana que no permite discusión ni protesta: nada más que el acatamiento impuesto por la necesidad. De suerte que en Alharaca, cuando alguno había de transportarse en vehículo que no fuera el de San Francisco, tenía que pasar por la horca caudina del señor alcalde, que en seguida le echaba el lazo hasta ahogarle: tanto por bajar la cuesta, tanto por subirla, tanto por ir a Villatonta, tanto por ir a la capital y tanto y tanto por volver, aunque volviera de vacío, y tanto y tanto si era de noche o de madrugada, o si llovía o si nevaba.

—¡Pero, señor Alcalde! —imploraba algún infeliz intentando ablandarle.

—Pero, Felipe —intervenía el Cura tal cual vez, sobre todo en Cuaresma—; a ver si es usted más cristiano.

—Señor don Fidel —contestaba con brusquedad el tío Felipón—, ¿sabe usted a cuánto está la cebada? ¿Y los jornales? ¿Y lo que sufren mis mulas? La más guapa de ellas, la *Ramira,* se me mancó ayer en la cuesta... Nada, que voy a trabajar yo para el obispo. ¿Y mi mujer, señor don Fidel? ¿Y mis hijos? En todo caso, al que le parezca caro que vaya a pata o acuda al de enfrente.

Enfrente no había otro, y así cobraba el tío Felipón lo que quería: sendas pesetas, duros sahumados, que en buenos caudales saliendo de sus arcas, se convertían luego en campos, en prados, en casas, en animales y en carros de dos ruedas y de cuatro, y aún le quedaban piquillos para colocar al quince y al veinte y hasta al treinta, más bien más que menos. De esta explotación oficial tenía el pueblo muestras que sangraban, pruebas como ampollas que escocían y ahí estaban todos doliéndose de ello, a la sordina, por supuesto, y los primeros los aludidos resortes del mecanismo, sin excluír a don Fidel; todos, menos uno, que no era ni resorte, ni pieza grande ni chica, sino el vecino más rico y, por tanto, independiente, enemigo político y personal del Alcalde, propietario de

la casa más hermosa de Alharaca, la que da frente a la iglesia y en altura se hombrea con ella; don Manolito, que así, a secas y sin más distintivo de apellidos, le conocían.

Que don Manolito no se doliera no causará asombro, porque no tuvo nunca necesidad de recurrir ni a los préstamos ni a los servicios del tío Felipón, que buenas rentas tenía y hasta un par de calesas... ¡Qué calesas! ¡Ni en Villatonta las había mejores! Pero los demás, ¡Virgen del Buen Camino! Los demás...

Agobiados y sufridos, callaban en público los alharaqueños y rabiaban en casa, y cuando habían de poner la propia humanidad en marcha, quieras que no, pagaban y andando, que el ir en coche, aun siendo al infierno, agrada y consuela, más por aquella maldita Cuesta de las Cabras.

Y he aquí que una mañana estalló como un cohete la noticia estupenda, que sacudió la modorra de la aldea; hizo reír grandemente, alegremente a don Manolito, que en su huerta admiraba sus coles; teñir de viva púrpura los agitanados carrillos de don Fidel, que de celebrar acababa; espantarse al Sacristán y al Médico, al Juez, al Secretario, al Alguacil, al Sargento, al Maestro... y palidecer al tío Felipón e intensamente, dolorosamente a doña Luteria, su mu-

jer, y a Quiteria, su hija, la blanca, la rubia, la dulce, la angelical Quiteria.

III

Lo que vió Antoñín.

Antoñín era el cabecilla, el general en jefe de los pilluelos de Alharaca. Banda temible de sirvergüenzas y desharrapados, de sol a sol por las callejas y por los campos, sin ley ni freno, vagabundeaban, correteaban, jugaban, escandalizaban, se entrometían, estorbaban, perjudicaban y hacían más diabluras que gorriones y maricas en sembrados y melonares. Hijo de la Blasilla, la del tío Cascabel, lo más natural que puede darse y sin firma de garantía, porque la Blasilla salió, la pobre, más ligera y más alegre y más dadivosa de su persona que colmaba las medidas a cuantos la solicitaban, o eran solicitados descaradamente; por aquello de la parte de responsabilidad que podía caberles, no había viejo verde, ni mozo de trueno, ni casado a mal con San Pablo que no mirara a Antoñín con simpatía y sospechosa benevolencia. ¡Quién sabe! ¡Cualquiera lo averigua!...

Así se ufanaba él de sus inmunidades. Hijo del pueblo, le venía de perilla el sobado remoquete y en estricta justicia ningún otro más que él lo merecía. Y como tal era el tirano del pueblo, consentido, regalado, buscado, acariciado y soportado por todos..., menos por los que nada tenían que ver con las liviandades de la Blasilla.

No por esta protección y general padrinazgo andaba Antoñín más limpio, ni parecía más pulcro de lengua, ni llevaba menos rotos en los pantalones. Al contrario. Lo que hay es que, selvático de suyo, no admitía nada que no fuera completa libertad, al aire siempre, con la honda en la mano y la desvergüenza en la boca. También, como afirmaba el bueno de don Fidel, ¿qué querían ustedes que saliera de aquel antro de la Blasilla, donde todo era torpeza y concupiscencia?

Otra cosa hacía de Antoñín el personajillo más interesante de Alharaca. No entraba una mosca en el pueblo, no ocurría nada de mayor o menor importancia o de importancia ninguna, que con ser nuevo bastaba, que él no lo cazara al vuelo y le diera circulación más que a paso. Era un chico de la prensa espontáneo e inconsciente, sin la rémora que impone y los peligros que supone la letra de molde; por tanto, más de temer y más indiscreto. ¿Lo había visto Antoñín? ¿Lo decía Antoñín? Pues ya se ha-

bían caído el fulano y la zutana... Porque Antoñín, eso sí, no inventaba nada, no calumniaba, no mentía; de lo que se infiere que todos le creían. El revelaba, de pe a pa, lo que había visto u oído. Nada más. Con lo cual ya había bastante. ¡Condenado Antoñín!

¿Quién había de ser, pues, el que dió la noticia estupenda? Antoñín. El mismo día de la llegada del elegante automóvil ocupado por un caballero rubio y dos damas, una vieja y la otra joven, ambas de estas modernistas vestidas de corto como las niñas, las pantorras enfundadas en medias transparentes y empinadas sobre tacones de a jeme, igual por detrás la vieja a la joven, para burla de galanteadores, escudadas con el tapujo de los velos, que entreabrieron cuando bajaron en la plaza y visitaron la iglesia y andando a saltitos recorrieron el escaso perímetro de la aldea, Antoñín, pegado a ellos, les siguió, les guió, les oyó comentar, y tan simpático y servicial como era obtuvo una peseta de propina y unos datos... El joven rubio, que parecía extranjero y no lo era por el acento (en esto Antoñín tenía mucha experiencia), se entusiasmaba tomando apuntes con un lapicero de oro; la señorita aprobaba estirando los labios pintaditos de sangre pura, y así su boca semejaba horrenda herida; la vieja tosía, haciendo un gorgoteo que debía de ser de aprobación. Y to-

dos tres le preguntaban. ¡Jesús, qué señores más preguntones! Todo lo querían saber.

Cuando se marcharon, no había el automóvil traspuesto el término y ya todo Alharaca conocía el suceso.

—¿Sabéis que... —decía Antoñín de puerta en puerta y de oído en oído.

No se necesitaba más pregón; de tal manera, que antes de media hora la noticia llegaba a Villatonta y antes del anochecer rodaba por la Cuesta de las Cabras abajo.

IV

El tío Felipón dice que no.

Salita en casa del señor Alcalde. Ventana abierta sobre la plazoleta, en la que el hijo mayor, Juanines, desengancha las mulas de la tartana. Se ven cruzar palomas por el añil del cielo. Cerca de la ventana echa un remiendo doña Luteria, muy frescachona y prendida, al parecer más absorta en cierto pensamiento desagradable que en su tarea, y la linda Quiteria zurce una media. En las paredes, blanqueadas de cal, grabados de toros acompañando a la Virgen

del Buen Camino, que señorea el testero. Un chinero a la derecha, conforme se entra por la puerta baja, que cubre, a guisa de cortina, una sábana muy limpia, y sobre el chinero, platos de loza, vasos de vidrio, un florero con flores de trapo, dos sandías, dos melones y dos botellas, una de vino y de aguardiente la otra. En el centro, la mesa de óvalo con tapete de hule, y los codos encima, el cigarro en la boca, los ojos vagos, el tío Felipón, que no habla, que reflexiona, que sufre...

De pronto suena espantosamente una bocina e irrumpe en la plazoleta el elegante automóvil del joven rubio. Juanines, fuera; doña Luteria, el tío Felipón y la niña, dentro, cada cual y a su manera expresó la sorpresa y el disgusto.

—¡Viene acá! —murmuró doña Luteria.

—¡Ya baja! —dijo Quiteria suavemente.

Y Juanines, en la plazoleta, decía:

—Sí, señor; esta es la casa del señor Alcalde.

Bruscamente el tío Felipón se había levantado, y con gesto de vinagre, que no armonizaba ni con su autoridad ni con la calidad suya, invitó a pasar al visitante.

—Entre usted, pase usted... Soy el mismo... Usted dirá... Tome usted asiento.

Saludó el joven muy cumplidamente a las damas y no quiso sentarse antes que el señor Alcalde. Muy correcto y gentil, con desenvoltura

que revelaba trato mundano, se apresuró a explicar por qué se atrevía a molestar a tan digna persona como el señor don Felipe.

—Usted dirá —repitió el Alcalde más hosco todavía.

—Pues, yo, señor —comenzó el joven rubio—, me llamo Leonardo Gandía, para servir a usted...

—Muy señor mío.

—Y vengo... ya se imaginará usted a lo que vengo. ¿No ha oído usted nada, señor Alcalde?

—¿Qué? Yo no me ocupo de ruidos.

—Me refiero a lo del camión. Sí, señor Alcalde; yo soy el que trata de establecer un servicio público de automóvil, que importará un progreso para la capital y un beneficio para estos pueblos, desde el término del tranvía hasta Herreruelo, pasando por la Cuesta de las Cabras y Alharaca, es decir, facilitar el acceso de la Cuesta de las Cabras y de todo este pintoresco extrarradio.

—Pues a facilitarlo, amigo, a facilitarlo; ¿a mí qué? Yo no soy el Gobernador, y con el Gobernador es con quien hay que entenderse.

—Corriente; pero yo quiero entenderme antes con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, señor Alcalde. Es usted el principal, el único, mejor dicho, empresario de transportes

en Alharaca del Monte, y a mí me parece que asociándonos los dos, el negocio, ya de suyo pingüe, muy pingüe, créalo usted, sería soberbio. Yo no quiero competir con usted, y aunque no se pusiera usted de acuerdo conmigo, no seré su rival. Tengo un capitalito, acabo de casarme, mi mujer tiene su dote... Hombre moderno y de alientos, antes de enterrarlo en papel del Estado o despilfarrarlo, decido dedicarlo a la industria. Hay que mover los capitales, chicos y grandes. Hay que acabar con la leyenda de una España empobrecida y apática. Yo, hoy; mañana, mis hijos... De manera que, señor Alcalde: ¿nos entendemos o no nos entendemos? Porque si está usted dispuesto a entenderse, desde luego entraré en detalles interesantes que le harán ver la excelencia de mi proyecto.

—No, señor Gandía; no éntre usted; ¿para qué? Ese servicio de automóvil me tiene muy sin cuidado. Mi opinión particular es que será un fracaso y perderá usted los cuartos lastimosamente. Conozco el paño. Hay quien no monta en uno de esos coches malditos ni a tiros, y hay quien no se mueve de su pueblo, como si en vez de pies tuviera raíces. El conocer la Cuesta de las Cabras no le importa a nadie, ni le importará si es que no se trae usted la casita de juego para armarla en los alrededores... ¡A mí con automóviles! A mí deme usted mu-

las, que con mulas viene tratando mi familia desde los tiempos de mi tatarabuelo y que nos va muy bien y nos fué bien siempre. ¿Yo, meterme con ese monstruo hediondo y escandaloso, antipático y mortífero? No, señor Gandía. No pondré en el negocio ni una mala perra. Y usted dispense si hablo tan claro. Yo soy así, y así hay que tomarme.

—Muy bien hecho —tornó a murmurar doña Luteria.

—Muy bien dicho —suspiró Quiteria.

V

Congreso alharaqueño.

Con tales despachaderas, no hubo más en la famosa entrevista, ni podía haber con permiso de la buena crianza. Marchóse el joven rubio, el don Leonardo Gandía de nombre, "a quien Dios confunda", según los caritativos votos de doña Luteria, y quedó el tío Felipón jurando, como carretero que era, entre el furioso estruendo del monstruo, que al otro llevaba en volandas a los infiernos.

Porque estaba en juego el pan de la familia,

y ante la certeza del rumor convertido en hecho, de la noticia de Antoñín viva y patente, se le llenaba al tío Felipón la boca de blasfemias. ¿Podían sus mulas luchar con los tantos H. P. del endiablado vehículo? ¿Podía dudarse que el odioso camión iba a mandar arrinconar sus tartanas y carricoches sólo con presentarse en la plaza y aquel *hombre moderno* echar abajo sus tarifas monopolizadoras con el dedo? No había lucha posible; no, no. ¿Verdad, Luteria? ¿Verdad, Quiterita?

Las dos mujeres lloraron por toda respuesta, y él se fué a la plazoleta, llena aún de la humareda y la pestilencia del monstruo, a desahogar con Juanines el turbulento hervor de su despecho...

Por la noche, en la habitual tertulia de la taberna del tío Haro, encontró al Juez, al Secretario y al Sargento. Con ellos jugaba al tute y compartía el ojén y el tabaco, desde el toque de oraciones hasta la hora de la cena. En otras mesas se reunían el Médico, el Maestro, el Alguacil y otros de tanta categoría, dedicados todos a la patriótica tarea de matar el tiempo, regenerar teóricamente a España y alcoholizar santamente el cuerpo. No faltaba sino el Cura, pero éste estaba representado por el sacristán, Pepe, cartero también, estanquero y zapatero en sus ratos perdidos.

Ante esta asamblea se presentó el tío Felipón, y de ser perspicaz, habría leído en la cara de cada cual, más o menos rudas todas y tostadas por el beso del sol y el hálito de la montaña, cierta expresión de burlona complacencia, que su aparición obligaba a velar respetuosamente.

—¡Buenas noches, señores! —saludó el Alcalde fingiendo entereza.

—¡Hola, Felipe! ¡Buenas noches!

En el mostrador el tío Haro, más ordinario y sucio bajo la esplendidez de la luz eléctrica, regañaba con el medidor distraído. Y el Juez fué el primero que se atrevió a hablar del asunto del día... ¿Conque era cierto que se ponía el servicio de automóvil?

—Sí, señores —contestó el tío Felipón con despego—; parece que pronto disfrutará Alharaca de un servicio de transportes como su categoría exige.

—¡Un poblacho! —apuntó, despectivo, el Médico—. A mí no se me alcanza qué fin persigue ese señor forastero, como no sea el de gastarse los cuartos. Porque en verano acaso pueda contar con la colonia; pero, ¿en invierno?

—¡Eso digo yo! —afirmó el Juez, que precisamente momentos antes había dicho lo contrario.

—Y ¿para qué más servicio que el excelente de don Felipe? —apuntó el secretario lanzán-

dose decidido por el camino abierto de la adulación.

—Va a suceder con eso —tronó el tío Haro desde su sitial— lo que con otras cosas: que nos trajeron el agua y apenas la gastamos, pues ahi tenemos gratis la fuente; que nos pusieron la luz y casi no hay particular que la encienda, porque en ninguna casa faltan quinqués. Ahora nos ofrecen un camión para andar más cómodos y más rápido: pues no montaremos, sencillamente...

Se levantó gran estrépito. Claro que no montarían. Y si la abstención era general, adiós camión y servicio público de automóvil. Luego, ¿era justo dejar que un forastero viniera con sus manos lavadas a quitar el pan a uno de los principales, de los más queridos, de los más serviciales vecinos de Alharaca? ¿Quién se ocupaba de la cosa pública con el desinterés y la abnegación que don Felipe? ¿Quién estaba siempre dispuesto a ayudar al necesitado? ¿No cedía sus campos, a lo mejor, gratuitamente? ¿No perdonaba plazos? ¿No facilitaba fondos? ¿No brindaba influencias? ¿No removía obstáculos administrativos? ¿Qué menos, por tanto, que en aquel trance de ruinosa competencia se le acompañara y fortaleciera con amistosa lealtad? ¡No, no montarían en el camión! El Juez aseguraba que ni él, ni su mujer, ni sus hijos.

Los demás, también. Algunos, como el Maestro, hicieron ademán de jurar. Y dejarlo, que ya se estrellaría en la Cuesta. ¡Todos los días se estrella alguno!

El Alcalde, emocionado, de pie ante el concurso, escuchaba con la copa de aguardiente en la mano.

—Señores y amigos —dijo—, gracias. Ya sabía yo que debía confiar en vosotros. En esta ocasión, como en otras memorables, el pueblo de Alharaca está con su Alcalde, sus fuerzas vivas me sostienen. ¡Que venga el camión! ¡Que pase el camión! ¡Que se estrelle el camión, que no será con ninguno de nosotros!

—¡Amén! —asintió el Juez—. Choca, Felipe.

—Choque usted, don Felipe.

Unos tras otros chocaron con el Alcalde y vaciaron sus copas. No estaba don Manolito, y es lástima. Porque sus antiguos rencores de litigante vencido habrían quedado satisfechos y se habría reído, ¡cómo se habría reído don Manolito! oyendo los discursos y presenciando la actitud del congreso alharaqueño antes y después de la entrada del tío Felipón en la sala.

VI

Quiteria tiene una idea.

Don Marcelino, el maestro de escuela, paliducho y enclenque, anémico de sangre y de sueldo, enamoraba a Quiteria. Con la ilusión de casarse con Quiteria vivía, de ella se mantenía, y así estaba el pobrecillo. El tiempo que debía dar al estudio, porque un maestro nunca sabe bastante, lo dedicaba a la dulce compañía de Quiteria; por las tardes apacibles, en el banco de piedra de la ermita del Buen Camino, bajo la vigilancia de doña Luteria; por las noches, en la reja de su casa. Y pelando la pava se pasaban las horas entre los ladridos de los perros: alguna vez el canto de los gallos les sorprendió en pleno deliquio. Otra sorpresa no habían de temer, porque tanto derretimiento y pegajosidad era con permiso de los padres, que si no, ¡bueno estaba el tío Felipón! ¡y la señora Luteria!

Así, pues, que se hubo deshecho la tertulia del tío Haro y acabado de cenar poco y de prisa, don Marcelino se fué a la reja de sus amores. Hacía luna, y en la calleja su sombra se estiraba como un fantasma que fuera rozando paredes y tejados... A causa del calor la ventana

estaba abierta. Quiteria le esperaba recostada en los hierros, cara a la luna, como reclusa que husmea la libertad. Don Marcelino dudó si aquella figura luminosa era un ángel o una mujer, pero ella le sacó de la duda y del enajenamiento, susurrándole:

—¡Ay, Marcelino! Te esperaba con una impaciencia... Hace poco pasó el tío Cascabel y creyendo que eras tú me dió un golpe el corazón... Nada, que estoy muy nerviosa, Marcelino. Con esto del camión aquí no se vive. Yo hasta sueño con el camión y discurro muchos disparates. Tengo una idea, Marcelino, y por eso te esperaba con tanta impaciencia...

Contó el maestro lo ocurrido en la taberna del tío Haro y cómo *las fuerzas vivas* del pueblo habían ofrecido al Alcalde su apoyo entusiasta con el compromiso de no montar en el maldito automóvil, que así venía a interrumpir la paz del lugar, vulnerando intereses y provocando conflictos y lágrimas: se le haría el vacío, el pueblo entero se abstendría de sus servicios y su bocina sonaría en balde. Al fin tendría que darse por fracasado y llevar el progreso a otra parte.

—No lo creas —opuso la joven con aflicción—; ese don Leonardo Gandía parece rico, y detrás de él ha de haber algún ricachón que le guarde las espaldas. Estas empresas no se in-

tentan sin buen capital, que permita aguantar los inconvenientes y escollos del principio. Todas esas *fuerzas vivas* que tú dices acabarán por montar en el camión, y el pueblo entero montará también, porque la comodidad, la rapidez y la baratura no son cosas de desdeñar, y mi padre se arruinará... ¡Y nuestra boda se aplazará indefinidamente! ¡Como si lo viera, Marcelino! Hay que evitarlo.

—¿De qué manera?

—Mira: muy sencillamente.

Se buscaría una buena espuerta de clavos, de estos pequeños que llaman tachuelas, y de otros más grandes conocidos por puntas de París, y de otros más grandes todavía por si fallaban los pequeños, y con ellos se sembraría todo el trayecto: cada noche una espuerta. ¡Y que habría que oír los estampidos de los neumáticos! ¡Cada pinchazo una estación, y vayan cubiertas y vengan parches y cámaras! Si por este medio no se lograba acabar con el camión, Antoñín, bien adiestrado, podía echar una cerilla encendida en el motor, o en el depósito de la gasolina, o en la cochera del tío Cascabel, su abuelo, en que decían iban a guardarlo... Remedios heroicos como lo exigía el caso, tenían la ventaja de lo expeditivo, de lo resolutivo y de lo anónimo, garantía de impunidad. Porque no se sustituye tan fácilmente un ca-

rromato de esos, y si se le sustituía, ¡pues no hay clavos y cerillas a mano, en gracia de Dios!

Sonreía infernalmente, entre tanto, la angelical Quiteria, y don Marcelino callaba, que no estaba en sus libros la doctrina del terrorismo...

VII

El monstruo.

Pasaban los días y el camión no llegaba, ni noticias suyas tampoco. Según don Manolito, era por causa de los trámites en que el rubio señor de Gandía andaría enredado, pues ya se sabe que el camino administrativo está lleno de zarzas y no marcha por él desembarazado el que quiere y a las veces ni aun el que puede. El había visto el camión, ¡ya lo creo!, y era hasta allí... Pintado de gris, con listas rojas, asientos de terciopelo; una banderita española en el tapón del radiador. Tenía 25 caballos de fuerza y subiría la Cuesta de las Cabras ...¡en tres minutos!... ¡Anda! Cuando las mejores mulas del Alcalde ponían... ¡tres cuartos de hora!... También había visto don Manolito la lista de precios. ¿Saben ustedes cuánto cobrarían por

subir la Cuesta? ¡Una peseta! ¡Atiza! ¡Y el tío Felipón cobraba cinco!

Con todo esto la casa de la Felipona familia estaba que ardía. Las narices parecían haberle crecido al Alcalde y no hacía más que dar resoplidos y porrazos. ¡Una peseta! ¿Había resuelto el señorito aquél reventarle? Las *fuerzas vivas* en que se apoyaba y confiaba ¿serían capaces de contrarrestar el omnipotente influjo de la realidad pesetera? Doña Luteria aportaba cada día un voto más, un compromiso más: hasta doña Máxima y doña Mínima, las dos hermanas maestras de escuela, así llamadas, una por su nombre de pila y la otra por su apodo, la habían jurado que ellas no cometerían el delito de lesa amistad de montar en el camión... Bueno; pero, ¿resistirían al reclamo de la peseta, a la tentación gratísima de los tres minutos? ¿Quién resistiría?

El tío Felipón llamó un día a Antoñín y, palmeándole los sucios carrillotes (¡quién sabe! ¡cualquiera lo averigua!...) le prometió un buen regalo si antes que nadie le traía noticias del camión. Si entraba en el pueblo el joven rubio, y con quién hablaba, y lo que decía; si se presentaba el camión en la carretera... No quería ser sorprendido. No quería ser engañado caritativamente. Quería forjar a tiempo su plan de resistencia y de defensa.

—Pues acaba de salir de casa de don Manolito —contestó el chiquillo—, y le he oído decir en la puerta que para el sábado... Y aquí tengo estos papelitos de colores que me dió a repartir con un duro, ¡un duro de propina! Así he alfombrado toda la calle Real y en todas las calles y hasta en la iglesia, para que se enteren también don Fidel y el señor Pepe, he echado papelitos. ¡Parece que estuviéramos en Carnaval, señor Alcalde!

Sacó del pecho, que descubría la camisa hasta el ombligo, como enjambre de mariposas multicolores aprisionadas, un puñado y dió una hoja al tío Felipón. El tío Felipón se puso verde como el cartel. Porque aquel verde cartel era un cartel de desafío, la tarifa irrisoria del camión con horario y todo, cual corresponde a un servicio público regular.

Y como dos días después era sábado, el pueblo entero de Alharaca, no en la calle, sino tras de postigos y celosías, esperó a la hora anunciada el paso del odioso monstruo: la Alcaldesa con Quiteria, en la ventana de la plazoleta; el Alcalde con Juanines, en un tragaluz del caserón, que querían ver y que no los vieran. Si se presentaba, por la plazoleta había de pasar... ¡Qué plantón, señor, qué plantón! De repente se escuchó un ladrido espantoso, la bocina que aullaba, y apareció el monstruo, soberbio, provocador...

Tal como don Manolito le describiera, le guiaba el mismo señor de Gandía, maniobrando muy diestramente en el volante y obligándole a hacer arriesgadas evoluciones de avanzar y recular, en una de las cuales, como toro que va a embestir (para el símil bien valía la banderita por moña), topó con los mismos umbrales de la casa del señor Alcalde, que era lo mismo que retarle a la descomunal batalla. Iban dentro tres viajeros, probablemente de Villatonta, y alrededor la banda de Antoñín que gritaba:

—¡A la Cuesta de las Cabras! ¡Una peseta!

Nadie respondía al reclamo. Nadie. Silencio. Indiferencia. Desdén. Alharaca cumplía su palabra. ¡Invicta Alharaca! De hoy en más serás llamada la Noble.

¿Nadie? Allí viene don Manolito, que monta. Y una mujer, que monta también. ¿Quién? ¡La Blasilla! ¡Qué risa! ¡Y qué honor! Albricias por el estreno, señor Gandía.

Aulló de nuevo el mónstruo y echó a correr, a volar con don Manolito... ¡Y la Blasilla! ¡Anda con Dios!

VIII

Defensa numantina.

—Mira, Juanines: aquí tienes esta lista de nombres. Son de todos los que se han compro-

metido a no montar en el camión y a no valerse de otro medio de transporte que de los que nuestra familia viene proporcionando al pueblo hace un siglo largo. A todos los convierto en abonados del nuevo servicio, tan agradecido les estoy y tan dispuesto a sacrificarme, a sacrificar hasta el último cuarto de mi hacienda en este duelo a muerte... ¿Qué ruido es ese, Juanines?

—El camión que sale, padre.

—¡Mal rayo...! Bueno, hijo; como verás, cada abonado habrá de pagar treinta pesetas mensuales y esto les dará derecho al viaje diario de la cuesta, ida y vuelta, ventaja grande, Juanines, muy grande. Por viajes sueltos cobraré tres reales... ¿No cobra el camión una peseta? Pues, yo, tres reales nada más. No dirán que no soy razonable. Habla, pues, con cada una de las personas de esta lista, encomia el servicio que va a inaugurarse, encomia las rebajas y las ventajas como merecen ser encomiadas y ponles delante de los ojos el sacrificio que para nosotros importa... Que todos echen su firma en ese papel, Juanines. Cada firma será el sello del compromiso contraído.

—Pero, ¿va usted de veras, padre, a emprender competencia con el camión?

—Sin duda y sin vacilaciones.

—¿Con las mulas?

—¡Con las mulas!

—Eso es como si yo apostara a correr con el tren. Padre, ¡por Dios!, si de las once mulas, aparte de la *Ramira,* que está manca, cinco son ya viejas y de las otras cinco, puestas a subir y a bajar la cuesta varias veces al día, no le quedará una al cabo del mes.

—¡Tú te callas! Se comprarán otras, se resistirá todo lo que se pueda y como se pueda. ¡Pues no faltaba más! ¿Voy yo a dejar el campo a ese señorito rubio sin dejar antes el pellejo? ¿Cómo quedaría el Alcalde de Alharaca del Monte si eso hiciera? ¿Qué dirían los convecinos de este señor don Felipe, al que tanto estiman y respetan? No sería ya más que un trapo, Juanines, nada más que un trapo... ¡Sí, guerra a muerte!... Con mis mulas, que no hay enemigo pequeño. Ya se cansará el otro... Aquí tienes también esta carta para don Telesforo, ¿sabes?, el diputado por nuestro distrito. Se la llevas personalmente y le hablas, le hablas al alma, Juanines. Que busque el medio legal o ilegal de cortarle el revesino a mi contrincante y que lo busque pronto, pronto, antes que la última mula se me acueste en la carretera y las tarifas ridículas que me veo obligado a implantar den conmigo en tierra. ¡Si no, que no cuente conmigo, que no cuente con Alharaca en las próximas elecciones! ¡Que esté seguro que, antes que él, saldrá elegido... el propio don Manolito! Sí, Juanines; guerra,

guerra. Removeré los cimientos del pueblo, juntaré a Roma con Santiago, me defenderé con uñas y dientes. Defiendo lo de mis padres, defiendo lo mío, defiendo lo vuestro. ¡Guerra al camión, con toda clase de armas!... Lo que hay es que tú tienes un carácter blanducho y te apocas, y ante los ladridos de esa recondenada bocina tiemblas como una mujer. ¿Qué digo mujer? Ahí está tu hermana, que también tiene su plan de batalla, ¡y qué plan! Esa, como la dejen, es capaz de llevar ella misma la cerilla encendida, y no lo parece; tan suave la chiquilla y tan... tan anarquista. Pero, todo se andará, hijo. ¡A todo estoy dispuesto, menos a que el niño ése me ponga la ceniza en la frente... Vete, que ya tienes tajo para todo el día. Y no me vengas con una firma de menos en la lista o que don Telesforo no estaba en casa. Le buscas, le buscas hasta en el último rincón de la capital. Convéncete de una cosa y es que te *escacharro* si el resultado de la comisión que te doy no es favorable.

—Padre, yo haré lo que pueda.

—¿Qué ruido es ése, Juanines?

—El camión que vuelve, padre.

—¡Tan pronto! ¡Mal rayo... para él y para todos los camiones del mundo!

IX

Honor no tiene quien ceda.

Todos firmaron. Almas mohosas, petrificadas por el sedimento de la tradición, nadie se atrevió a negarse, ni a rebelarse ni a protestar siquiera, y eso que la empresa del señor de Gandía les libertaba de la tiranía y de la explotación seculares del Alcalde. En cuanto a don Telesforo, el diputado, contestó prometiendo los oros y los moros dentro de la legalidad, por supuesto, sin perjuicio de recurrir a la ilegalidad en caso urgente y de peligro.

Con lo que dió comienzo aquel flaco servicio de mulas en competencia con los 25 H. P. del camión, duelo del que el risueño don Manolito decía que ni al mismo don Quijote pudo ocurrírsele.

Este don Manolito era hombre zumbón, y como no estaba abonado a la lista del Alcalde y se le daba tres pitos de su autoridad, usaba del grato privilegio de decir a unos y a otros:

—¡Adiós, progresista! Ya le vi a usted ayer embutido en la tartanita y sudando la gota gorda. ¿Cuánto duró el calvario?... Señor Maestro, ¡que aproveche el viajecito de ayer tarde!

Ya me enteré que hubo necesidad de mudar de tiro en mitad de la cuesta... Mi señora doña Mínima, cuando vaya usted en jardinera a la cuesta, no deje de llevar la merienda para el camino... Señor Juez, ¡asómbrese usted! ¿sabe usted cuánto ha hecho ese despabilado de Gandía el domingo? ¡Doscientas pesetas! ¿Qué será cuando pierdan ustedes el miedo de montar en automóvil?...

Una vez, bajando como un rayo en el camión (que él subía y bajaba a todas horas por placentero entretenimiento) al paso trabajoso de la tartana que guiaba el corrido Juanines se puso a cantar a gritos:

—La tortuga le dijo al águila: ¿Quién vuela más? ¿Quién vuela más?

Iba en el asiento delantero, junto al rubio don Leonardo, quien intervino gravemente:

—¡Déjelos usted! ¡Ya les verá usted montar! ¡Y al propio Alcalde también...

—No lo crea usted. Conozco a mis paisanos. No cederán. Ceder, para un alharaqueño, sería perder la honra. Se confesarán vencidos, eso sí, que a la realidad no hay que darle vueltas; pero montar, ¡le digo a usted que no montan, como no sea en un palo de escoba!

—Al tiempo, don Manolito. Por mí no tengo prisa ni necesidad. Ya ve usted cómo llevo el coche. Con Villatonta y Herreruelo me bas-

ta. De la capital, los días de fiesta, viene un enjambre... De modo que pronto pondré un nuevo camión y ése será más grande y más lujoso y tomaré dos mecánicos; que si yo me he puesto al volante es porque empresa nueva debe sentir la mano del amo.

—Señor de Gandía, ¡le admiro a usted! No parece usted español, sino yanqui.

—Amigo mío, un español emprendedor vale por muchos yanquis. No hay más diferencia que el yanqui no tropieza en su camino con estas cosas alharaqueñas, que serían tristes si no fueran ridículas; otras tantas piedras, a veces infranqueables, siempre inevitables y difíciles de remover. En otras partes todos son a favorecer y a ayudar; aquí, a estorbar y dificultar y, lo que es peor, a perseguir, a meter el palo entre las piernas para provocar la caída...

Hizo un viraje habilísimo para evitar el encontronazo de un carro, y entre el bofeteo del aire que la velocidad prodigaba groseramente, don Manolito oyó que decía cambiando el tono amargo en jocoso.

—No pasarán muchos días sin que el vencimiento, tan lógico, ¡figúrese usted!, se produzca. De este vencimiento ha sido el mejor síntoma la baja de tarifas usurarias. Pero hay más. En el mes no ha sacado el Alcalde sino el producto del abono... Lleva tres mulas inutiliza-

das... Y a usted que cree conocer a sus paisanos y declara que en punto de honra no ceden, le contaré algo que va a maravillarle. ¿Quién le parece a usted que ha venido ayer a preguntarme a qué hora y dónde podía montar en el camión?

—No será la Blasilla...

—El Juez, señor don Manolito, el principal abonado. Claro que por un asunto urgentísimo. Quería montar, pero donde no le vieran los del pueblo, de tapadillo...

—Ese se metió el honor en el bolsillo, que es lo que hacen los hombres de conciencia débil cuando estorba. ¡Con que el Juez!...

—¡El Juez!

—¡Anda, que si lo sabe el tío Felipón!...

Y don Manolito soltó la risotada más franca del día, a tiempo que aullaba la bocina y llegaban a la parada. Los ecos de la risa de don Manolito se confundían con los gritos de las golondrinas en la fresca y esplendorosa mañana.

X

Donde las mulas se rinden y triunfa la gasolina.

—Trae acá las riendas, Juanines.

—Pero, padre, ¿va usted a hacer el servicio?

—¿No lo hace el otro? Además, esto me recordará mis buenos tiempos, cuando nuestra empresa estaba boyante y había amistad, palabra... y muchas otras cosas en el mundo.

Muy demudado aparecía el señor Alcalde. Seguro del vencimiento, le agobiaba su certidumbre, le obscurecía el color, le chupaba los carrillos, le sumía la boca, le torcía la mirada. Sin duda sabía... por Antoñín, ¿por quién había de ser?..., que el Juez, y doña Mínima, y el Sargento, y el Secretario... Hasta el cura, don Fidel, que por su ministerio debiera ser neutral... De tapadillo, naturalmente, como el que comete una fea acción... A todos les arrastró la deslealtad, la traición al amigo y al convecino. Ya se acordarían de él. Iba a plantar la alcaldía en medio del arroyo y acabaría por prender fuego a Alharaca la Noble por los cuatro costados.

Subió al pescante, cogió las riendas, arreó las mulas y ¡hala! por la calle Real, por la carretera y luego por la cuesta, que sobre el bosque de encinas se desploma. Vacía la jardinera, daba tumbos temerosos. ¿Por qué no enganchó, Juanines, la tartana? Para una tarde turbia y más bien fría, que anunciaba la otoñada, fuera más prudente. Guiando sus machos se rejuvenecía, se olvidaba...

—¡Eh, *Morisca...!* ¡Tú, *Galinda...!* ¡Aprieta, *Saltona...!*

¡Chas, chas, chas, chas, cuesta abajo!

Oyóse ladrar, de pronto, una bocina y el camión pasó, envolviéndole en una nube de polvo, que parecía manto de niebla. Quedó ciego el tío Felipón; pero no dejó de ver que el camión iba lleno. ¡Mal rayo! ¡Y que no se estrellará! Con qué gusto le contemplaría, desde lo alto de su pescante, despanzurrado, y confundidos entre guijas y astillas al señorito de Gandía y sus viajeros, entre los cuales no faltaría algún alharaqueño de los juramentados, con no pocos señoritos de la colonia veraniega acabados de salir de la peluquería y del taller de planchado. Echó tres o cuatro ternos el tío Felipón y se alegró de que la rapidez de vértigo que llevaba el maldito le impidiera reconocer quiénes confiaban sus vidas a las alas del monstruo...

—¡Anda, *¡Galinda!* ¡Tú, *Saltona!* ¡Eh, *Morisca!*

¡Chas, chas, chas, chas! Llegaba al pie de la endemoniada cuesta y entraba en el puente viejo cuando le sorprendió de nuevo el aullido, la polvareda y el paso de bala disparada del camión que volvía. ¡Mal rayo!... En un amén coronaría la cuesta, seguramente, y desaparecería dentro de su nube de insolente triunfador. ¡Cómo se reiría el señorito don Leonardo del que abajo se arrastraba como escarabajo mísero, el escarabajo que había osado retarle!

¡Pues no! Del tío Felipón no se reiría nadie. Tirando nerviosamente de las riendas, tragando la hiel de su derrota, entró en el puente, alcanzó la parada del tranvía y esperó, esperó... Las mulas, sudorosas y fatigadas, se sacudían las moscas a coletazos y resoplaban a gusto, bajo la sombra de los plátanos. El no, no podía sacudirse aquella mosca de Gandía que en la paz de su casa y de su pueblo habíase introducido y que trajeron los modernos tiempos.

Cuando llegó el tranvía, sin que bajara nadie, el tío Felipón resopló como sus machos. Descargó el látigo, dió una voz...

—¡Eh, *Galinda!* ¡Tú, *Saltona!* Aprieta, *Morisca!*

Chas, chas, chas, chas.

Otra vez al puente. Ahora a subir la cuesta. Chas, chas. Arriba, entre el resplandor mortecino del sol, vió un punto negro, que se desprendía como una piedra... Era, sin duda, un automóvil; era, probablemente, el camión, el camión que tornaba a bajar. ¡Y seguramente, al encontrarle de nuevo, arrastrándose penoso y sin fuerzas, el señorito de Gandía se reiría!

Enloqueció de furor el tío Felipón. Una venda roja le tapó los ojos; levantó el látigo con su mano derecha crispada; dió un tirón con la izquierda a las riendas y palabras y espumarajos salieron de su boca confusos:

—¡Tú, *Saltona!* ¡Eh, *Saltona!* ¡Aprieta, *Saltona!*

La *Saltona* era la delantera. Bruscamente, desviada a trallazos de su camino, pegó un brinco de los suyos y fué a caer, dobladas las patas, delante del camión, que bajaba veloz; las otras, cediendo al impulso, cayeron también hocico en tierra... En el chocar espantoso crujieron huesos y armaduras, estallaron cristales, se alzaron ayes, surgieron sombras que corrían. Y se vió al señor de Gandía, entre la polvareda, tocar ileso el suelo y precipitarse a la jardinera hecha añicos, en cuyo fondo, junto a sus mulas muertas o malheridas, el infeliz Alcalde agonizaba.

—¡Señor don Felipe —clamó afligidísimo—, no es mía la culpa! Estos señores que vienen conmigo lo atestiguan. Se me ha puesto usted delante, con temeraria imprudencia.

A lo que el tío Felipón, yéndosele el alma por la boca, respondió:

—Quién se ha puesto delante de quién falta averiguarlo. ¡Conste, sin embargo, que la culpa es mía! Llévenme pronto a mi casa... pero, ¡no en el camión! ¡Antes morir como un perro en la carretera!

———

ALGO QUEDA

I

Aquí tiene usted este mamotreto.

Gusto mucho de huronear en las librerías de viejo, de esto que los franceses llaman *bouquiner* y que nosotros hacemos también y no lo sabemos decir, y más que en las librerías en los puestos de las ferias, osario común de la bibliografía. No es manía lo que me lleva a palpar, buscar, entresacar, hojear y devolver al montón de olvidados, desdeñados y abandonados los libros expósitos que sus dueños no vendrán a reclamar; por perseguir lo raro, lo escondido, lo barato o lo anticuado. Es otra clase de sentimiento, es otra búsqueda que nada tiene que ver con la psicología del comprador. Lo confesaré, porque no es ningún pecado. Investigo, por curiosidad nada más y para el servicio de

mi filosofía privada, qué autores son los abandonados por sus lectores y a quiénes de ellos, célebres en su tiempo o desconocidos, se les ha infligido el cercen de la dedicatoria. Porque se dan casos, y se dan sorpresas, y se dan tristezas... A veces, en el apresuramiento de mandarlos al muladar, los ejemplares exhiben las líneas que la admiración, fingida o verdadera; el afecto, sincero o mentiroso, trazaron implorando la ojeada de interés, el amparo periodístico, y exhiben algo más, algo peor: las páginas vírgenes de la plegadera.

Así, pues, en la última feria de San Mateo, paseando una mañana Prado abajo, me detuve ante el puesto de mi buen amigo don Timoteo. Don Timoteo es un hombre que no entiende de libros, pero sabe venderlos; conoce todos los autores, antiguos y modernos, españoles y extranjeros, pero no los ha leído nunca. Le pasa lo que al ratón, que no por vivir en una biblioteca es un erudito. Cara de ratón tiene don Timoteo, y sus pisadas escurridizas, de la costumbre de andar siempre en zapatillas, le dan aspecto de roedor.

Aquella tarde de setiembre, don Timoteo, apenas me vió escarbando en los despojos de papel impreso, vino silenciosamente hacia mí.

—Buenas tardes... Felices... Deje usted eso y venga a ver cierta curiosidad que he adquiri-

do. ¿Usted conoció al Marqués del Valle de Agua?

—Hombre, sí, aunque no le traté nunca.

—¿Sabe usted si escribía?

—No lo sé; pero hay vicios ocultos, don Timoteo.

—Así es. Digo que el Marqués del Valle de Agua escribía de ocultis, porque aquí está este mamotreto.

Y a tiempo que ponía en mis manos un abultado cuaderno que del interior del tendejón fué a buscar, añadió:

—Usted sabe que se llevaba mal con la Marquesa y además decían... Hace poco me mandó a llamar la Marquesa viuda (el Marqués murió el año pasado) y me mostró su deseo de vender un gran lote de libros. Ajustamos el precio, y ya en casa, examinando lo adquirido, tropecé con ese manuscrito, en cuya rica cubierta leerá usted el título de *Confidencias*. Le llevé a la Marquesa, pensando que sería error o extravío; pero no quiso examinarle siquiera. —No sé lo que será. Tonterías, probablemente. Quémele usted, si no le sirve... Pero, yo no quise quemarle antes de que una persona ilustrada le examinara.

—Ha procedido usted muy bien no quemándole. Una tontería escrita vale más que una tontería hecha, y la menor tontería que puede hacerse es escribir, porque a nadie daña. ¿Ha exami-

nado alguien este simpático mamotreto, que ya me es simpático del categórico repudio de la señora Marquesa viuda?

—Nadie. ¿Quiere usted darme su opinión?

—Con mucho gusto, don Timo...

—¡Señor mío!...

—Don Timoteo, no me deja usted concluír. Venga eso acá y hasta la vista.

II

Examinando el mamotreto.

Cuando tuve tiempo y ocasión y con más desconfianza que curiosidad, a la manera de los críticos de oficio, empezando por el final, a salto de párrafos y de capítulos para enterarme a medias, juzgar de prisa y salir del paso, me di a leer el mamotreto que decía don Timoteo, de rica piel de Rusia y cantoneras cinceladas. La letra era ancha y clara; el estilo, suelto, sin trabas de timidez o de escaso ejercicio. Y poco a poco las confidencias del Marqués me fueron interesando, antes desahogo de una alma solitaria, que escribe para sí, que pretencioso alar-

de literario, y retrocedí, volví las páginas, enfrascándome en la lectura decididamente...

¿Quién hubiera dicho que el Marqués del Valle de Agua?... Yo le conocí en tiempo de la Regencia, cuando no había *te-tangos* hoteleros, ni comidas danzantes, y cada cual, quién más y quién menos, recibía en su casa, porque la tenía y sabía recibir señorilmente. En muchos de aquellos salones hospitalarios le tropecé algunas veces y no le traté porque me parecía hombre insignificante, metido siempre en su frac, de pechera almidonada y corbatín de batista, flor en la solapa, monóculo incrustado en el arco ciliar, el tipo clásico, en fin, del diplomático huero y vanidoso. Cuando no en la mesa tiránica del *bridge* o estrechando el cerco de alguna dama, en la delantera del palco del finado *Veloz,* disparando sus gemelos a la sala o dejando colgar sus manos muy blancas, relampagueantes de sortijas, del antepecho de terciopelo grana; y también en su berlina paseando en el Retiro, con el cuello de piel del gabán alzado hasta las orejas, el puro apagado en la boca. Sí, este caballero correctísimo, de barba entrecana, igual a otros caballeros, a otros cientos, era, sin duda, uno de tantos y no valía la pena de detenerse a explorarle, a verle abrir la boca y bostezar vulgaridades.

Nada de eso. Detrás de esta fachada, detrás

de este clisé social tan usado, se ocultaba un hombre inteligente, cultísimo y sensible, a quien íntimas desventuras obligaron a vivir en aquel ambiente de estéril frivolidad y de vana farolería. En sus *Confidencias* está todo entero, tal cual era por dentro. Sin duda al tornar del baile, del teatro o del club y sacarse el frac, el uniforme del personaje que representaba, cómico que se quita los afeites, sentía revivir su propia personalidad y en la soledad de su despacho cogía la pluma para escribir páginas tan dolorosas y sinceras como aquella que empieza: "Cuando me casé con Isabel..." y las otras nerviosas, de indignación y de vergüenza henchidas por el agravio hecho a su honor, espantado ante las consecuencias de la calumnia, perseguido por el aletear del *venticello.*

Con el permiso de mi buen amigo don Timoteo (el de la Marquesa viuda no hay que solicitarlo, puesto que ella misma, con su abstención, lo otorga) voy a copiar estas páginas, dejando otros episodios, igualmente interesantes, para cuando haya más espacio. Como el Marqués murió hace poco y más de alguno de los personajes que cita deben ser todavía de este mundo, cambiaré los nombres, comenzando por el del título del propio autor; pero nada más que los nombres, que en todo lo demás dejo la palabra al señor Marqués, y ni le enmiendo, ni

le añado, ni le suprimo cosa alguna de mi cuenta, ya sea para disimular crudezas o para exornar el relato con caireles que no le hacen falta y más bien le estorbarían y obscurecerían.

III

El Marqués del Valle de Agua refiere sus desventuras.

"Cuando me casé con Isabel contaba yo veinticinco años y acababa de regresar de Roma, donde pasé seis meses agregado a nuestra Embajada. Mi padre me dijo que siendo yo hijo único, por la casa y por mí mismo convenía que maridase si había de seguir en la carrera diplomática, carrera tan brillante como peligrosa. Siempre he sido muy dócil al consejo de mis familiares y me casé con Isabel, que mi padre me tenía ya elegida y compuesta, sin saber si me quería y si yo la quería, si congeniábamos o no, después de unos cuantos paseos por la Castellana, escoltados por la tía Milagros. ¡Y! resultó que no, que no éramos el uno para el otro. Mientras mi padre y la tía Milagros vivieron, menos mal; pero, cuando nos queda-

mos solos y abandonada mi carrera por capricho suyo, pues *no quería salir de su ambiente*, sin hijos que justificaran y disculparan la unión, la mutua compañía se nos hizo insufrible.

Ni bonita, ni discreta, ni lista, ni amable, ni mansa... Beata, fanática, rezadora mecánica, necia, ciega y sorda si no la alumbran y despabilan los consejos de su reverendo confesor. Y es este confesor, el padre Ignacio, el que, puesto entre los dos, gobierna a mi mujer y gobierna mi casa, porque mandando en su voluntad es ésta una fortaleza en que se estrella la mía. En todo lo mío, lo chico y lo grande, lo trascendental y lo trivial, anda metido de hoz y de coz el padre Ignacio. Antes fué otro, de influencia tan nefasta, fray Toribio, dominicano. Pero fray Toribio se murió, y como un alma católica no puede andar sin guía espiritual, a fray Toribio sustituyó con el padre Ignacio, cien veces más tiránico y opresor.

Al padre Ignacio le cuenta Isabel todo lo que ocurre en casa, lo que yo hago, lo que yo pienso, interpretado a su manera y de acuerdo con su estrechez de criterio y de cacumen. El padre Ignacio habla, dogmatiza, dispone... Y mi mujer vuelve del confesonario más agresiva, más intratable. O no entiende bien lo que la aconseja o lo practica mal. Así es que puedo decir que no tengo ni hogar, ni mujer, ni tranquili-

dad. Comemos aparte. Dormimos aparte. Vivimos tan apartados, aunque un mismo techo nos cubre por las exigencias sociales, que casi no nos vemos. Si ella se pone mala, envío a mi ayuda de cámara para saber qué la duele; si el enfermo soy yo, me manda a su doncella que me cuide, advirtiendo que esta doncella es fea, porque no está por las doncellas bonitas. Y gracias que su manía devota me inhibe del enfado de acompañarla a sociedad, que esto sería castigo superior a mis fuerzas.

Frío mi hogar, marido honorario, ¿parecerá extraño que haya buscado fuera distracción y olvido? Mis relaciones conocidas y desconocidas, efímeras siempre y siempre reservadas, sin escándalo ni cartel, no son más que la resultante del carácter de Isabel. Y lo más triste es que si yo me hubiera casado con otra, con una mujer sensata (¿es mucho pedir?), sería un excelente marido. Me siento padre de familia. Quisiera tener hijos. Suspiro por un hogar cariñoso. Pues todo esto lo habría alcanzado con una mujer sensata. A estas horas sería, lo menos, lo menos, embajador. No me aburriría en el *Veloz*. No bostezaría en el teatro, viendo esperpentos a todo trapo y antiguallas a toda orquesta. No miraría la hora en mi reloj con terror cuando señala la de volver a casa. No sería el hombre sin norte que soy,

sin entusiasmos ni ilusiones, fantoche social. Todo por culpa de Isabel. O por culpa mía, que no tuve bastante entereza para disentir de mi padre si no me convenía el casorio y no la tengo para coger del manteo al mal confesor y mandarle con los consejos y sus intrigas a otra parte... aunque esto no impidiera que Isabel le reemplazara con un redentorista o un mercedario, como reemplazó al difunto fray Toribio con un jesuíta. De todas maneras, en el cambio bien pudiera tropezar con un espíritu discreto, prudente, que los hay, ¿no ha de haberlos?"

IV

El secretario y la secretaria.

"Soy liberal. Quiero decir que pertenezco al partido liberal y he tenido por mi jefe, Sagasta, adoración ciega. Pero, como carezco de dotes oratorias y en política el que más y mejor habla más alto sube, me he mantenido en modesta posición y no he pasado de Gobernador civil. Este mismo cargo de Gobernador, que tan aciago había de ser para mí, se me ocu-

rrió pedirlo a Sagasta buscando un derivativo a mi situación conyugal.

—No es cargo difícil de ejercer —pensaba yo—; con perseguir el juego y dejar luego de perseguirlo para que mi sucesor emprenda de nuevo la persecución en su primera etapa; recoger los mendigos y luego soltarlos; tratar de abaratar las subsistencias y luego dejar que se encarezcan... Así, tejiendo y destejiendo, pasa el tiempo, llega la crisis, siempre en puerta, y a entregar el bastón al sucesor, que no hará más ni hará menos.

Programa inalterable y aquilatado por la experiencia secular, no quedaba sino aplicarlo concienzudamente y a ello decidí aplicarme en seguida que me dieron la credencial. Habíanme preguntado qué provincia escogía, y yo escogí la más tranquila y más lejana, cuanto más lejos de Isabel mejor, y con agua por medio, mejor todavía. Me dieron la de X, y allá me fuí con la inconsciencia del temerario a lo desconocido, dispuesto a hacer la felicidad de mis gobernados.

Como a toda autoridad nueva, se me dispensó cordial y respetuoso recibimiento; no vi colgaduras, pero sí muchas cabezas descubiertas en la estación, muchas espaldas encorvadas, muchas manos tendidas, tantas que, de estrecharlas, en el reparto de apretones de bienve-

nida, padecieron las mías suplicio; uno de ellos, sobre todo, elocuentísimo, me dejó señales... Aquella mano de hierro pertenecía a un gnomo tripudo, narigudo que, aunque joven, parecía viejo por las trazas y en el que hube de fijarme porque todo el tiempo le tuve delante, sonriéndome, mareándome y bailando como un poseso.

—Señor Gobernador... Me permite el señor Gobernador... A la disposición de vuecencia, señor Gobernador.

Pregunté quién era aquel personaje tan rendido y me contestó el Alcalde:

—Es el Secretario del Gobierno Civil. Se llama don Aquilino... Don Aquilino de las Rivas y de las Rivas. Es Rivas por partida doble, no lo olvide usted. Un hombre utilísimo, que conoce a X como sus manos, todos sus habitantes, todos sus rincones. Le será a usted de extraordinaria eficacia su colaboración. Algo insustituíble, en suma. ¡Ah! ¡Y con una mujer... guapísima! Cuidado, Marqués, con la Secretaria, que es tan temible como guapa.

Había allí algunas damas, del llamado elemento oficial y que acudieron por creer que la marquesa del Valle de Agua me acompañaba. Entre ellas parece (lo digo porque así me informaron después y no por presunción) que mi afable presencia causó buen efecto; y como yo

me inclinara, se destacó del grupo una figura alta, desenvuelta, con ondulaciones de culebra al andar, de blancura mate, los ojos entre verdosos y grises, de gata o de alimaña, y avejigados por la clorosis... Me hizo una reverencia de contradanza y me tendió la mano, abandonándola en la mía blandamente.

—Es mi mujer, Malvina —dijo el Secretario, cuyo apellido era más largo que su persona.

Me incliné de nuevo y solté la mano que se me entregaba, como ascua que quema. ¿Era bella aquella mujer? ¿Era fea? Hacíanse lenguas todos de su belleza extraña: a mí me pareció de una fealdad siniestra.

¿Qué es la simpatía, y qué la antipatía? Flúidos misteriosos, sin duda, que atraen o rechazan. ¡Don Aquilino! ¡Malvina! ¡El infame don Aquilino! ¡Malvina la malvada! ¡La pareja malhechora!

Los dedos se me agarrotan, la pluma se me cae... ¡Qué visión, qué visión ha pasado delante de mis ojos!"

V

Despecho.

"Por supuesto que el programita que yo llevaba resultó letra muerta, cual ocurre siempre

en el contraste de la realidad con todos los programas. Aquel gobierno era un establo, y antes que al relumbrón de la galería me dediqué a limpiarlo y a sanearlo con alientos de Hércules. Vale decir que me metí en el cenagal hasta la cintura, amenazando con dejar el cargo y proclamar en letras de molde por qué lo dejaba si no me dejaban a mí llevar a cabo empresa tan higiénica, tan moralizadora y tan patriótica. Inocencia, pura inocencia de primerizo.

Ya me lo decía el tripudo don Aquilino.

—¿Me permite, vuecencia? Esto ha estado así siempre y ningún Gobernador ha querido tocarlo; lo más, se ha puesto los dedos en las narices y ha vuelto la cara. Porque si se toca, la maraña de intereses que comporta y el enjambre de interesados que sustenta van a armar un lío de todos los demonios. Se hará usted impopular, señor Gobernador; perderá amigos, descontentará a todos y nadie saldrá ganando. Los gritos se oirán hasta en Madrid... Vuecencia me dispensará si hablo así, pero es mi deber de Secretario que conoce el paño.

Cada mañana entraba en mis habitaciones a la hora del despacho, restregándose las manos, con la sonrisa falsa y el aire del judío que va a proponer un buen negocio.

—¿Que tal, señor Gobernador? ¿Se ha dormido bien? Malvina me encarga dé a vuecen-

cia sus buenos días más afectuosos... ¡Oh, parece que ha dado vuecencia el gran golpe en el elemento femenino! No se habla sino de su apostura, de su elegancia, del don de gentes del señor Marqués. Eso de ponerse una corbata distinta para cada traje y mudar de zapatos según la hora, las encanta. Como que Pepito Salinas anda desconcertado ...Pepito es el árbitro de las elegancias de X...

Chismorreos de portera, capítulos enteros de historia escandalosa, todo lo declamaba don Aquilino sonriéndose y restregándose las manos. Al cabo de tres días le había levantado la camisa a todo el mundo y yo conocía a mis gobernados íntimamente. No cabía duda, don Aquilino era un hombre utilísimo e insustituíble.

Vivía en un piso bastante bien puesto en la calle de... Daban reuniones caseras los lunes, y a estas reuniones me impusieron, con súplicas y coqueteos, que asistiera. Asistí dos o tres veces, y la señora Malvina desplegó en mi honor todos sus recursos de Diana victoriosa. Se trataba (lo comprendí al momento, porque no soy bobo) de conquistar al Gobernador, de acaparar por la seducción su voluntad para triunfar y seguir medrando, y en esta campaña, que se renovaba a cada cambio de Gobierno, aparecían unidos e identificados los señores de ambas Rivas.

Ella salía a mi encuentro en la sala, contoneando sus caderas a compás y me abandonaba la mano.

—Buenas noches, Marqués... Encantada de verle aquí... ¡Muchas gracias!... Ahora mismo las decía a estas amigas: Me temo que el Marqués se aburra aquí. Esto no es la Corte. Es una triste capital de provincia... Vamos a ver, Marqués, ¿qué podría yo hacer para que usted no se aburriera?

Acababa yo por soltar su mano, como en la estación, y a sus insinuaciones contestaba con fría amabilidad. No recuerdo haberla dicho jamás una galantería, y era que no me salía de dentro, que no encontraba la palabra. Más de una vez quiso arrastrarme a la confidencia de un sofá discreto, dar el espectáculo a sus tertulianos de un aparte con el Gobernador, y yo me desentendí de sus escarceos, sin dejar de ser cortés, pirueteando alrededor de la alcaldesa o de otra de las señoras presentes, casada o soltera, que nunca he tenido preferencias.

—Acabará usted por enfadar a Malvina —me dijo un día confidencialmente el joven Pepito.

—Pero ¿es obligatorio para el Gobernador hacer la corte a la secretaria? —pregunté.

—Es costumbre, por lo menos —contestóme

riendo—. ¿No lee usted nada, querido Marqués, en esos ojos que le siguen por la sala?

Callé. No quería manifestar lo que yo leía en aquellos ojos grises, de gata o de alimaña.

Y Pepito sopló a mi oído, porque la voz de tiple que cantaba junto al piano ensordecía:

—Yo leo: despecho. Y de una mujer despechada hay mucho que temer, querido Marqués."

VI

Un amigo menos y un socio más.

"Con aquel Pepito Salinas había hecho yo muy buenas migas. Era simpatiquísimo, guapo chico, alegre, algo fatuo por sus conquistas fáciles, buen punto para una partida de *bridge* y el mejor guía en la sociedad provinciana, donde reinaba sin competencia. Sin embargo, los informes personales que en mi Gobierno existían no le hacían mucho favor. De la espuerta de chismes de don Aquilino podían recogerse estos datos: tenía trampas; daba sablazos; era mantenido por una dama provecta; a su tío el Duque le molía a cartas pedigüeñas y su tío el Duque le había desterrado allí, por escándalos en la Corte,

conminándole con retirarle la pensión si se movía... También era vanidoso, porque no hablaba sin mentar, pegara o no pegara, a su tío el Duque.

No sé si fué leal conmigo. Creo que no. Creo que en el asunto de la señora Malvina me vendió como Judas. Creo que cuanto yo le confiaba, en mis expansiones, respecto de la señora Malvina y de don Aquilino, se lo soplaba a ellos y así iban poniéndose conmigo los ojos grises, que ya no reflejaban despecho sino odio. En cuanto a la sonrisa de don Aquilino era siempre la misma; que ése, aun recibiendo un puntapié en los faldones, daría las gracias con una sonrisa. Don Aquilino... Pero, no. Me extravío. Este asunto lamentable, cada vez que lo recuerdo, me ofusca, me trastorna los nervios: otra vez se me cae la pluma de la mano...

Decía que trabé buena amistad con Pepito Salinas. No disponía yo de mucho tiempo, que entregado a los deberes de mi cargo, no descansaba ni de noche; pero cuando podía, y sobre todo en las comidas, hacíame acompañar de él. ¡Las veces que hemos comido en el *Royal!* ¿se acordará de aquellas comidas el simpático Pepito? Si vive; que el ajetreo que llevaba, enfermo del hígado, y así era su color de limón, me hace temer que no.

Pues, señor, una mañana encontré sobre mi

mesa un billete perfumado... De Malvina. Juraría que el mismo don Aquilino le dejó allí al descuido. Me convidaba a tomar el té, con esta posdata tentadora... para otro: "Estaré sola." Me alarmé. Temblé como si hubiera descubierto una asechanza. ¡Yo a solas con aquella mujer, frente a aquellos ojos grises! Resolví no ir, categóricamente, y me excusé por medio de un billetito galante, en que la decía que el conflicto de la carne me ocuparía toda la tarde. ¿De los Santos Padres a acá no ha sido el conflicto de la carne preocupación mayor de las conciencias y no ha proporcionado, proporciona y proporcionará más leña al infierno? ¿Qué mucho que ocupara y preocupara a un Gobernador celoso?

Nos reímos, luego, con Pepito a carcajadas y quedamos en reunirnos en el *Royal* por la noche. Había invitado a dos o tres amigos, no recuerdo quiénes, y en el comedor estábamos sobre las ocho y no llegaba Pepito. Alguna aventurilla, porque el hombre las empalmaba una con otra y cuando no tenía ninguna la inventaba y fingía para mantener fresca su reputación de irresistible. Uno de mis comensales advirtió que le había visto entrar a las cinco en casa de don Aquilino.

—Pues allí estará charlando todavía —dije yo—. ¡Habrá desmemoriado! Esperaremos un cuarto de hora, el cuarto de hora de cortesía.

Cerca de la mesa florida pendía el tubo del teléfono. Le cogí y llamé a casa de don Aquilino... Silencio... Rumores... Voz desconocida... Hablé:

—De parte del Gobernador. ¿Está el señor Salinas?...

Silencio... Largo silencio. Luego, pasos y la voz de Pepito:

—¿Quién? ¿Qué hay?

—Pero, Pepito, ¿qué te pasa? ¿En qué estás? ¡Te estamos esperando!

Y una voz extraña, la de Pepito, alterada no sé si por la emoción o por el aparato, me contestó:

—Señor Gobernador, ¡dispénseme vuecencia! ¡No puedo ir!"

VII

Se dice...

"Pasé la noche cavilando acerca del cambio de voz y de conducta de Salinas. Algo pasaba para haber él cometido la falta de no asistir a mi convite sin prevenirme y para darme tratamiento, que excusaba la mutua confianza. Co-

mo bromazo me parecía excesivo... El hecho de que estuviera en casa de don Aquilino me escamaba.

No dormí y esperé que viniera por la mañana a explicarme aquello. No vino. El que vino, como siempre, fué el señor de ambas Rivas, con su sonrisa y su restregón de manos mecánico:

—¿Qué tal, señor Gobernador? Malvina me encarga salude a vuecencia amistosamente.

No quise preguntarle nada; él nada me dijo de particular, y por la tarde marché a casa de Salinas. No estaba. Mandé al cochero que me llevara al Parque, y en el hermoso paseo anduve dando las vueltas de noria reglamentarias, mucho tiempo, buscando a Pepito, porque en aquella tarde primaveral la ausencia de Pepito en el Parque fuera de mal tono. Decidido a encontrarle, estaba dispuesto a soltarle la pareja con orden de llevarle al Gobierno Civil así se escondiera bajo las faldas de su protectora.

Al fin le vi venir por la calle de acacias con el aplomo y la gallardía de costumbre. Bajé del coche, y como polizonte que da el alto le puse la mano en el hombro, antes que se diera cuenta del encontronazo:

—¡Hola, amigo Salinas!

—Señor Gobernador... Marqués...

—Pepito, déjate de tonterías. ¿Qué significa ésto? ¿Qué pasa?

Contrariado, confuso, quería escabullirse. Le cogí por el brazo, le llevé a una de las calles laterales, buscando la fronda, el apartamiento. Presentía que la explicación iba a ser desagradable y cuantos menos testigos, mejor.

—Pepito, tú me debes la explicación de lo de anoche —le dije con premioso acento—; como caballero y como amigo estás obligado a dármela.

Estábamos al pie de la broncínea efigie de una de las glorias de la provincia y en la verja, aculado, quedó el joven sin escape posible.

—Es cierto, Marqués —contestó sin mirarme—; pero es muy difícil.

—Tú estabas en casa de don Aquilino.

—Es cierto.

—Has hablado con Malvina... Malvina es enemiga mía.

No respondió Pepito. Yo insistí. Escapóseme alguna palabra gruesa. ¿Por qué no hablaba? De hombre a hombre, de caballero a caballero, de amigo a amigo.

—Malvina —dijo al fin muy despacio— ha recibido una carta de Madrid, una carta terrible. Yo no la he visto, declaro no haberla visto. En esa carta se hacen tremendas acusaciones contra usted, Marqués.

—¿Contra mí?

—Sí. Yo fuí ayer a casa de Malvina a diver-

tirme un poco con el efecto del mico que usted la había dado. Viéndome entrar, me dijo:

—Me alegro de que usted venga, Así será de los primeros en enterarse del gran descubrimiento. He recibido carta de Madrid, en que se me cuenta con pelos y señales los milagros de nuestro Gobernador. A estos señores gobernadores que nos mandan como fardo cerrado bueno es conocerlos.

—Debió usted comprender que se trataba de una venganza y de una intriga, que no había tal carta y que el tal descubrimiento era una calumnia o podía serlo.

—Malvina no lo afirmó. Se limitó a repetir: Se dice... Y esto no solamente delante de mí, sino de cuantos entraron luego en el salón, que fueron muchos.

—¿Y qué es lo que se dice? —pregunté yo levantando el bastón de mando como si quisiera descargar un golpe sobre la cabeza de la hidra que frente a mí se erguía.

Dudaba Pepito si hablar o no. Ante mi actitud hubo de resignarse y soltó la especie. Yo sentí como un bofetón en la mejilla y toda mi sangre, en impetuoso torrente, asaltó mis sienes.

—¡Infame! ¡Infames!

Pepito aprovechó el momento para desaparecer y yo le dejé marchar, bendito de Dios. Pues-

to que creía, que había creído, había cesado de ser amigo mío. Y cuando monté en mi coche, en la boca de cuantos encontraba al paso me pareció que revoloteaba la cobarde frase:

—"Se dice..."

VIII

Voz de sordina y voz de estentor.

"Eran las diez de la noche y en mi despacho me paseaba como toro encerrado en víspera de corrida. Esperaba ansiosamente, febrilmente, al señor de ambas Rivas, a quien había llamado por teléfono, con orden perentoria de presentarse en seguida, y yendo y viniendo abría el puño en que le guardaba, con apretujón nervioso, y leía por la milésima vez el anónimo que acababa de recibir: una sola palabra, la palabra abominable que Pepito Salinas escupió medrosamente en el Parque, compuesta sobre un trozo de papel con letras recortadas de periódicos.

¡Ah! No había para qué buscar al autor. Arma cobarde, el autor era una mujer. Nacida la calumnia en casa de don Aquilino, quien la daba forma y me la tiraba a la cara era Malvina. Y

como no podía abofetear a Malvina, esperaba a don Aquilino para pulverizarle.

Al fin se presentó el tripudo personaje, con alguna alteración, visible aunque encubierta, en la judaica faz.

—El señor Gobernador me ha llamado con urgencia... No sé a qué atribuírlo, a estas horas... ¿Hay crisis?

—No, señor de las Rivas y de las Rivas. Lo que hay es tormenta, una terrible tormenta con truenos y rayos. Va usted a oírlos y a sentirlos.

Como ciertos animalejos que, al tocarlos, se contraen y adoptan la forma esférica para huír del peligro, don Aquilino se retorció y pegó a la pared, buscando la hendidura para escapar. Sabía de lo que se trataba y la amenaza de la tormenta, cuyo relampagueo advertía, le atemorizaba. Le puse el anónimo debajo del prolongado naso, obligándole a leer.

—No comprendo —balbuceó.

—Ahora va usted a comprenderlo todo. Este papelucho, con esa palabra injuriosa, es un anónimo, es decir, que no trae el nombre de quien me lo dirige, pero yo lo conozco: ¡Su mujer! No proteste usted, es inútil. ¿De qué me serviría ser Gobernador si no conociera a los delincuentes? En su casa de usted, ayer por la tarde, ha urdido su mujer, doña Malvina, indigna intriga contra mí, y de esa intriga ha salido la calumnia

que en la palabra de este papel se condensa. ¡En su casa de usted y por su mujer de usted!

Lívido, el infame se retorcía como un condenado.

—Señor Gobernador, yo no puedo negar que Malvina, imprudentemente, indiscretamente, haya repetido lo que le han escrito... Ella no lo ha asegurado...

—Señor Secretario, el que repite una calumnia, valiéndose del cómodo *se dice,* es tan culpable como el que pone en circulación una moneda falsa.

—En cuanto al anónimo, señor Gobernador, no está probado que sea Malvina... Es muy difícil de probar.

—Eso, que a mí no me cabe duda, lo averiguará la justicia. Porque, se lo comunico a usted, señor de las Rivas y de las Rivas, usted y su mujer serán perseguidos por difamación y calumnia. Entre tanto y mientras se resuelve su destitución, prohibo a usted poner los pies en el Gobierno Civil.

Hizo ademán de arrodillarse el miserable y suplicó:

—Señor Gobernador, óigame vuecencia... Ruego a vuecencia... No me condene vuecencia a pagar culpas que no he cometido. Yo nada tengo que ver con lo que hace mi mujer. La dejo libertad absoluta. Luego no soy responsable de

sus actos. Si es cierto que ha obrado como dice vuecencia, que pague ella sus cuentas y no yo, inocente. Soy un antiguo y meritorio funcionario. Todos en esta Casa me conocen y me recomiendan. Vuecencia no será cruel conmigo, en su justa indignación. A las órdenes de vuecencia estoy y estaré siempre, muy honrado... señor Gobernador, muy honrado...

Asqueado de su bajeza, le señalé la puerta.

—Retírese usted.

Y salió como arrastrándose, a la manera del reptil que huye a su agujero.

Breve y espantosa escena, no tuvo testigos, ni las voces, con sordina, pudieron denunciarla. Caí en mi sillón, deshecho y tembloroso, y de pronto el estentóreo vocear de los periódicos de la noche bajo los balcones del Palacio me suspendió angustiosamente.

¿Anunciarían a la ciudad y al reino que el Gobernador...?"

IX

Voz de justicia.

"Ni don Aquilino fué destituído ni Malvina procesada; pero no volví a verlos más, y haga

Dios que no los tropiece nunca en mi camino. Tomé el buen acuerdo de callarme y con el desdén responder a la acusación solapada: me pareció que esto era mejor que dar escándalo, amotinar las gentes y ofrecer de pasto mi honra.

Mientras tanto, sobreponiéndome a todo decaimiento, me entregué por entero a mis funciones gubernativas, especialmente a las que tienen relación con la beneficencia: quería dejar recuerdo de mi mando y para ello no escatimaba esfuerzos y dinero. Ellos lo dirán, si tienen memoria y corazón, los habitantes de X. ¿Hizo más ningún otro? ¿Pudo hacer más su calumniado Gobernador?

Dice el poeta que mucho puede una mujer que llora; es doblemente poderosa una mujer que odia. La especie que, como áspid al calor del seno, nació de la maldad de Malvina, no por desdeñada dejaba de vivir lozana. ¿Alucinación mía o realidad? No lo sé. A estas horas, después de largos años, todavía no puedo afirmarlo. ¿Sería aprensión entonces? ¿Será hoy aprensión? ¿Y qué aprensión es ésta que persiste en hacerme ver miradas de desconfianza en todas partes, frialdad en todas las amistades, despego en todos los afectos? ¿Qué fuerza misteriosa tiene el infamante baldón de aquel *se dice...* que colgaron de mi cuello los dos seres abyectos que en estas *Confidencias* quedan retratados? Pues

si ahora, al cabo de los años mil, continúo viendo visiones, ¿qué sería en aquellos días nefastos, en aquella ciudad de X, de cuyo nombre no quisiera acordarme?

Alimentada la especie por la perversidad de Malvina, corría calles y salones y el sambenito ya no me lo quitó nadie. A veces resonaba en las esquinas con trompetas y tambores. Al menos yo lo creía escuchar. Y para una imaginación obsesionada por una idea fija la mentira es la verdad en persona. Antojábaseme irónico el saludo de mis subordinados, esquivo el de los amigos y atribuía absurdo sentido a la inocencia o insignificancia de las palabras. Ni despierto ni dormido cejaba la matraca de interrogaciones y deducciones. El bastón de mando llegó a ser huésped incómodo en mis manos. Autoridad es dignidad, y puesta en entredicho, aún por la injusticia, no cabe conservarla sin mengua de sí mismo y del Poder que representa.

De esta horrible tortura, que duró meses, me sacó la crisis política que yo esperaba. Presenté la dimisión, gustosísimo de arrancarme el uniforme, que diría que era para mí la túnica de Deyanira si no resultara la locución trasnochada, aunque nunca más oportuna, y me apresuré a salir de X... ¡Ay! En la estación no había tantas personas como a mi llegada, a pesar de los servicios y beneficios dispensados; que autori-

dad caída es más presto enterrada que muerta. No estaban más que los cuatro gatos oficiales y no estaban ¡naturalmente! ni el secretario tripudo ni la secretaria viperina, don Aquilino y Malvina, a quienes Dios confunda y castigue en esta y en la otra vida. ¡Amén!

Volvíme, pues, a mi casa, helada por la presencia de Isabel y donde su confesor de tanda reinaba *ad majorem Dei gloria* y desgracia mía, y busqué refugio a mi poca ventura en el Casino y en el palco del *Veloz.*

Bueno. Como no he de referirme más a este suceso, sepan mis contemporáneos y la posteridad cómo fué el Marqués del Valle de Agua villanamente calumniado y por qué espera, con la confianza que da la inocencia, que tarde o temprano la voz de la justicia, alta y sonora, ha de proclamarlo, si es que de la calumnia quedan rastros o rastrojos."

X

No hay peor sordo...

Cerré el broche cincelado de las *Confidencias,* metí bajo el brazo el cuaderno y paso a pa-

so marché Prado abajo en busca de mi ratonil amigo don Timoteo.

—Indudablemente —pensaba— este pobre Marqués del Valle de Agua pecaba de pusilánime y timorato, porque con su manera de ver las cosas, abultándolas hasta la exageración y haciendo de ranas, elefantes, y su enfermiza delicadeza y su alambicado puntillo de honor, no habría medio de desempeñar ni un mal Juzgado municipal. Aviados estaríamos todos si el poder de una mala lengua alcanzara influjo tan decisivo e incontrastable. ¿De quién no *se dice* algo, hasta del más humilde? ¡Y no ha de decirse del que está arriba por la sangre, por el talento, por la virtud, por la riqueza o por la suerte! Ese don Aquilino y esa señora Malvina, que tanta guerra le dieron, son las sabandijas que, entre las espinas y los abrojos, en todo camino de ascensión se encuentran. Diérales con el pie, como hacen el filósofo y el listo, y no pasara la pena negra que pasó. Porque hay quien cree, y estoy yo por creerlo también, que de estos decires nacen las grandes reputaciones y la multitud no acata sino aquellas que sobre el escándalo se irguieron, en el ruido, en el oleaje y en la tempestad; en lo que sorprende, fascina o asusta, y le destaca, con marcados perfiles, de la vulgaridad. Hay quien cree, asimismo, que el silencio es despectivo y depresivo y del que nada se

dice no es porque sea bueno sino porque nada vale. En saber mantenerse, pues, aguantando el temporal, está la fortuna. Eso de despejar el campo a la primera acometida y de amilanarse y de arrinconarse, ¿de qué sirve si no es para demostrar la eficacia del zurrío y la propia debilidad? El Marqués debió decir: ¿Calumnitas a mí? ¡Ahí me las den todas! Puesto que a caballero no hay quien le gane. Y el que lo dude que lea estas *Confidencias*...

Encontré a don Timoteo firme en su puesto, y así que me distinguió escurrióse sobre sus zapatillas en silenciosa carrera.

—¿Me trae usted eso?

—Sí, señor, aquí está su mamotreto.

—¿Y qué tal?

—Que merece ser leído y comentado y alabado por siempre jamás. Pero, naturalmente, para darle a luz habrá que esperar a que se mueran todas las personas que van ahí citadas, la Marquesa viuda la primera; es decir, que pase el término prudencial que exige esta clase de publicaciones, unos veinticinco años más o menos.

—¡Carape! Pues no seré yo el editor seguramente. Y diga usted, ¿no hay algún otro episodio, así como ese de la calumnia, o mejor todavía, tirando un poquito a verde? Como el Marqués era... ya lo sabe usted... se decía... Y

si pudiéramos entresacarlo... Apuesto a que el de la calumnia es el más inocente, porque un hombre como el Marqués del Valle de Agua no iba a dedicar sus *Confidencias* a las escuelas de párvulos.

—No apueste usted nada, don Timoteo. El Marqués era muy distinto de lo que usted se figura y no ha escrito una línea que esté reñida con la moral. Guarde usted el cuaderno o mejor, si no ha de mercarse con él, entréguelo a la Biblioteca Nacional. Allí podrá esperar tranquilo que pasen las actuales modas literarias y el afán pornográfico de públicos y editores; podrá esperar también la reparación que a la memoria del autor se debe. ¡Adiós, don Timoteo, hasta otra!

Y tristemente, andando Prado arriba, murmuré:

—¡Algo queda!

LA MARQUESA SE DIVIERTE

I

Quien espera...

Amparo Peñascales, o sea la excelentísima señora doña María del Amparo Fernández del Corral y González de Cienvillas, etc., etc., etc., marquesa de Peñascales... Digo que la guapísima y elegantísima Amparo Peñascales bajó la alfombrada escalera y dijo al portero que, con la gorra orlada de escudos de colores, respetuosamente se inclinaba:

—¡Vuelvo a las siete, Fernando!

Y como una tromba se metió en el automóvil, que entre bufidos y humarazos salió también espoleado.

Llevaba la Marquesa unas prisas... Primero a ver a Fico Trespuentes, que la esperaba. Ya estaba cansadita del Conde de Trespuentes, sol-

terón cascado y aburrido; pero con tanto tiempo de relaciones, casi, casi, desde que ella se casó, no quería romper de golpe. Es feo, ¿verdad?, no habiendo motivo. El pobre Fico estaba tan rendido como el primer día, y aquellas citas en su hotelito de la Castellana le rejuvenecían, contentándose con la limosna amorosa que buenamente le daba, libre de celos, pues no puede llamarse engañado quien está prevenido y sabe a qué atenerse... Luego, a la novena de San Expedito, en San José... ¡Ah! Eso no, a la novena no faltaría por nada, no hiciera el diablo que su hermana Mercedes, una santa que soñaba en su conversión, se enterara y la regañase... Luego, a casa, a vestirse para la comida danzante del Embajador, en el Ritz, donde esperaba encontrar aquel pollo delicioso, Tonito Lara, su pasión del momento... Luego, al Real... Luego, donde la suerte dispusiera.

Estaba la tarde fría, y cuando bajó en la esquina de Jenner, a pesar de sus pieles se estremeció Amparo, y andando, en el rodeo discreto que era forzoso dar, pensó en el grato calor del gabinete de Fico... ¡Pobre Fico! Allí estaría atizando la lumbre y ya tendría preparado el rico *kimono* de raso amarillo con grandes pájaros violeta, las babuchas morunas, el té, las pastas, el jerez... ¡Pero, no, esta vez, no, im-

paciente Fico! Llevaba mucha prisa. Tonito Lara ocupaba su corazón casi por entero y del rinconcito sobrante no era Fico el inquilino sino el excelentísimo señor don Bruno de Astorga, el gran político, de quien esperaba muchas cosas la Marquesa. Y por Fico no iba a perder la ocasión de ver en el Real a don Bruno y de ver en el Ritz a Tonito.

Por Jenner entró en Fortuny, y luego, por Rafael Calvo, descendió a la Castellana. Calles obscuras y solitarias, no podía encontrarse a ningún conocido ni ser de nadie reconocida. Los últimos coches se escurrían velozmente en la Castellana entre el deslumbramiento de los focos de los automóviles: muy pocos, quietos o al paso, esfumados en la neblina, ocultaban misterios o secretos detrás de sus cortinillas.

Y Amparo llegó al hotelito de Trespuentes, atravesó el triste jardín y entró sin llamar. No había cerrojos ni criados para ella. Apenas luz en el vestíbulo, una lamparilla velada por tulipán rosa. La cariñosa tibieza del ambiente la confortó en seguida y su helada naricilla aspiró, golosa, el aire saturado de flores y de tabaco.

En el gabinete, de rodillas ante el fuego, como un devoto ante el altar, tenaza en mano, estaba Fico: no fuera la calva y las socavadas ojeras, de hombre gastado y juerguista elegante,

parecería un muchacho con su ceñido batín de terciopelo castaña y el ancho cuello volcado de su camisa de seda.

—¡Amparo, cómo te haces esperar! —dijo el Conde dando un salto y soltando las tenazas.

—Pues creí que no podría venir. Agradéceme que no te haya hecho esperar en vano. Traigo un frío... ¡Ay, Fico, qué frío! Y qué bien se está aquí... Voy a calentarme un poquito y en seguida me marcho. Esta tarde tengo novena y me espera... San Expedito.

II

Ancha es Castilla.

¡No había de estar arrecido el ángel de Dios si al despojarse de las pieles y aparecer el primoroso vestido que elegantemente la desvestía reveló honda abertura en la espalda y en el seno, con las carnes nudas y blanquísimas! Rubia de artificio, por el afán insano de suplantar a la Naturaleza; sus ojos negros, en los que el lápiz acentuó más de lo regular el sombreado de las pestañas, contrariaban el concepto del tipo norteño que ella se empeñaba en representar;

pero era bella, a pesar de sus retoques y quizá por los retoques mismos, que escondían sus cuarenta años con la lealtad que puede pedirse al arte de la pinturería.

El Conde la hizo sentar en el butacón de la chimenea, la sirvió té caliente, la ofreció jerez... Y disgustado, decía, observando el rosario de ágata enroscado en su muñeca:

—Tenía la esperanza de que te quedarías, por lo menos hasta las ocho. No comprendo este furioso practicar devoto... ¿No hay bastante con una beata en la familia? Para poneros bien con Dios basta con tu hermana, la Condesa de la Alameda.

—Mira, Federico, que regañaré contigo —exclamó Amparo, amenazándole—. ¡Mercedes es una santa, una esposa modelo, una madre ejemplar!

—Dispensa, hija. ¡Si conoceremos todos a Mercedes Alameda!

—Como que no sé cómo hemos salido las dos de la misma madre.

—Bueno. Pero lo que yo no me explico es de qué manera te las arreglas para estar bien con San Expedito y...

—Menos pregunta Dios y perdona. Pues muy fácilmente: arrepintiéndome todas las veces que sean necesarias.

—Y vuelta a empezar.

—Cuando faltan las fuerzas no es tan gordo el pecado. Y por eso, para pedir fuerzas a Dios acudo a la Iglesia y a los Santos, ayudo a Mercedes en sus obras benéficas... Te estás poniendo, Fico, con los años, insoportable. Cambias cada día más. ¡Aprende de Paco, siempre el mismo; el marido cómodo, ideal, que yo soñaba! Recuerdo que tuve un pretendiente, diplomático, americano, por más señas, en cuyos ojos sorprendí el flúido de la soberbia dominadora y ¡claro! no nos entendimos. Nada, chico, ¡ancha es Castilla! y aún resulta estrecha para el potro de mi libertad. Afortunadamente no tengo hijos... Si no te gusta mi franqueza, lo dices... Me marcharé a las seis porque me da la gana y me iré a la novena... como iría a la verbena, si fuera tiempo de verbena.

—Bien, bien, mujer. No te enfades, que si te enfadas no te daré la noticia..., aunque probablemente ya lo sabes.

—¿Qué noticia? No sé nada.

—Que don Bruno de Astorga es ya ministro. La combinación ha cuajado y esta noche hay jura en Palacio.

—¿De veras? ¡Astorga, ministro!

Astorga, ministro, era la banda de María Luisa, el lazo rojo de la Reina, la Grandeza de España para el Marqués de Peñascales (¿no la te-

nía ella de abolengo?), las tres cosas que venía pidiendo inútilmente al Cristo de Medinaceli! La influencia política es tanta que todo lo abarca, todo lo invade y hasta al Cielo mismo disputa el favor.

—Mira, el que se va a alegrar mucho es el pobre Paco —dijo inclinando la cabeza sobre la taza para disimular el efecto del escopetazo—; es muy amigo suyo, y si el hombre es servicial, como parece... Paco está metido en negocios que exigen la ayuda oficial y espero que Astorga se la prestará..., si tiene tiempo y no resulta de estos ministros que entran por una puerta y salen por otra, con el solo objeto de sacar la nómina de la cesantía.

—Yo creo que tú también te alegras, Amparo.

—¿Otra flecha? ¡Jesús, cómo está este hombre! ¡A la vejez... celos! No te pongas tonto, que me marcharé antes de lo que he dicho.

—¡Amparo, Amparo!

La Marquesa se distraía hasta el punto de no saber dónde estaba. No estaba en casa de Fico Trespuentes, el amor manido y sin raíces. Estaba en Palacio y asistía, como dama de guardia, al regio cumplido después de la jura de don Bruno de Astorga.

III

Entre el tango y la novena.

Encontró Amparo el coche donde le había dejado y marchó a San José, celebrando con San Expedito una fervorosa conferencia. No se sabe si el Santo la concedió las fuerzas que necesitaba para resistir las tentaciones: en todo caso fueron tan pocas, que no acababa de levantarse del humilde suelo y ya su pensamiento iba del Santo a don Bruno y de don Bruno a Toñito y otra vez en la mundana vorágine se abismaba. Ella no tenía la culpa, la pobre Marquesa... No todas salen como su hermana Mercedes, que merecía estar en el nicho de un altar de aquéllos. A ella, la verdad, si en él la pusieran, se aburriría y no se estaría quieta como corresponde a la excelsitud del cargo.

Pensando, pues, en el lío de sus afanes y diversiones, se fué a casa... Eran las siete. El señor Fernando, el portero, con la calva descubierta y la gorra orlada de escudos de colores en la mano, se inclinó reverente a su paso. ¿No había venido nadie? Nadie. El señor Marqués acababa de salir y dijo que comería fuera. Está bien. ¿Qué la importaba a ella que comiera fue-

ra o no, en el club o si no con la modistilla a la que hacía poco había puesto piso? Era la nueva conquista del Marqués, que cultivaba, según notoria fama, la especialidad; como que se ocupaba mucho de eso de la represión de la trata de blancas.

Arriba, llamó Amparo a la doncella. La doncella la desvistió de nuevo y más todavía, tanto que apenas hubo algo que cubrir; la repintó y adornó con collares y otras joyas riquísimas, y hecha un ídolo oriental, toda envuelta en sus pieles, salió de nuevo y se metió en el automóvil. ¡Al Ritz! De prisita, porque ya se le hacía tarde y el convidado ha de ser puntual.

En el comedor, el grupo heteróclito, al que se da el nombre bárbaro de *jazz band,* escandalizaba los oídos con la destemplanza de sus inarmonías. La corte de maniquíes esperaba y hubo revuelo de gasas y de colas de frac cuando entró la Marquesa... Por el deslumbramiento de las luces costaba trabajo a Amparo reconocer a todos y distribuía viriles apretones de mano y profusión de ¡hola!, ¿qué tal?, graciosos y cordiales. Sobre su mano ensortijada se inclinaban labios y fraques y a sus pies llovían las flores de la galantería.

No se enfaden las damas que no dé nombres. De ello se encargará el amable cronista, a quien

el propio Embajador ya cuidará de apuntarlos. Sólo daré uno, el de Tonito Lara, mozuelo largo como un palillo, de color de azafrán, el pelo engomado y planchado hacia atrás, hundidos los ojos, hundido el estómago y el pecho saliente con rellenos de artificio, que así lo piden la moda y el gusto. Amparo le tuvo de caballero en la mesa y en el baile y pudo hartarse antes de tangos que de complicados manjares.

¡Qué simpático era! ¡Qué insinuante! ¡Y qué manera de bailar! Bien apretadito, pero sin grosería, todo lo contrario del Embajador, por ejemplo, que, entre el pescado y el filete, llegó a marearla con sus bruscos encontronazos. Esto del mareo no se le pasó a Amparo en toda la noche. Hablaba, reía, comía, bailaba, y con ella las figuras y los objetos y las luces.

—Mira —dijo lánguidamente a Tonito a los postres, en el último tango—, me acompañarás al Real, ¿eh? Te vienes en mi automóvil. Así evitamos que alguno de estos pelmazos se brinde y me comprometa. Me duele la cabeza y no estoy para matracas. No digas que no. Deja tu Liceo y tu juego y ¡al Real!

—¡Y al fin del mundo también con usted, Marquesa! —exclamó el palillo humano, orgulloso.

—Anda, llámame Amparo —suspiró ella— y tutéame.

Distribuían en una bandeja cigarrillos egipcios de dorada boquilla, que damas y caballeros, en posturas exóticas, los más a la turca sobre la alfombra o sobre los brazos de las butacas, donde se ofrecía más incómodo asiento para mayor elegancia de la actitud, fumaban con delicia, y Amparo no quiso detenerse a catarlos. Era ya tarde para el Real. Se marchaba al Real.

Se despidió efusivamente, salió como un ciclón, dejó que Tonito la abrigara con las pieles, dando tiritones de friolera encantadora y al entrar en el automóvil, postrer figura del tango, atropelladamente, la bella acercó demasiado su boca al doncel...

Tonito, asustado de la acometida, no supo qué hacer. No, no supo qué hacer Tonito, si devolver el beso o quedarse con él.

IV

El ojo del amo y el ojo del marido.

Al día siguiente, domingo, en la meseta de la escalera se encontraron Amparo y su marido. Vestía ella como una simple menestrala, de lana obscura y velillo, llevando en la mano el gor-

do libro de horas y el rosario; el Marqués, hombre cincuentón, muy seco y entonado, largo gabán peludo y el fieltro verdoso caído sobre la oreja, a lo chulesco. Reunidos en conclave sus antepasados, con penachos, valonas, capas, armiños y cruces, les miraban fieros desde las paredes.

—¡Hola, Amparo; buenos días!

—¡Buenos días, Paco!

—¿Vas a Misa?

—A Misa voy.

—Yo iré más tarde, luego de tomar un poco el aire. La mañana está muy buena.

—Así parece.

—Y no hace frío.

—No, no hace frío.

—¿Y el Real, anoche?

—Como siempre, chico.

—Yo no pude ir; un asuntillo de esos que se te atraviesan a última hora...

—Lo comprendo.

—Y lo sentí, hija; porque hubiera deseado ver a Astorga. Tengo necesidad de hablar con Astorga.

—Pues, mira tú, Astorga no estaba en el teatro.

—Pero ¿dónde se mete ese hombre? Sin duda escurre el bulto a las felicitaciones y a los

compromisos. Tampoco estaba en su casa, adonde fuí a dejarle tarjeta.

—Pasados estos primeros días será más fácil. Debe estar asediado.

—Calcula, ¡un ministro!; y lo peor es que no se pueden dejar las cosas para mañana, porque este Ministerio va a durar poco. Ya andan diciendo que no llega a Navidad.

—Siempre dicen lo mismo.

—Sí, y aciertan. Aquí estamos en crisis cada lunes y cada martes. "Baja para que yo suba", es el lema político de todos los partidos... Pues, como dure Astorga quince días siquiera, estaremos a qué quieres, boca. El puede ayudarme mucho en mi empresa agrícola. Esto va muy mal y hago lo que tu cuñado, Perico Alameda: hacer valer lo propio, o se nos cae la casa encima. Sí, Amparo; de nuestras propiedades de Andújar tiene que venir el remedio, y precisamente el remedio está en manos del Ministro, de un ministro amigo, llámese Astorga o como se llame. Figúrate, pues, si habrá que tratar de atraerle. Si se muestra propicio, ganaremos la partida... ¿Le has visto tú?

—No.

—Si le ves, le comprometes desde luego. El gancho de las mujeres es todopoderoso. Yo

volveré a su casa, iré al Ministerio, al Congreso...

—Descuida, chico. Probablemente el martes le veré en la Embajada.

—Largo es el plazo... En fin, ya sabes...

—Descuida.

Bajaron juntos, pespunteando los ribetes de aquella alianza en favor de sus intereses comunes, que momentánea y casualmente les había aproximado, y juntos atravesaron el portal, con asombro del señor Fernando, el cual, de blanco delantal y plumero en ristre, comenzaba su matutina faena.

Despidiéronse en la esquina marido y mujer: Amparo marchó ligera camino de la iglesia, y el Marqués, paso a paso, hacia la calle de Alcalá, el puro en la boca, la mirada lasciva en los ojos, chispeando al encuentro de toda falda airosa, muy satisfecho de la colaboración obtenida, porque si el ojo del amo engorda al caballo, el ojo del marido engorda... al marido.

V

Dispensa, hijo...

Llevaba Fico Trespuentes un mes largo sin ver a Amparo. Cada tarde de cita era el plantón hache y un mico superior. Ahí quedaban el *kimono* amarillo y las babuchas morunas; el té, a punto; el jerez, preparado y él atizando el mal encendido fuego de sus cincuenta y tantos años... No que le chocaran al Conde estos novillos de la Marquesa. ¡Era tan caprichosa! ¡La conocía tan bien! Pero, la perversa costumbre le hacía lamentar sus ausencias y le dolía que no respetara siquiera la precedencia de sus derechos adquiridos en tanto tiempo de relaciones.

Sabía, por el trompeteo de las crónicas sociales, en lo que andaba la Marquesa; teatros, comidas, bailes, abonos aristocráticos, tés, juntas benéficas, torbellino de vida incesante y abrumador. Y por su viejo amigo don Domingo de Silos sabía...

Don Domingo de Silos es ese respetable señor que mañana, tarde y noche aparece sentado en un sillón en la segunda ventana baja del Casino contemplando el sempiterno vaivén de

la calle de Alcalá, tan entretenido, tan impasible, tan petrificado en su actitud que se dijera que él y su sillón forman una sola pieza. Don Domingo de Silos conoce a todo Madrid y sabe lo que hace y lo que no hace cada cual: es la gaceta del escándalo y de la malicia y, así, no le falta nunca auditorio.

—Como la Peñascales para usted es historia antigua —dijo un día al Conde— no le daré ningún susto si le comunico que está metida con Astorga, sin dejar de verse con Tonito Lara, y como le ha dado por los niños, parece que coquetea demasiado con un compañero de Lara, pues aseguran que quiere reemplazar a éste porque el angelito la tiene molida a sablazos. Con Astorga se ve entre gallos y media tarde en casa de la Faustina. Allí va nuestro gran político de matute, dejando los galones a una legua, tan entapujado en su capa que no habrá quien le descubra. Y como Astorga es hoy la piedra angular del Gabinete, excuso decirle que las acciones de la Peñascales están por las nubes. Ya se habla del lazo rojo para nuestra bella amiga el próximo día de San Ildefonso, y no falta quien haya leído su nombre en la lista de mercedes, y de no sé qué proyectado decreto, exclusivamente destinado a favorecer los intereses de Paco Peñascales, y

de credenciales otorgadas y repartidas por ella a manos llenas... Ni la Pompadour en sus mejores tiempos, amigo mío. El que algo quiera o busque, destino, gracia o justicia, que acuda a la Marquesa. Y que se guarde bien de ella, de su antipatía o de su venganza personal, el enemigo o el indiferente. Así están las cosas, querido Conde, y así está Amparo, que no hay quien la resista. Hoy por hoy es ella quien gobierna, y como sabe que su reinado será efímero, repite aquello de "mientras dura, vida y dulzura".

—Eso lo repetimos todos —observó melancólico el Conde—; usted, don Domingo, desde su sillón de observador y cada uno de nosotros andando y tropezando por el mundo.

Miraba el trajín callejero y pensaba en las noticias de don Domingo, bien ciertas, a pesar de la fama de mentirosa que la *Gaceta* tiene. Caía la tarde, se encendían en deslumbrantes claridades faroles y escaparates, y el hervor del tumulto era colosal. Don Domingo, extasiado ante aquel espectáculo, siempre invariable, hasta el punto de parecer los mismos coches y las mismas gentes enzarzados en el movimiento continuo del pasar y repasar, detenerse, atropellarse y esquivarse, daba palmetazos sonriendo sobre la cachiporra de plata de su bastón.

Sí, la dulzura de aquel amor de Fico Trespuentes había pasado al panteón de los recuerdos. Claramente lo decía la esquelita de Amparo, que guardaba en la cartera y que a sus reproches contestaba fríamente:

—Dispensa, hijo...

VI

Para subir, hay que bajar.

Todo Madrid lo sabía;
todo Madrid... *incluso* él...

Y asimismo era preciso conservar recato hipócrita y tomar más precauciones que si se temiera el quién vive de calderoniano marido. Y no era la Marquesa la espantadiza. Era el gran político, que abominaba de todo ruido que redundar pudiera en perjuicio de su reputación. Dejar que digan, pero impedir que vean... Sólo el ojo avizor de don Domingo de Silos pudo adivinar quién era el hombre de la capa que en tales tardes y a tales horas entraba en casa de la Faustina, pasaba de largo por la portería y bajaba una escalerilla interior. Nada de escalera principal, ni de salones arriba. Compromiso, pu-

ro compromiso. Un sótano precioso que la Faustina reservaba para estos casos especiales, tan discreto, que las propias paredes eran sordas, con bonitos muebles, con luz tímida, con flores, con perfumes. Allí don Bruno de Astorga se desembarazaba de su capa y de su gravedad ministerial y ofrendaba a los pies de la terrible Marquesa el impetuoso amor que endulzaba un poco los amargores y distraía las duras jornadas del banco azul.

Y por aquella misma escalerilla, rodeada de idénticas precauciones, bajaba también Amparo Peñascales, minutos antes o minutos después que el poderoso amante. Testimonio de que para subir hay que bajar, Amparo la bajaba segura de que para subir a las alturas de su ambición no tenía medio mejor. Otros bajan el copete del orgullo, de la dignidad, de la virtud. ¿Qué más daba la escalera interior y encontrar al cabo de ella al gordo don Bruno, si sus aspiraciones habían de verse colmadas y, para desengrasar, la esperaba el nuevo doncel, sucesor de Tonito Lara, Bibi Martel, un morenillo saladísimo?

En las profundidades de aquel sótano histórico se fraguaron no pocas intrigas, se discutieron magnos asuntos ligados a la regeneración de España y se concertaron trascendenta-

les resoluciones. En reparto de honores fué pródigo, y hasta alguna mitra, que a la devota Condesa de la Alameda interesaba, se adjudicó generosamente. Si, conforme duró el Gabinete pocos meses, dura un año o dos, ¡cuántos problemas nacionales hubieran quedado eliminados!

Amparo, soberbia, feliz, derrochaba gracias y favores. Como quien ignora el valor de lo que da, a todos alcanzaban los gajes de su influencia. Y, entre tanto, aquellos personales que afectaban a su vanidad y a su fortuna, había que esperar que madurasen, porque, a destiempo, todo fruto está expuesto a malograrse.

Cada tarde bajaba Amparo con una recomendación nueva, un compromiso, un petitorio... Decían los amigos que estaba más guapa que nunca, con una renovación de juventud, una segunda primavera de su belleza, que era como el reverdecer de una planta en la tibieza de la estufa. Sus compañeras de farándula social, Pura Cepeda, Patros Boadilla y la vizcondesita Angustias, se maravillaban de verla cada día más joven. ¿Qué filtro gastaba Amparo para escamotear los años que sobre ellas se abatían implacables? Porque el tocador ya se sabe lo que oculta, y proclama a voces su secreto.

Sentada en la mesa de *bridge* de la Vizcondesa, rodeada, adulada por diplomáticos, políticos y hombres de distinción, Amparo sonreía triunfalmente.

—Es la felicidad, chicas; ¡no hay filtro como la felicidad!

Reina de un día, como esas reinas del aire, las mariposas, que saben lo efímero de su vida y lucen y gozan el espacio que la vida les consiente, Amparo se entregaba al revolotear brillante de los salones sin acordarse de que para subir hay que bajar...

VII

Dejad que los niños se acerquen a mí.

Una de las grandes satisfacciones que por aquellos días felices tuvo Amparo fué el nombramiento de temporero en Gobernación a favor de Bibi Martel. Poca cosa es un nombramiento de temporero; mas puede ser el principio de una carrera que lleve directamente a una Subsecretaría o por lo menos a los honores de Jefe de Administración Civil, si no más alto, más alto. Para Bibi, chico humilde, de familia

modesta, aunque dado al faroleo social, era un destinito que le aseguraba el asalto del escalafón bajo la égida de su protectora. Mientras tanto, tendría corbatas variadas y algunas pesetas para el bolsillo, las suficientes para no hacer mal papel y enrabiar a Tonito, al que había desbancado.

¡Qué diferencia entre Tonito y él! No en lo rubio y lo moreno, en lo flaco y lo carnoso, sino en lo delicado, nada más que en lo delicado. Tonito era un perdidillo, jugador y borrachín; Bibi, una dama, que se ruborizaba, que no conocía del vicio más que el nombre. ¿Hay nada más encantador que un joven que se ruboriza? ¿Y es tan fácil encontrar un joven que se ruboriza? El rubor es prueba de inocencia, de ingenuidad, de timidez... Hasta en su manera de recibir las dádivas marcábase la diferencia. El otro exigía; éste titubeaba, no se atrevía a aceptar:

—No sé si debo... La señora Marquesa me permitirá... Estoy tan agradecido a la señora Marquesa...

El reloj de oro con cadena y dije hubo de enfadarse Amparo para que le tomase, y por ello la besó las manos. ¿Y qué decir del traje de frac, digno de un príncipe? Fué lucha homérica. Tonito se vengaba diciendo que a él no

tuvo necesidad de vestirle y calzarle, ni pagarle los cigarros, ni darle para el tranvía; pero ya se sabe que el despecho se va por la lengua con facilidad.

Con la privanza de Bibi Martel y el apogeo de don Bruno de Astorga coincidieron dos hechos, de autor anónimo, que pusieron furiosa a Amparo Peñascales. Una mañana recibió una caja de mantecadas, tan viejas, que no pudieron catarse, y por el correo interior, una postal representando a Jesús rodeado de niños con la frase en latín *Sinite parvulos venire ad me,* sólo que la cara de Jesús aparecía irreverentemente raspada y, en su lugar, con lápices de colores, habían tratado de pintar un rostro de mujer, que bien podía ser el de la Marquesa, en cuyos labios la amorosa solicitud por Tonito Lara, Bibi Martel y demás antecesores y sucesores presuntos resultaba grotesca.

Pensó Amparo si el autor del bromazo sería el mismo Tonito; pero tenía tanto de femenina la mala intención, que lo atribuyó a Pura Cepeda, cuyo ingenio malicioso no respetaba amistad ni ley ninguna, y el mismo día riñó con ella, en forma que, si no vinieron a las manos, fué porque Pura adujo pruebas de que ni ella, ni Angustias, ni Patros tenían nada que ver con las resecas mantecadas de Astorga, si

no es la afición desmedida, y así entre sus dientes postizos fenecieron todas. En cuanto al grabado evangélico, tampoco llegó a averiguarse quién tuvo la pérfida ocurrencia de enviarlo; pero dice don Domingo de Silos, él, que todo lo sabe, que si no fué Angustias fué Patros o la misma Pura, que entre las tres andaba el pandero.

Lo cierto es que de las mantecadas se habló mucho, hasta empalagar, y Amparo no podía ya ver el divino grupo con aquello de *Sinite parvulos*... sin ponerse colérica y entrar en ganas de arañar a Pura, a Patros, a Angustias o a todas tres juntamente.

VIII

Relámpagos.

En el antepalco del Real, detrás de la cortina de pana roja, espiaba Amparo por las junturas... no la sala, en sombras; no el escenario, donde la negra Aida se lamentaba de *riveder mai più* su patria; tampoco el paraíso, en busca del punto negro que representaba a Bibi Martel, allá embutido y confundido en espera del entreacto que le permitiera bajar al calle-

jón de las butacas y pasear ostentosamente, sino el palco de los ministros, vacío, abriendo su enorme boca solitaria en un bostezo de aburrimiento.

Hacía tres días que no veía Amparo a don Bruno de Astorga. Ni una carta, ni una tarjeta recibió de él, ni palabra que le explicara el retraimiento. En las últimas entrevistas subterráneas la había hablado de lo mal que andaba la política, de que el Gabinete se tambaleaba y de la crisis inminente. ¡La crisis, Dios mío! ¡Bienaventurado San Expedito! ¿Sería posible que el Gabinete se viniera abajo sin estar firmada la Real orden ni realizada ninguna de sus tres ilusiones? ¿Y el lazo rojo? ¿Y la banda? ¿Y la grandeza? ¿Quedaría todo bajo los escombros, hecho polvo con el derrumbamiento?

Porque lo grave no era que no se viese en el palco a Astorga, cuya ausencia podría atribuírse a cualquier causa personal: no había ningún otro consejero; faltaban todos; el palco estaba vacío, como quizá vacante el Gobierno.

La mano de Amparo se crispó sobre la cortina. Pura Cepeda, que en la delantera se erguía exponiendo la opulencia de sus carnes y una diadema rusa deslumbradora, la hacía señas de que saliera, y la vizcondesita Angustias vino a instarla:

—Sal, mujer; ¿qué haces ahí?

No salió hasta que bajó el telón entre el chasquido de los aplausos. Como si la luz la cegara, no vió nada, no reconoció a nadie. De vez en cuando levantaba el brazo desnudo y con gracioso mover de los dedos saludaba... ¿A quién? No lo sabía. A cualquiera. También sonreía, se abanicaba, ordenaba la caída de los encajes, de las perlas, y simulaba interesarse mucho en el espectáculo de la sala lujosa y alegre.

—¿Sabes? —indicó misteriosamente Pura—. Dicen que hay crisis, crisis total...

—Así me lo ha dicho Emilio al volver del Congreso —reforzó la Viscondesa—; parece que la sesión ha sido tremenda, y la caída del Gobierno, de latiguillo.

—La prueba la tienes en que el palco de los ministros está vacío. Y estamos en el último acto.

—Bueno, ¿y qué? —dijo Amparo—. ¡Que se alivien!

Pura y Angustias se miraron. ¡Qué descaro! ¿A quién iba a hacer creer que la caída de Astorga nada la importaba, si era la caída suya también, el final de su influencia, su anulación oficial?

Gozosas las dos, como buenas amigas, die-

ron detalles. El más combatido era Astorga. Saliendo Astorga pudiera ser que el Ministerio se arrastrara unos meses más; pero no había ya manera de reinstalar a Astorga en su poltrona. Las oposiciones no lo consentirían.

—Bueno, ¿y qué?

Espléndida en su despreciativa indiferencia, Amparo habló de otra cosa. Y cuando el desfile de fraques comenzó mostróse risueña, coqueta, ingeniosa, como siempre.

Ya veía, sí, ya reconocía; saludaba con los dedos y la cabeza; se puso de pie para lucir más, para que todos se dieran cuenta de que ella era la misma y que en nada afectaba a la Marquesa de Peñascales los rumores que corrían por la sala.

Ante los ojos de Pura y de Angustias, la envidia; ante la sala entera, la malignidad, la Marquesa de Peñascales tenía que aparecer en momento tal envuelta en su arrogancia de emperatriz romana.

IX

No por mucho madrugar...

Pero cuando, sola en su automóvil, se vió camino de su casa, habría llorado de ira... Porque

no cabía duda: la crisis era cierta. Lo repetían todos en el *foyer,* lo estampaban ya los periódicos de la noche y ahora en la Puerta del Sol voceaban los vendedores:

—Con la caída del Ministerio.

Era su propia caída la que proclamaban, y Amparo se sintió tan desalentada, tan molida del esfuerzo del disimulo en el teatro, tan dolorida, como si de una alta torre viniera a dar sobre las piedras.

Era ya la una de la madrugada, demasiado temprano para que el Marqués estuviera recogido. Demasiado temprano también para ella, que entre el chocolate y el *bridge* la daban las tantas en la calle. Así se sorprendió el sereno de verla regresar tan pronto, y el señor Fernando y la doncella.

—¿Está mala la señora Marquesa?

No había llegado el Marqués, por supuesto. El disgusto de tener que esperarle la puso más displicente todavía. No, no estaba mala, y la prueba es que no se acostaría.

Mandó a la doncella que la quitara sus atavíos; se puso una bata y una cofia y se reclinó en el canapé del tocador, pensando sobre aquello irremediable que en la placidez de su vida alegre interponíase para entorpecer o frustrar proyectos que llevaban tan buen camino.

por lo menos para retardarlos, que sabe Dios cuándo volvería Astorga al Gobierno y si encontraría otro Astorga que los apadrinase.

Acostumbrada a dormirse tarde, a pesar de que la media luz de la lamparilla, en la elegante cámara teñida de rosa, convidaba al sueño, estuvo despabilada hasta que oyó los pasos del Marqués en el pasillo. Estos pasos seguían de largo siempre y nunca se cuidaba de espiarlos; pero así que sonaron con discreción de noctámbulo, saltó del canapé y abrió la puerta:

—¡Paco!

El Marqués se volvió, bajando el cuello de piel que le embozaba hasta los ojos. Venía contrariado, y el gesto se marcaba en el huesudo rostro profundamente.

Amparo le preguntó sin preámbulo, como quien va derecho al bulto:

—¿Es cierta la crisis, Paco?

—Cierta.

—¿Total?

—Total e irrevocable. De modo que ni esperanza queda de un arreglo favorable de última hora.

—Luego...

—Nada, hija; que estamos reventados. Esa Real orden sin firmar...

—Hace dos días, me consta, ¿sabes?, me consta que estaba lista para la firma.

—Pero no se ha firmado.

—No será por falta de voluntad, Paco.

—Pero sí por sobra de escrúpulos. Cosas de Astorga, que no quería precipitarse para que no dijeran... Ya ves, se ha caído en el engranaje del trámite, del expedienteo, y ahora, ¿quién la saca del limbo? Como no la firme el Nuncio... Los repulgos en política son ridículos. No por eso dejan de decir...

—Y ahora...

—Ahora... Vamos a ver quién sucede a Astorga; primero, si es amigo; luego, si quiere hacerse cargo del asunto... Yo no puedo renunciar a mi granja agrícola, y con ayuda oficial o sin ella hay que implantarla. Y al decirte *no puedo* ya comprenderás por qué. Hemos dejado escapar la mejor ocasión, no la ocasión, la mejor que se ha presentado... ¡Ea, buenos días, Amparo!

—¡Buenos días, Paco!

Siguió pasillo adelante, y la Marquesa no se decidía a cerrar su puerta. La idea de que merecía el reproche la inmovilizaba. Porque, a la verdad, ella había tenido el poder en su mano, la voluntad ministerial a sus plantas, y no supo aprovecharlo. Para los demás, sí; para ella, para los suyos, no. Embriagada por la vanidad, por

las diversiones, no pensó que el tiempo entre la promesa y la dádiva no ha de ser largo si se quiere ver cumplida.

¡Al sus ventanas, entre tanto, asomaba la aurora...

X

Cristo abre los ojos.

"Excelentísima señora Condesa de la Alameda.

Andújar (Jaén).

Madrid, mayo.

Queridísima Mercedes:

Dos sorpresas, dos grandes sorpresas te lleva esta carta. ¡Han pasado tantas cosas desde que tú te marchaste! La primera es que este año no vamos a San Sebastián... Mejor, así me veré libre del calor y de las pulgas, de mil compromisos, de dos mil gastos y de la galerna, que me produce jaqueca. ¿Que qué haremos en el verano? Pues ahí está lo extraordinario. No nos quedaremos en este achicharradero de Madrid. Nos iremos a Andújar, con-

vosotros. Paco va decidido a implantar su granja agrícola, a imitar a tu excelente Perico en todo, y, por las trazas, a permanecer allí mucho tiempo. Madrid no queda lejos y ya haremos tal cual escapada. Por eso, te lo confieso, me resigno a esta expatriación, que lo es para mí, más que destierro. Manda preparar, pues, las habitaciones de nuestra casona que dan al patio grande: la del balcón, que es la mía; la siguiente servirá de tocador, y la pequeña, para Paco. Harás una lista de lo que haga falta: ya sabes que sin comodidades no puedo vivir. Ya telegrafiaré cuándo llegaremos para que vaya la jardinera a la estación.

¿Qué tal anda tu obra de beneficencia? De seguro que el coro de bendiciones te sigue a todas partes. Dichosa tú, hija, que tienes ganado el Cielo. Verás cómo yo te ayudo en tu misericordia. Llevo un proyecto de Ropero estupendo y el de un Bazar para obreros que merecerá tu aprobación. A ver si se me pega algo de tu santidad.

¿Y los chicos? Deseando estoy comerlos a besos.

—¿Dónde está la otra sorpresa? —preguntarás. Que me voy a Limpias de peregrinación dentro de ocho días. ¿Y a qué he de ir yo a Limpias si no es a limpiarme la conciencia a los pies del Santo Cristo? Esta idea de puri-

ficación me llena el alma de consuelo inefable. ¡Si la sagrada imagen repitiera el milagro y se dignara posar sus ojos piadosos en esta pecadora! ¡Qué emoción, Mercedes, qué escalofrío siento sólo de pensarlo! ¿Podré arrostrar la divina mirada?

Adiós, querida Mercedes. Recuerdos a Perico y besos a Trini y a los niños. Hasta mi próxima. Te abraza, AMPARO."

"Excelentísimo señor Conde de Trespuentes.

Madrid.

Limpias, mayo.

Querido Fico:

Ya sé que me he portado muy mal contigo, pero ya me conoces y sabes que en el fondo no soy mala ni olvido del todo a los que bien me quieren. Deberes de contrición me han traído a Limpias y por eso quiero pedirte perdón de mi dureza y de mi fea conducta. No me acercaría tranquila a la Mesa Eucarística sin la seguridad de que me has perdonado.

Cuando vuelva a Madrid, y antes de seguir para Andújar, nos veremos y entonces te explicaré por qué marcho a Andújar, así como otras muchas cosas que ignoras.

Hasta pronto.—AMPARO."

"Al señor don Bibiano Martel.

Madrid.

Limpias, mayo.

Querido Bibi:

Ahí va un giro postal por doscientas pesetas. ¡Qué cabeza la mía! Con el atolondramiento del viaje olvidé que a fin de mes tenías que pagar a la patrona.

Hasta luego.—AMPARO."

....

....

....

En el altar resplandeciente, en medio de la aureola de gloria, el Santo Cristo ofrecíase a la veneración de los fieles y a la curiosidad de los incrédulos, que, confundidos en oleada impetuosa, se apiñaban en el templo. Los corazones de unos y de otros batían aceleradamente los pechos ansiosos y las miradas se clavaban en la divina faz, esperando el momento en que aquellos ojos escrutadores del cielo dignáranse bajarse hacia la tierra mísera y acariciar, iluminar, curar y consolar a todos cuantos a sus pies se congregaban y por los caminos y de muy lejos acudían atraídos por la fama del milagro.

Amparo, la primera, desde muy temprano, humildemente imploraba a la imágen. Había confesado y comulgado. Su conciencia estaba

más limpia que una patena. ¿La miraría el Señor piadosamente? Con toda su alma esperaba, creyendo a cada instante que los ojos del Señor se movían, parpadeaban... Estaba tan cerca del altar que, antes que a nadie, antes que a los oficiantes, al inclinar la mirada tenía que verla el Señor a ella.

Y a pesar del incienso, cuando alzaban, en el momento solemne en que todas las respiraciones se contenían, parecióle que los párpados divinos se movían y aquellos ojos, desde lo alto, la miraban... Sí. Al ver a la Marquesa de Peñascales, Cristo abrió más grandes los ojos.

¿De asombro?

LA VIRGEN MELONERA

I

A Benicio se le cae la baba.

La tía Viruta cogió el haz de leña, el más grande, el más pesado, y se lo echó a la espalda, enredando en la muñeca huesosa el cabo de la cuerda: quedó así hecha una ce, inclinada la cabeza sobre la tierra, la vista en el sendero del monte que había de seguir para regresar a casa... Antes escondió los tres conejos, cazados furtivamente, debajo de la falda, de modo que por el bulto no se advirtiera el matute. Y dando a Benicio, su hijo, tres ramas sobrantes de la provisión de la tarde, ordenó:

—Vamos.

—Sí, *made* —dijo Benicio.

Abrazado a las tres ramas de encina, ligeras como plumas, se dispuso a seguir dócilmente a

su madre como un perrillo, y en el esfuerzo que hacía y la satisfacción de mostrarse útil fingía que llevaba tres maderos. Era un mozallón de más de veinte años, de cara larga, ojos sin vida, la boca sonriente de estúpido, pegada la gorra a la nuca y vistiendo un blusón que parecía túnica por lo cumplido: tonto de remate a causa de una meningitis, que atrofió su inteligencia en la cuna, no hablaba sino para pedir lo que su animalidad exigía, y, como chiquitin, se impacientaba, o lloraba, o se encolerizaba; pero más frecuente era en él la sumisión, el miedo, la desconfianza, que le pegaba a las faldas de la tía Viruta y en ellas buscaba amparo en todo trance.

—Sí, *made*.

Y encorvada la vieja bajo el peso de la leña y portando el mozo concienzudamente las tres ramitas, por un agujero del cerco de piedra del Pardo, como raposas, salieron al campo y tomaron el camino del pueblo a tiempo que comenzaba a anochecer. Detrás del Guadarrama el sol incendiaba las nubes y en maravillosas tonalidades se transformaba la luz; en las laderas los viñedos y melonares se sumergían en la sombra, y del lado de allá la roja torre de Santa Cruz, vigía de la villa y corte, la plomiza cúpula de San Francisco el Grande y la soberana fachada del Palacio Real se destacaban en el conjunto impreciso del caserío. Hacía calor, el

calor de julio sin humedad y sin brisa, y la tía Viruta sudaba con la carga, tirando de su esqueleto y de la leña como caballería cansada que ansía llegar al pesebre.

De vez en vez se paraba, se volvía a inquirir si Benicio venía detrás.

—Vamos, hijo, anda.

—Sí, *made.*

Al orillas del camino estaba su melonar, y se detuvo a admirarle, tan majo aparecía, ya con frutos gordos como puños. ¿Cómo estarían para la Asunción, de continuar el tiempo favorable y no sobrevenir pedrisco ni lluvias importunas? La tía Viruta echaba sus cuentas, galanas como todas las cuentas que en el azar cifran sus realidades, y en ellas encontraba nuevas fuerzas para reanudar la caminata por la senda empinada.

Ya llegaban al pueblo, y en una casuca de las más humildes se detuvieron. Como la tía Viruta llevaba gacha la cabeza, no pudo ver que en el umbral, sentada junto a un atadijo y una cesta estaba una moza morena, muy agraciada, que la aguardaría impaciente, porque así que la madre y el hijo entraron en la calleja se removió en su abultado refajo de bayeta verde, atusó los flecos de su pañuelo de colorines y al depositar la vieja trabajosamente su carga sobre las piedras se levantó para decir:

—Buenas tardes, tía Engracia. Soy la Romanilla.

Quedósela mirando la tía Viruta con mucha atención. Y más que con atención, con embeleso, Benicio. Igual que ante la Virgen en la Iglesia las flores silvestres que solía ofrendarle, puso ante las plantas de la muchacha sus tres ramitas de encina; se le enternecieron los ojos, se le alegró la cara y, metido un dedo en la boca, comenzó a caerle un chorro de baba, del gusto que sentía o no había quien lo entendiera.

II

Romanilla.

En esto la señora Engracia, llamada en el pueblo la tía Viruta, dió brusca salida a sus expansiones abrazándose a la chica, entre besos y voces:

—¡Ah, Romanilla! ¡Eres tú, Romanilla! ¡Cómo iba a conocerte hecha una mujerona!... Y que no te esperaba.

—¿Que no me esperaba usted, tía Engracia? —protestó la muchacha, defendiéndose como

podía del efusivo asalto—. ¿No ha recibido usted una carta de mi madre?

—Sí, recibí una carta; pero como no sé leer y no sabía de quién era, que de mi Ramón no era, no me cuidé más de ella. Ahí estará en la espetera de la cocina. Ven, mujer; entra, que ya me explicarás...

Para entrar hubo que buscar en un hueco de la ventana, entre las macetas de geranios, la llave enorme, y como era ya de noche, antes que se encendiera el candil y se preparara la lumbre dieron más vueltas la tía Viruta y Romanilla... Benicio las daba también, pero en derredor de la joven, y así estorbaba y molestaba hasta que la madre le mandó a un rincón a estarse quieto mientras no se le llamara para cenar.

—Sí, *made* —contestó humildemente Benicio.

Y se sentó en un banco sin apartar de Romanilla la mirada extasiada.

—¿De modo que mi hermana Fuencisla quiere que te pongas a servir en Madrid? —dijo la tía Viruta arrimando el puchero.

—Sí, señora. A eso vengo y eso debe de decir la carta. He salido de Segovia al mediodía en el tren, y desde Pozuelo aquí me vine andando... Tan contenta, tía Engracia, porque a mí me ha tirado siempre Madrid.

Por mediación de unos señores que veranean en La Granja y a quienes lavó la ropa durante

dos temporadas, se colocaba de doncella en casa de un título, con diez duros. Iba a trabajar mucho y a ahorrar mucho: a su madre la enviaría seis duros todos los meses, que le hacían más falta... ¡Ay! ¡Las veces que se acostaban sin cenar!

—¡Como aquí —suspiró la vieja—, desde que se marchó a Melilla mi Ramón! Patatas a diario, sardinas alguna vez y una piltrafa de carne sospechosa para el cocido cuando el carnicero no quiere tirarla.

Miró los tres conejos Romanilla, extendidos los tres sobre la mesa, y la tía Viruta rectificó:

—Son para vender, hija, y no todos los días se consiguen. Como te sorprenda un guarda, te has caído... Gracias a Dios y a mi suerte, todavía no me ha pasado nada... ¿De qué viviríamos los pobres entonces?

Pero con el feliz motivo de la llegada de la sobrina iba a guisar uno de aquellos y a comérselo en paz, que un día es un día. Mañana habría holgorio en la casa. Hoy se contentarían con el flaco pedazo de bacalao y la taza de recuelo.

Dijo la muchacha que ella traía una torta de huevo, algo de embutido y una botella de cierto vinillo del país; y como fuera a sacarlo de la cesta y sobre la mesa lo expusiera, opulencia nunca vista en la mezquina y ahumada sala, se le alegraron el corazón y el estómago a la tía

Viruta, y acudió, husmeando desde su rincón, Benicio.

No había más que sentarse a catar todo aquello, y se sentaron y lo cataron, hambrientamente, la tía Viruta y Benicio, por la gazuza atrasada que padecían, y Romanilla, porque el viaje y las emociones abrieron su juvenil apetito.

Y satisfechos los tres, dormido Benicio sobre el mismo banco, le pareció a la tía Viruta que era hora de soltar cierta idea que le había venido al darse de hocicos con su sobrina; una idea muy oportuna y que era inspiración del Cielo... ¡Dichosa Romanilla! ¡Con que a Madrid de doncella! ¡Y ella sola, entre tanto, aperreada, con el hijo mayor en la guerra y con aquel mostrenco, desgraciado, que era carga y no ayuda, estorbo y cadena y castigo!

III

Esos señores...

Contempló la tía Viruta un rato a Romanilla, guiñando los ojillos nerviosamente. Era bien plantada, guapota, frescachona, generosa de pecho, renegrida de pelo, favorecida de cara,

con tanto ángel, que encantaba; una buena hembra para el trabajo y lo que se terciara. Desde la muerte de su marido, el tío Pablito, que vinieron las segovianas al pueblo, que no la veía, y había crecido, crecido... ¡Jesús! Lo que son estos chicos cuando se dicen: ¡A crecer tocan!

Entre los ronquidos becerriles de Benicio, la tía Viruta colocó esta pregunta:

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana mismo, si puede ser —contestó bostezando Romanilla.

Como poder ser, desde luego, y ella la acompañaría, que hasta Madrid había un buen tirón; pero, ¿a qué tal prisa? Seguramente esos señores estarían fuera, que no es de buen tono que un título deje de veranear ¡y en julio! No encontraría a nadie con quien tratar y tendría que volverse, perdiendo el viaje. Además, ¿iba a presentarse vestida de paleta? No sabía ciertamente la tía Viruta qué trajes llevan las doncellas en casa de títulos; pero a buen seguro que no vestían falda de vuelo de bayeta verde.

—Lo mejor será que te quedes aquí hasta el otoño...

Sí, y entre tanto se daba lugar a que regresaran esos señores y se averiguaba quiénes eran; porque hay señores de esos, con corona o sin ella, que no pagan o que no dan de comer a los criados (esto es lo más general), o que los mal-

tratan de palabra, o que los explotan haciéndolos trabajar como burros y por un dime o diréte de malhumor, ¡zás!, a la calle, a la hora que sea, y así las muchachas se pierden. Si ella hubiera tenido una hija, jamás, jamás, la pone a servir. "La mujer honrada —que dice el refrán—, la pierna quebrada, y en casa."

—Pero, tía Engracia, ¿qué he de hacer, si necesito trabajar?

Eso, quedarse allí hasta el otoño, ayudarla, que sólo con cuidar del melonar había buena faena, y allá para setiembre la compraría una bonita tela de lana, y la Maruja, la hija de la tía Baldomera, que corta por patrón, la haría un bonito vestido a la medida; la regalaría también un velillo de blonda, compañero del suyo de boda, y entonces podría presentarse en casa de esos señores dignamente y en sazón. A la madre, a Fuencisla, se la escribiría y, no la cabía duda a la tía Viruta, Fuencisla aprobaría lo hecho, como lo más acertado y razonable.

—Lo pensaré, tía Engracia; hasta mañana hay tiempo de pensarlo.

Se caía de sueño Romanilla, hecha una grillera la cabeza con los planes de la tía. Y como cuanto ensartaba la tía Viruta era de ley y se ajustaba a la realidad de las cosas, pensaba en que no iba mal encaminada en aconsejarla como lo hacía. Ya su madre la había recomenda-

do que la pidiera parecer, porque la tía Engracia en la familia gozaba fama de despabilada y sabihonda.

—Vas a ocupar la alcoba de Ramón —dijo con un gran suspiro la tía Viruta—; es esa del fondo; da al patio y tiene vistas a la sierra. La mía es esa de la izquierda... Benicio, el pobre, duerme en cualquier rincón. ¡Para que ande limpio me da más guerra! ¡Figúrate cómo pondría la alcoba, si la tuviera, o le consintiera yo que ocupara la de Ramón! Una cochiquera; nada, una cochiquera.

Se levantó la tía Viruta, candil en mano, y apartando una cortina de vieja cretona rameada mostró a Romanilla una habitación de pocos metros, con pocos muebles, pero muy cuca. Sobre la cabecera de la cama de hierro el cromo del Perpetuo Socorro velaba por el ausente.

—Vas a estar aquí como una reina —declaró convencida—. ¡Sabe Dios qué pocilga te destinarán esos señores!... ¡Porque buenos estarán esos señores!

IV

En el melonar.

La almohada aconsejó a Romanilla que se quedara con la tía, por lo menos hasta poder

cambiar de ropa, porque, en verdad, su instinto mujeril de coquetería se alarmó de que en la Corte pudieran reírse de ella viéndola llegar, así vestida, a ocupar plaza de doncella. Abominó de sus galas pueblerinas e hizo votos de cortarle el vuelo a su falda antes que la realidad se lo cortase a sus ilusiones.

Y adoptada resolución tan sabia, la que no le costó mucho cavilar, porque era lista y de fácil consejo, se levantó muy temprano y comenzó a aviar la casa como si no hubiera hecho otra cosa en su vida, mientras la tía Viruta, encantada de tener quien la sirviera, aviaba el conejo, y Benicio, que sin duda no contaba con la huéspeda, andaba maravillado tras de ella y era repelido a escobazos cuando en la expresión admirativa se propasaba.

Por la tarde, al olor del guiso y de la noticia de la llegada de la sobrinita, vinieron algunas vecinas, y la tía Viruta se dió mucho pisto hablando de sus parientes de Segovia y de los futuros señores de Romanilla.

La cual, a poco, hubo de encargarse de toda la labor casera, incluso la más penosa y que la tía Viruta pagaba como podía a un jayán del pueblo: el cuidado y limpieza del melonar.

No, la tía Viruta no era como esos señores que explotan a los que les sirven, pero para algo el Cielo la había enviado a su sobrina. Ella

estaba vieja y enferma; Romanilla era joven y fuerte. ¿A quién tocaba trabajar?

Hacía trabajar, pues, a Romanilla como si se sintiera señora, y Romanilla trabajaba sumisa, sin quejarse, siempre con su ilusión de cortarle el vuelo a su falda verde. Y de lo que ella más gustaba era de estar en el melonar, escardando, arrancando hierbajos, espantando a las urracas, que por hallarse ya el fruto propicio comenzaban a picotearle... Cuando el calor era grande y se fatigaba, sentábase a la sombra de alguna encina y miraba a Madrid, allá abajo, allá lejos, con sus tejados, sus torres y el resplandecer de sus cristales al sol, como ciudad encantada. Algunas veces la bruma, el vaho que del Manzanares subía, cerraba el horizonte y el Palacio Real se ocultaba, y al mágico descorrerse de la cortina ¡cómo resurgía imponente y majestuoso! ¡Madrid! Allá iría ella pronto, cuando del melonar no hubiese más que rastrojos y se hubiera levantado la cosecha. Entonces la tía cumpliría su promesa, y ella, bien atildada, bajaría aquella cuesta, que es la que lleva a la Corte, y por no deslumbrarse de tanta grandeza y dar algún tropezón se cogería del brazo de la tía Engracia, que ya se lo había advertido la madre al despedirla:

—¡Sobre todo, hija mía, cuidado, mucho cuidado en Madrid con los tropezones!

¡Qué piedras más gordas, qué guijarros más puntiagudos debía de tener Madrid! No, lo que es ella no tropezaría, no.

A mediodía, siempre que la tocaba estar en el melonar, la traía Benicio en una cesta la comida y juntos comían al pie de la encina. El mozo no hacía más que mirarla, echado a sus pies, y ella, molesta de este apego perruno, le decía:

—Apártate, Benicio. ¡Qué pesadez!

—Sí, *made* —contestaba mecánicamente Benicio.

Pero no se apartaba, encandilado, sin probar bocado, sin besar a la bota, él que tan devoto suyo era que la tía Viruta había de encerrarla por que no se emborrachara. Benicio no tenía apetito, no tenía sed. Lo que sentía Benicio era una cosa extraña, indefinible. Y la sentía desde que Romanilla vino a la casa.

Así, mirando a Romanilla, se hubiera estado él horas, y días, y meses, y años, a la sombra de la encina y en la soledad del melonar.

V

Benicio se insinúa.

A principios de agosto apretó el calor, y como sandías, melones y calabazas iban maduran-

do a las caricias del sol, de otras nocivas de urracas, merodeadores y demás pajarracos rateriles había que guardarlos, así de día como de noche, por lo cual el jayán de que se ha hecho mención y el Pabluchos, ahijado del difunto tío Pablito, armaron una choza en medio del melonar con palitroques y ramas secas, a cuyo amparo podía cobijarse el guarda o la guardesa de tanda. Quedó el servicio de vigilancia repartido de modo que la tía Viruta o Romanilla lo prestasen de día y el tal Pabluchos de noche, y así otros melonares mejores que el de la tía Viruta habría, pero más bien guardado, ninguno. Era el pan del año, lo que remediaba apuros y enfermedades, y si la Virgen melonera no disponía otra cosa, para el 15 de agosto, día de la Asunción, daría gloria verle.

Así todo cuidado parecía poco para aquel pedazo de tierra en el que las plantas rastreras hundían sus zarpas de verdor. En la choza había sartenes viejas, tapaderas de deshecho y otros trebejos de hierro o de hojalata susceptibles de armar ruido al golpeteo, y la tía Viruta, Romanilla y Benicio daban con ellos, panderos improvisados, ensordecedora música a las urracas, corriendo tras la bandada al grito de ¡ea! ¡ea!, grito que en la tía Viruta era alarido furioso.

—¡Ea! ¡Ea! ¡Ea!

Grito de guerra, desentonaba en la serenidad del amanecer, en la tranquilidad del mediodía. Las pérfidas urracas, o maricas que llaman por mal nombre, con sus pecheras grises, el manto azulado de las alas, el copete enhiesto y la larga cola tendida, se burlaban de los guardadores y de un lado al otro del melonar, en vuelo rápido de flecha, se posaban a calar, las primeras, todo fruto que ofreciera su redondez a su voracidad.

—¡Ea! ¡Ea! ¡Ea!

Repicaban sartenes y tapaderas y el bando huía, satisfecho. Aquí del furor de la tía Viruta al comprobar, en cada agujero de la tierna corteza, el daño irreparable. Fruto picado, fruto podrido. Con juramentos que eran pedradas se volvía a Romanilla y a Benicio y los azuzaba para que persiguieran a las ladronas y *mardecías*...

Benicio se divertía muchísimo dando serenata a las urracas. Su pandero sonaba como un tambor, y se le veía correr con su largo blusón y la gorra pegada a la nuca, que se dijera pegada con cola, pues no se le caía nunca por más que corriera. Al fin disperso el enemigo y cansados todos, aplanados por el calor, se refugiaban en la choza. ¡Y qué bien se estaba dentro de la choza! Benicio se tendía en el suelo y las mujeres hacían calceta o remendaban,

sin perder de vista el campo, que a lo mejor volvía el enemigo y había que repetir la sinfonia, las carreras y los gritos.

Pues, una vez tuvo que ir la tía Viruta con el botijo a la fuente próxima, quedando solos ambos jóvenes. En esto de quedarse a solas con Benicio, Romanilla había mucho cuidado en evitarlo por cierta aprensión que la daba el mirar persistente, extraño e hipnótico del idiota. Romanilla sentía no sé qué al peso de aquella mirada. Ella era fuerte, pero el bruto aquél lo era también; hasta entonces la había respetado: puestos a luchar, ¿podría vencerle?

Se levantó inquieta y se dirigió a la abertura de la cabaña, a tiempo que se sintió cogida por Benicio en un abrazo de tenaza: vió la cara descompuesta del muchacho, los ojos frenéticos, la boca babosa y sus gruñidos de animal que aguija el instinto salían como el hipar del ahogado en sus ansias postreras.

No pudo hablar Romanilla; pero ante la peligrosa acometida mordió al bruto en un brazo, tan fuerte, tan hondo, que los dos que la enlazaban hubieron de aflojarse, haciéndole huír al fondo escarmentado y dolorido.

—*¡Made, made!* —clamó Benicio.

La tía Viruta apareció en la abertura... Oyóse la esquila de un rebaño que pasaba por el camino.

VI

Palo y tente tieso.

No lo pensó dos veces la tía Viruta. Tiró el botijo a la cabeza del muchacho, salvándose milagrosamente la cabeza del descalabro, pero no el botijo, y con una vara de fresno, que cogió del suelo, le dió tantos palos que más y más recios no los cobra una caballería.

—¡Toma, perro! ¡Toma, ladrón! ¡Toma *esgarrao!*

Aullaba Benicio, y Romanilla, espantada, hubiera huído por esos campos si fuera dueña de su voluntad. Antes se cansó Benicio de aullar que la madre de apalearle, y cuando le tundió bien a gusto le dejó para decir:

—Ya tienes para una temporada. Vuelve por otra, granuja. Así aprenderás a respetar a tu prima. ¡Señor, qué crío! ¡En qué habré yo ofendido al Cielo para castigarme así!

Justo. Porque la castigada era ella. El dolor de los palos por cada marranada de aquéllas, pasaba. Lo que no pasaba era el dolor de tener animal semejante en casa y animal dañino, al que no podía tratarse de otra manera, ni con ruegos ni con razones, que no entendía. El úni-

co argumento que entendía era el palo. Pues palo y tente tieso.

—Ya lo sabes, Romanilla...

Si volvía a faltarla, que cogiera un palo y le rompiera la crisma. Santo remedio. Y como de estos arrechuchos le venían varios al año, recibía más golpes que mendrugos. Ya se maliciaba ella, por los síntomas, que iba a estallar un día u otro. En oliendo hembra, el maldito rijoso aquel se ponía frenético.

—Dispensa, hija, dispensa. ¡Jesús, qué sofoco!

—¡Tía Engracia! —dijo Romanilla muy afligida.

Y al són de los quejidos de Benicio contó la tía Viruta cómo un día con Maruja, la costurera, y una noche al volver de la fuente la hija del Sacristán, y con la de una vecina, y con la de otra vecina, y hasta con la mujer del alguacil, que él ni de edades ni de estados entendía y en viendo faldas ya estaba perdido, se había propasado y cobrado sus buenos varapalos. Lo de la hija del Sacristán fué más grave: no se sabe si pasó a mayores, pero la chica tuvo que salir del pueblo y el padre quería nada más que encerrar en un manicomio al muchacho. ¡Anda, que si fueran a encerrar a todos los seductores, no habría ni cárceles ni manicomios bastantes en el mundo!

Así le huían las chicas en el pueblo como si fuera el coco y no había mujer que no se cuidara de él como de la peste. El Alcalde le dijo una vez que si no se corregía mandaría ponerle bozal, lo mismo que a un perro. Pero ¿puede corregirse lo que es desenfreno del instinto cuando la razón no está ahí para impedirlo?

—Por lo mismo —argüía el ofendido Sacristán—, al manicomio con él.

Y esta amenaza, que cualquier día se realizaba, la tenía en un tris a la tía Viruta. Porque, al fin, hijo suyo era, ¿y quién iba a cuidarle más y mejor? ¿No se afanaba en no dejarle suelto nunca? Ni de día ni de noche le abandonaba, y si, como tenía veinte años, tuviera uno, apenas le daría trabajo mayor y mayor preocupación.

—Bueno, tía Engracia —intercaló Romanilla—, comprenda usted que estando en la misma casa... y después de lo sucedido...

—No haya cuidado, que después de esta tunda, se cura, al menos en lo que va contigo... Y si no se cura, ya le curaremos las dos, que si un palo duele, más duelen dos bien manejados.

Recogió la vara de fresno para apoyar su argumentación, y en esto los gritos de las urracas la alarmaron. ¿Volvían esas ladronas? Benicio cesó de gimotear y, olvidado ya de la paliza y de sus causas, saltó de pronto, cogió los

instrumentos de música y se lanzó fuera de la choza:

—¡Ea! ¡Ea! ¡Ea!

Corría detrás de la bandada, ondulante el blusón, clavada la gorra en la nuca y armando la más escandalosa trapatiesta, con ardor y alegría infantiles.

La tía Viruta se enjugó los ojos y alumbró esta sentencia:

—¡Pobrecillo! ¡Lo que él hace lo hace sin saber lo que hace; que los demás saben lo que hacen y lo hacen peor!

VII

Dice la madre...

A la señora Fuencisla, allá en su lugarejo segoviano, no la pareció muy acertado eso de que Romanilla se quedara en casa de la tía Engracia. Porque ella no mandaba su hija a la Corte para que sirviera a la tía, sino para que remediara con su trabajo las escaseces que venía padeciendo. De no ser así no se decide a desprenderse de ella, a soportar la soledad que implicaba su ausencia. La tía Engracia tenía a su hijo Ramón,

que la auxiliaba; ¡ella, a nadie! Sólo sus manos casi inválidas.

Que el plazo fuese corto o largo era secundario. Ya lo alargaría el capricho o la necesidad. Y en lo tocante a los regalillos con que había sido engatusada Romanilla, ¡conocía tan bien la señora Fuencisla a su hermana!, no los vería nunca ni en pintura. Urgía, pues, que se marchara a Madrid, que pasara de una vez los umbrales de la Corte encantada y no se estuviera mirándola de lejos, como dice el Evangelio que se quedó Moisés mirando la tierra prometida: ya esos señores habrían vuelto o llegarían pronto, y en todo caso no faltaría funcionario alto o bajo a quien presentarse, que ella no iba a pretender, iba a ocupar el cargo que por mediación de la familia veraneante en La Granja había obtenido.

Algo de esto y otras cosas más que se le ocurrieron, pluma en ristre, porque la señora Fuencisla era más letrada que su hermana, escribió malamente, pero con claridad, a Romanilla, y Romanilla se quedó de una pieza con la carta...

Luego que caviló a sus anchas en el cuarto del primo Ramón, mirando a la sierra azulada por la ventana, confió a la tía lo que pasaba:

—Dice la madre...

Y la tía Viruta echó un terno a rodar. ¡Siempre la misma, Fuencisla! Desconfiadota,

cismática, ingrata. ¿La creía capaz de explotar a su hija? ¿De engañarla? ¿Había ya transcurrido setiembre, que venía con la cuenta? A ver, que dijera Romanilla si estaba descontenta, si lo pasaba mal. ¿No era cierto que con Maruja tenían ya concertado lo del vestido? ¿Que habían examinado telas, precios y patrones y hasta escogido el color y el dibujo? ¿Y no era cierto que Pabluchos fué un día a la Corte por informes y encontró el portalón de esos señores cerrado a piedra y lodo?

—Sí, señora —contestó Romanilla.

—Esas impaciencias de Fuencisla —dijo la tía Viruta— ya sé yo con qué se calman, y sus desconfianzas y sus aprensiones. Voy a echar agua a las brasas, aunque me cueste hacerlo.

Fuése en seguida a tratar con el tío Malasombra, que daba dinero a préstamo, y le pidió sobre su melonar tres duros con el interés que el usurero quiso y sería otro tanto, y cuando volvió con el giro, ¡poco ufana y despectiva presentóse ante la muchacha!

—Vas a escribirle a tu madre esto y esto. Y le incluyes el giro para taparle la boca. Y le dices que aquí nadie te va a comer. Y que todo lo que hace la tía es por tu bien. Y que estás muy contenta. Y que espere. Y que se aguante.

Temblaba la tía Viruta por el temor de que la influencia de la carta maternal fuera deci-

siva. En poco tiempo se había acostumbrado tanto a la compañía de la sobrina, le era tan útil, tan necesaria, que antes se dejara cortar las dos manos que dejarla marchar.

Y Romanilla escribió al dictado cuanto la tía le fué diciendo con premiosa y alterada elocuencia. De sus manos salió una carta como la que vino, muy respetuosa, pero muy clara y terminante, y como el agua sobre las brasas, el giro de los tres duros apagaba toda viveza, la señora Fuencisla había de quedar satisfecha y tranquila o era demasiado exigente.

—Ahora al correo. Cuanto antes, mejor. Así no hay lugar para arrepentirse.

Y salió a la carrera la tía Viruta, dejando a Romanilla que mirase pensativa por la ventana la sierra azulada.

Porque lo singular era que Romanilla estaba conforme, secretamente conforme, con la carta y no la había escrito forzada. ¿La razón? ¡Ah, muy honda, muy honda!...

VIII

Pabluchos.

Pabluchos era el barbero del lugar. Tenía su barbería en la plaza que llaman Nueva, a

pesar de que todas sus casas se caen de viejas, y en la más vieja de todas. Muy limpia y decentita, en ella pasaba el día con la navaja y la tijera, tusando y rasurando a la paletería comarcana. Era viudo Pabluchos, sin hijos: aún joven, con un pasar y su trabajo y el aplomo que parece dar la viudez, se le consideraba como un buen partido y las mozas se le disputaban. Pero hasta la llegada de la chica de Segovia ninguna pudo llamarse preferida. El buscaba mujer de su gusto, que atendiera su casa y su ropa, y no la encontraba en el pueblo. Decían que *hablaba* con una de Madrid, pero no debía de ser verdad porque iba poco a la Corte y su viudez se prolongaba más de lo que sus deseos exigían.

Y que no era verdad se descubrió cuando vió a Romanilla. Como su carácter de ahijado del difunto tío Pablito le daba confianza en la casa y lo del melonar ocasión de entra y sal a todo evento, no descuidó de aprovecharlo, enamorado de Romanilla, de su gracia, de su ingenuidad y de su dulzura. No era como las del pueblo, descocadas, a las que el tufo cortesano trastornaba y pervertía. Romanilla era flor silvestre, y aunque Pabluchos no era capaz de discernirlo bien, lo sentía, y esto bastaba. Al principio no se atrevió a decir nada a la muchacha. La veía tan empeñada en su proyecto madrile-

ño, que decidió esperar a que llegase el otoño y con él la resolución suprema. ¿Caerían con las hojas sus ilusiones también?

Desde luego la tía Viruta se percató de lo que le pasaba a Pabluchos, y por el afecto que le guardaba se declaró su valedora en la emergencia. Hasta armaron cierta complicidad en lo de quitar de la cabeza a Romanilla la idea de la servidumbre en la Corte, y de esta complicidad nació la intriguilla de que fuera Pabluchos a Madrid y viniera diciendo que esos señores no estaban, ni se sabía cuándo volverían, ni existía portero en la casa ni alma viviente. Pero todo esto lo urdió y concedió la tía Viruta a trueque de que después de la boda, si boda había, Romanilla seguiría viviendo con ella mediante los arreglos, composturas y añadiduras a que se prestaba deferente Pabluchos, que si no se presta no hay avenencia.

No era tonta Romanilla y hubo de percatarse a su vez de lo que el señor barbero ocultaba y callaba, a pesar de su oficio. Tanta ronda, tanto mirar, tanta indirecta de las que van derechas adonde las manda la intención... Y cuanto más pensaba en Pabluchos, menos ganas tenía de proseguir el viaje a la Corte. El alto en el pueblo, en casa de la tía Engracia, le parecía providencial. ¿No salta así la suerte, como la liebre, en lo mejor del sendero, cuando

más distraído se anda o nada se busca o nada se espera? Ya no miraba a las torres lejanas con el ansia de la curiosidad y el acicate de lo desconocido. Miraba a la calleja, si estaba en la sala de su casa; miraba al camino, si estaba en el melonar, por ver llegar la figura viril de Pabluchos; y si pasaba por la plaza Nueva sus ojos se recreaban en el refulgir de la bacía colgante, se colaban indiscretos en la barbería, le buscaban y cuando le encontraban, su boca sonreía al joven de larga blusa blanca que, delante de una mesa de mármol y de un espejo de purpurina, enarbolaba gallardamente la navaja.

¿Cómo no escribir, pues, a la madre cuanto quiso la tía Engracia? Romanilla confiaba que mucho más podría decirla tan pronto como el señor barbero hablase y ello sería más grato de escribir. Porque esto de la suerte es cosa de magia. Se sale con el modesto propósito de ser doncella y se encuentra metamorfoseada en maestra barbera en un Jesús; la doncella, en casada; la criada, en ama.

Si antes del otoño hablaba Pabluchos, ya podían esperarla sentados esos señores. No diría la madre que había tropezado en la Corte. Y si había tropezado, ¡en buenos brazos había caído!

IX

Donde habla el barbero.

Anochecía. En la cocina de la tía Viruta, Romanilla adobaba un conejo para la cena, que era día grande, la fiesta del pueblo, la Virgen melonera, y había que celebrarla de suculento modo. Primero le trinchó hábilmente, luego le sazonó con sal, pimienta, poco laurel, mucho ajo, mucho pimentón, bastante aceite y una cucharilla de vinagre... La tía Viruta estaba de guardia en el melonar. En seguida de aviar el conejo iría ella a reemplazarla mientras llegaba Pabluchos, que hacía de guardia nocturno, pero nada más que un momento, porque no gustaba de estar sola en el campo a tales horas. Si Pabluchos no podía ir, por el mucho trabajo del día, mandaría a otro en su lugar. Lo esencial era que no quedara el melonar abandonado: maduro el fruto, ofrecíase a la rapacidad ajena generosamente y había que abrir el ojo más que nunca.

Listo el adobo, lo puso a la lumbre y encendió el candil, que no se veía gota. Y de pronto golpearon a la puerta. Era Pabluchos.

—¿Estás sola, Romanilla?

—Sola. No entres, que no está bien que entres ahora.

—No entraré. Me quedaré aquí en el quicio y así pareceremos novios.

—Como quieras.

Rió la muchacha y Pabluchos explicó el porqué de su venida: que era prevenirla que hasta las diez no podría ir al melonar. Como hacía luna no debía temer nada, ni impacientarse puesto que sabía la causa de la tardanza. La barbería estaba llena; después de la procesión, en que le cupo la honra de llevar las andas de la Virgen en la puja de cera celebrada, tuvo que atender a su oficio y había miras de que no acabara en toda la noche, pero a las diez plantaba a todos en la calle.

—Mira —apuntó Romanilla—, lo mejor será que el Juanote se quede en el melonar como otras veces; es decir, que tú me vas a buscar a las diez, porque yo tengo miedo de andar sola de noche, y te quedas a cenar con nosotros. Hay conejo.

—Y huele a gloria. Aceptado, Romanilla. Se agradece. Que se quede de guardia el Juanote y juntos celebraremos la fiesta de la Virgen.

La cual debía de estar muy satisfecha por las libras de cera que la había ofrendado. ¿Con qué intención? ¿Lo decía? ¿No lo decía?...

Pues porque Romanilla se diera cuenta... comprendiera... supiera, al fin...

Se hizo un lío el señor barbero, mostrando que era más hábil en manejar la navaja que la lengua, y Romanilla rió a carcajadas.

—No digas tonterías, Pabluchos.

—Que no son tonterías, mujer.

—Bueno, si va en serio, después de la cena le hablas a la tía.

—Va en serio. Le hablaré, y si tú quieres...

Bajó los ojos Romanilla. Y por un rato, un instante, que el tiempo urgía, a la luz de la luna, paladearon ambos el dulzor de las primeras palabras amorosas. Cierto olorcillo despertó a Romanilla de súbito.

—¡Ay, que se me quema el guiso! Adiós, Pabluchos, hasta luego.

—Hasta luego.

Dió un portazo la muchacha y corrió a retirar la cacerola del fuego. Afortunadamente era poca cosa. Alejó la cacerola de las brasas, temblorosas las manos, no del susto, sino de la emoción de lo que acababa de oír... ¡La Virgen melonera se había acordado de ella y desliado la lengua a Pabluchos! Después de la cena irían a los títeres y ante todo el pueblo aparecerían ya como novios. A trompicones Romanilla salió para el melonar, cerrando la puerta y dejando la llave entre los tiestos de la ven-

tana, según costumbre; tan contenta que habría gritado:

—¿Saben ustedes? Pabluchos...

Y mientras ella iba en alas de su dicha, en el interior de la casa, en el rincón de la cocina un bulto, que sobre el jergón se disimulaba y que Romanilla o había olvidado o no había visto, se movía, se estiraba y cautelosamente se ponía de pie: Benicio. La triste luz del candil acentuaba los rasgos irregulares de su cara de idiota y su sonrisa crónica más que estúpida era siniestra. Sin titubeos fué al cuarto del hermano Ramón, saltó la ventana, de la ventana al patio, del patio al corral, del corral al campo y siguió a Romanilla como alimaña que sigue una huella.

X

Choza y sepultura.

A las diez pasó Pabluchos, acompañado del Juanote, camino del melonar. En el umbral de la puerta, la tía Viruta esperaba inquieta.

—¿Has visto a Benicio, Pabluchos?

—No, señora.

—¿Dónde estará Benicio? Desde esta tarde que le dejé durmiendo en la cocina, no le veo.

—Estará en el pueblo. Con las fiestas andará como papanatas. Ahora en la plaza Nueva están preparando los títeres. Los fuegos artificiales van a ser mejores que los del año pasado.

—Es que no ha cenado, Pabluchos, y ya sabes que no debe andar solo. ¡La Santísima Virgen me valga! ¡Qué jaqueca de chico!

—¿Romanilla está en el melonar? —preguntó el barbero.

—Allá te espera y estará impaciente la pobrecilla. ¡Con lo miedosa que es ella!

—¿Quién tiene miedo con la noche que hace?

—Una luna que es un sol —dijo la bronca voz del Juanote, que era grandón como el superlativo de su nombre denunciaba.

—Vamos allá y hasta ahora, señora Engracia.

—Hasta ahora, Pabluchos, y no tardes, que me consumo... Y que sea enhorabuena...

—Se agradece. Ya hablaremos de eso, señora Engracia.

Por la misma callejuela salieron los dos hombres al campo, y por delante de la ermita y del cementerio, al sendero que cuesta abajo conducía al melonar. La luna, en todo su esplendor, les alumbraba; un sol, como decía Juanote, plateado y suave, al que podía mirarse, sin

cegar, cara a cara. Del lado de Madrid, las luces del caserío amarilleaban míseras, puestas a competir con ella. Pronto la choza, acurrucada en la ladera, mostró su dorso de cañas, y cuando ellos llegaban al linde de la plantación vieron que salía un hombre corriendo, Benicio: el blusón y la gorra, inconfundibles, le delataban. Corrió en dirección del pueblo, y al descubrir a los dos hombres cortó el atajo para ganar la carretera.

Una horrible sospecha mordió en el corazón a Pabluchos. Romanilla debía estar en la choza y no aparecía. ¿Por qué corría Benicio? ¿Qué hacía Benicio en la choza?

—A cortarle la retirada, Juan —dijo ahogándose el barbero—; y como el idiota es de peligro cuando se desmanda, mucho ojo. ¡No te muevas!

Escapó Pabluchos detrás del fugitivo y aquella caza por barrancos y desmontes fué larga y terrible: ya tan cerca que creía cogerle de la blusa, ya tan lejos que le perdía de vista, tropezando, cayendo y levantándose, uno u otro o los dos, recorrieron todo el contorno, tan pronto del lado de la carretera como de las tapias del Pardo, el uno sin darle alcance, el otro sin lograr el escondite que buscaba... Al fin se rindió Benicio, echándose junto a un matorral, y Pabluchos pudo sentarle la mano en el cogote.

—¡Bruto! ¿Por qué huyes? ¿Dónde está Romanilla? ¿Qué has hecho?

Rió Benicio, con sacudidas de epiléptico. Y como no era cosa de que se escapara de nuevo, llamó Pabluchos a Juanote, que allá arriba ejecutaba fielmente su consigna de centinela, y cuando llegó el muchacho entre los dos le ataron los codos con sus pañuelos, a lo que él se prestó humildemente, y así amarrado anduvieron el trecho, bastante largo, que les separaba de la choza.

Polizontes que llevan un reo, Pabluchos y el Juanote le cogían uno de un brazo y otro del otro, ellos callados, del temor del misterio, él riendo siempre; y este comentario alegre del insano, de lo que no se sabía, de lo que se preveía, aumentaba el espanto de la trágica caminata, entre el estruendo de los cohetes y las músicas lejanas que celebraban a la Virgen melonera.

Cerca ya de la choza, Pabluchos gritó:

—¡Romanilla!

A su voz respondió tan sólo el mochuelo desde la copa de una encina.

Entonces Benicio quiso huír de nuevo. Forcejeó, desesperado, y le dominaron, le empujaron, le arrastraron hasta la abertura... En el suelo, tendida sobre el rayo de luna, yacía Romanilla, estrangulada...

LA TRAGICOMEDIA DEL GARBANZO

I

Nessun maggior dolor...

—A ver, Senén, hijo de mi alma, ¿tienes todas las cartas prontas? La del Duque, una; la de la Condesa de la Alameda, dos; la del Ministro, tres; la del señor ése, cuatro; la... ¿Cuántas son, hijo mío? ¡Ay! Todas me parecen pocas para expresar nuestra miseria, nuestra absoluta carencia de recursos... ¿Las has puesto bien sentidas, de modo que esos buenos corazones queden traspasados del rayo de la caridad? ¿Te has esmerado en la letra, en la ortografía y en la sintaxis para que se convenzan que quien pide la limosna es persona de educación, nacida en buena cuna, venida a menos

por crueldades de la suerte? Si pudieras ver al Ministro, Senén, o al menos a la señora Condesa... Sí, ya sé que no tienes ropa, que no tienes zapatos, que no es posible que ni los criados te admitan. ¡Ay! ¡Verme yo, la viuda del doctor don Desiderio Rodríguez, el médico famoso, en estos trances! ¡Quién le dijera a tu padre, Senén, cuando le traían y le llevaban, de coche a la puerta día y noche, de banquete en banquete, rico y feliz, que su Adela y su hijo único descenderían hasta mendigar el pan y pasarían sus veladas escribiendo cartas que son sablazos, si han de llamarse a las cosas por su nombre! ¡Cuando pienso en aquellos días, Senén! ¿Qué nos faltaba a nosotros? Como no fueran el sol y la luna... ¿Casa? ¡Qué casa en el barrio de Salamanca! ¡Qué muebles, qué vajilla! ¡Y qué mesa! No había manjar que no figurase en ellá: pavos, capones, perdices... Todos mis vestidos eran de París. Teníamos abono al Real, a la Comedia, a Lara y a la Princesa. Támbién abono diario de coche, una berlina en invierno, una *manuela* en verano. Yo recibía los lunes por la tarde y muchas de ésas, que hoy pasan a mi lado sin reconocerme, han estado en mis salones. Cada año íbamos a una playa diferente: a San Sebastián, a Zarauz, al Sardinero... Tú lo recordarás muy bien, Senén, pues no eras tan pequeño entonces... Pe-

ro vino la larga enfermedad de tu padre y se acabó todo. ¡Abismo, torbellino! Todo desapareció. Murió Desiderio y quedamos los dos desnuditos de recursos y de protección: comenzó el descender de la escala social y cada peldaño era un nuevo dolor, una vergüenza nueva, una desilusión más, una afrenta mayor, hasta dar en esta guardilla que la caridad de los amos de la casa nos proporciona, en esta calle de Malasaña: yo, cascada, si no vieja; tú, en la flor de la edad y sin empleo, ni trabajo, ni beneficio... A ver, hijo mío, esas cartas. El recuerdo de nuestro bien perdido, de nuestra grandeza fenecida, me ha enturbiado los ojos... La letra es excelente. Salta a la vista la educación que se te dió. No dirán esos señores que se les engaña. Y si quieren convencerse por testimonio propio, que vengan, que suban y vean... que vean esto, esto, eso... Vete en seguida... ¡Iba a decirte que te pusieras la bufanda, sin acordarme que la bufanda está en la casa de empeños con mi mantón y las mantas! ¡Salir así en noche de enero!... Tomarás algo caliente, ¿verdad? Espera.

Sobre la mesa de pino que había entre los dos jergones, a la luz vergonzosa de la capuchina, puso dos platos desportillados doña Adela y en ellos volcó el puchero calentado al amor caritativo de la lumbre de la señora Manuela,

la portera, y en cuyo fondo solía hallar algún relieve apetitoso. No cayó esta vez más que un menguado trozo de tocino, dos patatas y media docena de garbanzos, a tres por cabeza, bien contados, y tanto el pálido, desgarbado y derrotado mozalbete, que había escuchado en silencio la monserga, como la madre elocuente se armaron de cucharas disponiéndose a pescar, que no a cenar...

¡Ay, qué lejos, qué lejos estaban los tiempos del barrio de Salamanca!

II

El velo del misterio.

Cuando salió Senén, doña Adela cogió el velo negro y tupido que para su labor vergonzante la servía: era la hora misteriosa en que comenzaba su faena del día y entre las sombras, disfrazada de fantasma, visión terrorífica de la indigencia, había de estarse hasta la madrugada. Antes de apagar la capuchina se miró en un espejo roto por arraigada costumbre de coquetería y se vió marchita; los ojos, que fueron tan hermosos, fruncidos; la piel, al-

midonada y con su arrebol de colorete, al que no podía renunciar; la boca, sumiéndose en la desdentada mandíbula... No, no necesitaba disfrazarse la viuda del doctor don Desiderio Rodríguez. ¿Quién la reconocería? Pero el pudor de la miseria lo exigía así y por nada en el mundo doña Adela habría tendido la mano a cara descubierta.

Sopló la luz y bajó la escalera, echando cien suspiros y doscientos ayes en cada peldaño, triste lamentar, rosario de quejas que la anunciaba de lejos y preparaba el ánimo para el enternecimiento.

—¡Ay, Jesús!... ¡La Virgen Santísima me valga!... ¡Bendito sea el Señor...!

—Ahí baja doña Adela —dijo la señora Manuela a su marido, sacando la cabeza por el hueco de su cuchitril—. Buenas noches, doña Adela.

—Buenas noches, Manuela —contestó la viuda en su última letanía.

—¿Con que a la calle con este frío?

—Sí, Manuela, a la calle, a buscarme el pan, yo que lo he tenido a espuertas, yo que he gastado coche, yo...

—¿Quiere usted algo?

—Gracias, hija; ¡es usted muy buena!... Hasta ahora. ¡Ay, Jesús; Dios mío, alabado seas!...

Se echó el velo a la cara en el umbral y se escurrió por la acera, pegándose a la pared, huyen-

do de los lampos de luz de portales y escaparates, como nocturno avechucho que sale de merodeo. A veces desaparecía en la sombra y en ella sumergida pasaba largo rato: era un transeúnte, eran dos, eran tres, a los que esperaba, inmóvil, muda, haciendo surgir del negror de sus vestiduras la mano blanca, fina, hermosa, encogida en señal de petitorio. Si en ella caía la limosna, bajo el velo susurraba un lastimoso ¡Dios se lo pague! y rápidamente la escondía, llevándola al depósito de su honda faltriquera. Luego tornaba a aparecer y más allá desaparecía de nuevo en cada hueco, en cada esquina, toda negra en la luz, la mano blanca en la sombra, pidiendo, implorando, proclamando sin palabras la necesidad, el hambre, la miseria. Unos daban, otros pasaban sin dar y bajo el velo misterioso, ante la generosidad o la indiferencia, brotaba el rezo confuso de gratitud, quizá de protesta.

Así por Malasaña hasta Fuencarral y por Fuencarral hasta la Red de San Luis, con estaciones más o menos largas y más o menos fructíferas, plantones de absoluto quietismo en la obscuridad o persecución tenaz de un buen gabán a los acordes de retahila plañidera. En la Red de San Luis no se dejó arrastrar por la ola bulliciosa que, como las aguas al barranco, desciende Montera abajo, en continuo alboro-

to, a la Puerta del Sol: buscó una guarida en calle cercana y en lo más negro de una pared se incrustó cual figura de piedra que allí tuviera su adherencia secular, la mano blanca, pedigüeña, saliendo del entapujado, única nota visible que denunciaba el obstáculo en la acera.

Ya no se movió. Como sombra que era, hasta que el amanecer desvaneciera las sombras allí quedaría y así se estaría la trágica figura sin vida, con lluvia, con nieve, con frío, insensible, inmutable... A las veces, al contacto de alguna pieza de metal, la mano se contraía y se escondía y se oía mascullar de palabras. Luego reaparecía, blanquísima, en su actitud de eterna imploración y bajo el velo del misterio reinaba silencio de tumba.

III

¡Oh juventud, egoísta y cruel!

Enfrente había un café, un café alegre, lleno de luz y de ruido, con hombres y mujeres que, en torno de las mesas, bebían y charlaban. Por las vidrieras, que el vaho del frío empaña-

ba, veíase confusamente pasar a los mozos con las bandejas en vilo repartiendo tazas humeantes, vasos repletos, platillos de tostadas, de pastas, botellas larguiruchas de vinos generosos, botellas enanas o panzudas de licores, lo que conforta el estómago, anima la sangre, alegra el espíritu... Simpáticos mensajeros de Gargantúa, parecían convidar a los fieles, que al dulce abrigo del templo se congregaban, a gustar de los bienes materiales, sin los cuales, ¡ay!, no es posible soñar en los del alma.

Ateridos los pies, casi vacuo el estómago, petrificada la mano, la triste sombra mendicante miraba al través del velo, que no era, desgraciadamente, el de la ilusión, este espectáculo de abundancia y de felicidad supremas. Alimento, calor, ¡bases de la vida! ¡Qué no diera ella por sentarse ante una de aquellas mesas! ¡Qué bien se estaría en la atmósfera cariñosa! ¡Qué consuelo sentiríase, qué placer con el bocado apetitoso, con el trago confortante! Y paladeando, deglutiendo lo imaginario, que siempre sabe mejor que lo real, la infeliz doña Adela pensaba en Tiburcio, ansiaba el momento en que Tiburcio llegara.

No echéis a mala parte, vosotros, este pensamiento de doña Adela. Con este nombre tan feo de Tiburcio se distinguía uno de aquellos mozos del café, bella persona (me apresuro a

decirlo antes de que arraigue la idea ofensiva), de corazón encendido en cristiana caridad, quien, así que la parroquia y el servicio se lo permitían, allá sobre la una o las dos de la madrugada, siempre que veía enfrente a la vergonzante, sabía encontrar un momento de respiro para llevarla una taza de ardiente recuelo, sola o en la grata compañía de uno de estos espumosos panecillos de huevo, mechados de jamón, que llaman *medianoche,* a tales horas y en circunstancias tales nunca más oportuno.

—¡Dios se lo pague a usted, Tiburcio! —decía enternecida la viuda—. ¡Qué bueno es usted!

Ya se comprenderá, pues, con qué impaciencia esperaba doña Adela la media noche y a Tiburcio, la medianoche sobre todo. Traía el eco las campanadas de Gobernación y al fin se cansaba de contarlas, se olvidaba de contarlas, no podía ya contarlas, porque poco a poco iba perdiendo la sensibilidad y apenas si oía los pasos que se acercaban. Dejaba de ver el espectáculo tentador del café y la calva de Tiburcio rodando como una calabaza entre las bandejas: sólo su mano conservaba el poder maravilloso de contraerse al contacto de la dádiva y era mecánico el movimiento de desaparecer y reaparecer entre las negruras.

Pero, por entorpecidos que las horas del plan-

tón pusieran sus sentidos, el rodar de un coche, el *puf-puf* de un automóvil lograban sacudirla del amodorramiento. Era gente rica, era gente alegre que llegaba, por tanto, generosa, y aunque no se moviera de su rincón para ir a pordiosear ante las portezuelas abiertas, que esto su dignidad se lo prohibía, algo podía esperar si por acaso era distinguida su sombra imploradora.

Y precisamente aquella noche hizo el diablo, que sabe divertirse de muy siniestros modos, que arribara al café un coche portando gentecilla alegre, si no rica, porque ni las trazas del coche ni las de los ocupantes daban de ello muestras, bajando dos parejas; y como doña Adela se despabilara al estruendo y mirase, creyó reconocer a Senén y al fin no tuvo más remedio que reconocerle, pues era Senén en persona el compañero de la rubilla descocada y de los otros agrupados en la brillante mampara.

No se sorprendió la madre infeliz. Tampoco sintió vengador impulso. Al contrario. La alegría de que Senén, el pobre muchacho, condenado a la pobreza, gustara alguna vez de lo que es gaje y derecho de la juventud, la dió calor, tanto, tanto como la taza misericordiosa de Tiburcio, y su pensamiento maternal aleteó así:

—¡Pobre Senén! ¡Pobre hijo mío! Sin du-

da el señor Duque o la señora Condesa de la Alameda ha leído la carta y le ha dado una buena limosna; porque sin una buena limosna no se paga coche, y se paga café, y se pagan rubias, y se corre una juerguecita... ¡Haces bien, Senén! Yo no te lo reprocho. No serías joven si no fueras egoísta. Yo ya soy vieja y soy madre. Por eso no lo soy.

IV

La embajadora.

Una mañana subió desalada la señora Manuela a la guardilla anunciando que abajo preguntaba por la viuda de Rodríguez una dama con trazas de extranjera. Vestía de seda, se tocaba con sombrero de plumas, traía bolso bordado... Debía de ser título, por lo menos, o no distinguía ella de colores.

No se ha dicho todavía cómo era la señora Manuela y bueno es saberlo, porque no era como todas las porteras, sino más bien como algún portero, a causa de sus rasgos masculinos, caricaturescos, de modo que en quitándole las faldas y poniéndole pantalones, ya estaba un

hombretón hecho y derecho. Así mostraba la caraza bigotuda, el vozarrón, el pecho plano y demás dotes visibles del sexo opuesto al que representaba. Con esto tan femenina de sentimientos, que parecía niña antes que mujer, por dejar de parecer en todo lo que era.

La emoción de la noticia y el cansancio de la escalera la ponían más bronca todavía, de voz y de gesto.

—Pero un título de los de campanillas —insistió—; ¡como que viene en automóvil!

Y doña Adela dió grandes voces. Iba a arreglarse, a bajar en seguida.

—No, que es ella la que va a subir —rectificó la señora Manuela.

—¿Aquí? ¡Jesús me ampare!

Habría deseado la viuda poder ofrecer a la aristocrática visitadora sus antiguos salones de Salamanca... ¡No podía ser, desgraciadamente; no podía ser! Y se disponía a ordenar sus trastos, a dar siquiera cierta sensación de limpieza en la pocilga, cuando Senén, que ya salía con la nueva serie de cartitas a repartir, mientras la portera, a grandes zancadas, emprendía el descenso de la escalera, se quitó el hongo de golpe y se echó en el jergón.

—¿Qué haces, Senén? —preguntó la madre asombrada.

—Hago de enfermo, madre —contestó el

mozo, risueño—; de enfermo grave, que tose y está quizá tuberculoso. ¿No estoy bastante pálido y demacrado? Por lo menos tengo cara de hambre, que es la peor de las enfermedades. Esa señora que ahora sube debe ser la Condesa de la Alameda...A la Condesa de la Alameda le da la chifladura por visitar enfermos, como usted sabe, y andar rozándose con los miserables a todas horas. Dicen que es una santa... Pues si la Condesa llega y me ve tumbado en esto que quiere ser lecho, devorado por la fiebre... y por la risa; ve esta habitación, que no es habitación; la ve a usted vestida de guiñapos y desnuda de todo auxilio... ¡Vamos! La señora Condesa se enternece más que si leyera una de nuestras cartas con buena letra, sintaxis y ortografía y echa mano a ese bolso bordado, que me lo figuro repleto de billetes de a cien... La miseria tiene su mayor fuerza en la comiquería: si no, el público no se conmueve. Déjeme usted a mí de director de escena, que me las compongo divinamente... Traiga esa manta fementida y échemela encima, de modo que no se me vean las botas; así, hasta la barba. Ha de quedar todo revuelto. Cierre el tragaluz, a medias, que hay demasiada. No se quite la falda raída ni se atuse los pelos... Pronto, que me parece que ya sube. Ahora, atención, prepare usted las lágri-

mas, saque la caja de los suspiros; a llorar y a gimotear todo el tiempo.

Aturdida, doña Adela obedecía como una máquina. Hasta le trajo ciertos residuos de pavesa de vela para ahondarse las ojeras, porque dijo Senén que éste era uno de los más impresionantes recursos de la teatralería. Y como los pasos se aproximaban, cerró los ojos Senén y se le alargó la cara a doña Adela, de modo de aparecer como la más afligida y la más desventurada de las viudas y de las madres.

Así, cuando en la puerta de la pobre guardilla apareció la visitadora, el cuadro era tan patético que se sobrecogió de lástima y apenas pudo decir:

—Buenos días nos dé Dios. Soy la señora de compañía de la señorita de Alameda.

V

El mayor de los trabajos: pedir.

Era inglesa la dama y no se acreditó de lince la señora Manuela en reconocerlo, porque mostraba todas las señas del género. Hecha a visitas de este jaez, no pasó de los umbrales,

a pesar de las instancias cortesanas de doña Adela, y entre ambas se anudó el siguiente diálogo, subrayado por la tos de Senén, que arreciaba y decaía según el momento; doña Adela, melíflua y acongojada; la *miss,* tropezando en las erres y las jotas con prisa de saltar por ellas y abreviar.

—¿Está grave?

—No está bueno, no, señora.

—¿Es su hijo de usted?

—El único, sí, señora.

—Pues la señorita Trini ha leído la carta que usted ha dirigido a su madre, la señora Condesa... Son tantas las cartas que en la casa se reciben, que es preciso repartirlas para atenderlas todas, como nos repartimos las visitas. Si no, sería imposible. Hoy a la señorita Trini le ha tocado servir en los Comedores y me manda a ver de qué modo práctico se podría socorrer a ustedes: una limosna no basta, no remedia, se va sin saber cómo...

Aquí, tos de Senén, redoblada, y compunción de la viuda, que gime:

—Sí, señora, sin saber cómo. ¡Hay tanta necesidad, tanta!...

—Se le puede buscar una colocación, un trabajo a su hijo, y a usted también. Su hijo sanará; usted es joven todavía.

—No deseamos otra cosa, señora; pero ¿qué

colocación? ¿Qué trabajo que se acomode a nuestra categoría social? No pocas botas lleva destrozadas mi pobre Senén, no pocas calles ha corrido, no pocas antesalas ha hecho buscando un destinillo cualquiera; ¿y sabe usted lo que le ofrecen? De ordenanza en una oficina, de obrero, de criado, a él, el hijo del doctor don Desiderio Rodríguez! En cuanto a mí, ¿en qué puedo trabajar? Para coser, no tengo vista; para acompañar, me faltan piernas; sé algo de música, pero no lo bastante para enseñarla... Por un anuncio me salió un cargo de ama de cura; pero, ¿cómo dejo a mi hijo para cuidar a un extraño? También me han solicitado de asistenta... ¡Ay, señora mía! ¡La viuda del doctor don Desiderio Rodríguez fregando suelos! ¡Quién lo dijera, quién, que me conoció en la grandeza, en la opulencia de mi casa del barrio de Salamanca!...

Campo trillado el de la historia pretérita de los Rodríguez, lo recorrió doña Adela en un soplo sin cansancio, como no fuera el de la embajadora, que trataba de cortarle el hilo:

—Sí, señora, ¡cosas de la vida! Pero no se trata ahora de llorar sobre el pasado, sino de remediar el presente... Y ya que hablo de remedios, apuntaré en mi *carnet* unas pastillas pectorales para su hijo de usted. ¿No le visita médico? Vendrá a verle el médico de la seño-

ra Condesa y por cuenta de la señora Condesa. Tiene mucha tos el infeliz...

—Mucha, sí, señora. Así se lo pasa todo el tiempo.

—Pues, que le vea el médico. Y en cuanto a lo del trabajo, no todos los trabajos son duros ni creo que haya ninguno, ninguno, absolutamente ninguno, humillante. El trabajar para vivir no humilla ni hace despreciable a nadie. Al contrario, señora, al contrario. Exalta, eleva, embellece. Todos hemos tenido algo, quién más, quién menos. Yo no nací señora de compañía; mañana, tal vez, la suerte me quitará este cargo y buscaré otro, sencillamente, otro que me dé de comer y así mientras tenga fuerzas... Sería conveniente que el capellán de la señora Condesa visitara a ustedes. Aquí hacen falta también remedios espirituales. Entre tanto se verá qué ocupación, que no sea la de fregar suelos ni la de criado, se encuentra... Porque, créame, señora mía, el mayor de los trabajos es pedir y sin embargo no alivia nada y antes de ennoblecer degrada y pervierte. Permítame usted que apunte en el *carnet*... Son tantas las visitas, que no se puede confiar a la memoria nombres, necesidades y desgracias de toda laya. Mañana tendrá usted las pastillas, sin perjuicio de que venga el médico, y ya recibirá noti-

cias de la señora Condesa, a quien interesaré en su favor...

Y mientras escribía la *miss* en el cuadernillo, sin que ni por asomo abriera el bolso su boca elocuente, le acometió a Senén tal golpe de tos y flujo tal de lágrimas a doña Adela, que nadie dudara de la verdad de la mentira.

VI

Trini Alameda.

En el alborozo de la mañana luminosa, el aleteo de las cofias blancas, como enjambre de palomas, dando guardia y prestando homenaje a la dama que descendía la escalinata, de sor Ignacia, de sor Antonia, de sor Josefa y de sor Alipia, animaba el frío jardín de invierno, sin hojas y sin flores, pero lleno de la turba mendicante, hormiguero inquieto que desde la verja hasta la avenida principal se esparcía: las madres lactantes con sus bebés encaperuzados de rojo vivo, amapolas vivientes, risueñas o lloronas; los señores que fueron, las señoras que dejaron de serlo, la broza humana, las miseriucas de la realidad en carne y hueso, con

más hueso que carne; los vencidos, los desventurados, bien apañaditos todos, sin embargo, en su vergonzante timidez, esperando ser llamados para el reparto del pan de cada día en torno de la mesa tendida de limpio y servida por manos principescas, a veces; aristocráticas, siempre.

La dama que descendía la escalinata, joven y bella, elegante y gentil, escuchaba a sor Alipia, prometía a sor Antonia, sonreía a sor Ignacia y consolaba a sor Josefa y aún tenía espacio, providencia generosa, de derramar la gracia de su mirada dulcísima sobre los míseros que de abajo la saludaban o la imploraban o la bendecían.

—¡Es la señorita Trini!

Y la señorita Trini, con su cortejo de alas blancas, aparecía como nimbada de gloria, musa de la caridad.

Ella también llevaba su cuadernillo y su lápiz y a cada paso se detenía a apuntar: un nombre, una dirección, un dato, que luego ocuparían la velada en el palacio de Alameda. Apenas si la dejaban terminar un trazo y ya por un lado o por el otro una madre, un anciano, un chiquillo la echaba nuevo memorial. Ella a todos atendía, a todos compadecía, a todos quisiera satisfacer plenamente. Y sor Ignacia, a quien la práctica de la desgracia ajena ha-

bía inficionado de escepticismo, se enfadaba; volvíase a los pedigüeños, a los molestos:

—A usted ya se le ha atendido... Siempre con la misma monserga... No pida usted más bonos que no pueden dársele... Quitarse de en medio... ¿Usted aquí, después de comprobarse que vende sus bonos?

Intervenía la dama para moderar los ímpetus policíacos y reglamentarios de la hermanita; pero sor Antonia, sor Alipia y sor Josefa apoyaban, a veces, con brusquedad de lengua y de manos, a quien encargada estaba de poner orden y coto a la turba desmandada. ¡No habían de conocer ellas con quiénes se las habían!

Bondadosamente, la señorita Trini suplicaba:

—¡Déjelos usted, sor Antonia!... Sor Ignacia, no le rechace usted... ¡Si a mí no me molestan! ¡Al contrario, al contrario.

Complacíase de verse rodeada de miserables y se paraba a escucharles siempre la misma historia, la eterna historia del naufragio en la vida. Y como la Virgen en las estampas, redimiendo a las almas al contacto del escapulario, habría deseado sanar a todos, remediarlo todo.

—¡Señorita Trini! ¡Señorita Trini!

Al llegar a la verja las monjitas se desbandaron y Trini, libre al fin del pordioseo, buscó su coche, que debía estar esperándola con miss

Margrethe, la señora de compañía, de regreso de su excursión caritativa. Allí estaba asomada a la portezuela, haciéndola señas... Y en esto salió un señorón de mucho empaque, bien barbado, canoso, andando con paso tardo y reflexivo. Era el fundador de aquella obra de misericordia, el amparador de tanta miseria, el que ponía su corazón, su cerebro y su bolsillo al servicio de los pobres, el don Florencio de la leyenda. Se detuvo a saludar a la señorita de Alameda y continuó su marcha entre el mosconeo del gentío.

Dos viejas, sentadas en el umbral del portalón, le señalaron con el dedo.

—¿Ve usted, señá Ustaquia, ése, ése que ahí va? ¡Pues ese es don Florencio, el que se queda con nuestras limosnas y nos come el pan y vive a costa de todos nosotros!

VII

El primo de Trini.

No estaba sola miss Margrethe. Junto a la portezuela, un gallardo mozo, con uniforme de teniente, hacía la guardia; y al llegar Trini, en

el apretón de sus manos, en el prenderse de sus ojos, en la sonrisa de él y en la nubecilla grana que arreboló el rostro de ella pudo adivinarse que no era el deber militar lo que allí le llevaba.

—¡Hola, Alvarito!

—Buenos días, Trini.

—¿Qué tal?

—¿Qué tal?

La inglesa se recostó en el fondo del coche, porque ya sabía que el dúo que se iniciaba duraría buen tiempo. Lo sabían, mejor que nadie, las suelas de sus zapatos, gastándose ruinosamente en la escolta diaria que daba a los dos primos, entre once y dos, los días que el corretear benéfico no las ocupaba; lo sabían también sus piernas, que, aun hechas al deportismo, no eran jóvenes y estaban, además, afectadas de reuma. Y cerró los ojos miss Margrethe, deliciosa compensación imposible de disfrutar en las andanzas pedestres... Se durmió la señora profundamente, y soñó que la tiraban de la manga. Era Trini, que interrumpía su diálogo, preguntándole en perfecto inglés:

—¿Estuvo usted en la calle de Malasaña?

—¡Oh! *¡Yes, yes!*

Despabilóse para dar cuenta de su comisión, ayudada de la agenda que sacó de las honduras del bolso. ¡Oh! ¡Qué guardilla! ¡Qué mi-

seria, qué abandono de todas las reglas de la higiene! La madre, hambrienta; el hijo, tísico; dos jergones en el suelo, poca ropa, ningún auxilio... Pertenece la familia a la clase de vergonzantes y está indigestada de orgullo. Hay que irse con tiento en lo de las limosnas y en el trabajo que se proporciona. No quiere descender, aunque más descenso no quepa. Necesita médico, necesita medicinas, necesita ocupaciones adecuadas a su categoría.

—Sí, sí —dijo el Teniente sonriendo—, la música de siempre. Como si la necesidad y la categoría pudieran conciliarse.

—¡Ah! ¡No sabes lo que nos cuestan estas personas venidas a menos! —exclamó Trini—. Son, a veces, intratables, y no se acierta nunca en el beneficio, precisamente porque son las más desgraciadas.

—A mí me suena ese nombre de Rodríguez.

—¡No te ha de sonar, Alvarito! Y a cualquiera... Ahora que el de Senén Desiderio Rodríguez...

—Ese, mujer, te digo que me suena. ¿Dónde lo he oído?

—Como el padre fué famoso médico y se llamaba también Desiderio...

—Puede... Yo me enteraré.

—Sí, Alvarito, y a ver si nos ayudas a encontrarle algo en qué ocuparse: tiene una letra

magnífica. ¡Pobre gente! Ya me tarda en socorrerles.

Habíanse acercado dos lisiados, tres ciegos, una viuda afligida, un chiquillo sin padre que pedía *pa* pan, y a coro entonaban la letanía:

—Señorita, que no lo puedo ganar.

—Un centimito siquiera *pa* medio panecillo, señorito.

—Que no tengo padre.

—Santa Lucía bendita les conserve la vista.

—La Virgen del Carmen les acompañe.

—Dios le dé salud, señorita.

Repartieron los jóvenes los cuartos que llevaban y antes de librarse de moscas no consiguieron sino atraer con la golosina a otras más lejanas, que acudieron al asedio, más lisiados, más ciegos, viudas y huérfanos, de verdad o de pega, desharrapados, gemebundos:

—Señorito, una limosnita.

—Señorita, un centimito.

El sol, espléndido, deslumbraba. No hacía frío. Buena ocasión para bajar hasta la Castellana y dar un paseíto a pie hasta la Cibeles. Buen pretexto también para huír de la nube... Cuando miss Margrette se enteró del propósito y a fuer de exacta cumplidora de su papel, que era el de no perderles de vista, hubo de abandonar la comodidad de su asiento y poner en movimiento las doloridas extremidades, pen-

só con displicencia que a la juventud no se le ocurre nada bueno, ¡no, señor!

VIII

Matar el hambre no es vivir.

Ocupada en las delicadas labores de su cargo la señora Manuela, no se sabe si en las alturas o en las profundidades de sus dominios, no pudo ver días después salir a doña Adela, hecha un brazo de mar; que si la ve, el ronco sonar de su voz da el toque de alarma. Era poco antes del mediodía cuando se presentó en el portal la digna viuda de Rodríguez, vestida de falda de buen paño negro, abrigo entallado, con mitones, con velillo y zapatos de punta de charol, todo ello nuevo y llevado con el aire arrogante de los mejores días del barrio de Salamanca. Hasta el almidón de la cara parecía más blanco; el colorete teñía de un sonrosado suave las mejillas y de vivo carmín los labios.

Pero, si no la vió salir, la vió volver, y fué lo mismo que si en la portería rompiera a ladrar un perro. ¡Jesús! ¿Era aquella doña Adela? ¿Era, de verdad, la vecina de la guardilla?

¿Qué milagro la transformó? ¿Qué bruja hizo el milagro? Palpaba las telas con sus manos de masculinas hechuras y las alabanzas se traducían en gruñidos. Dejábase admirar doña Adela por todos lados, como maniquí de moda, y sonreía lastimosa:

—¡Ay, Manuela, si usted me hubiera visto en mis buenos tiempos! ¡Qué vale esta modestia en comparación con aquel lujo!

—¡Pero, señora doña Adela, para estos tiempos esto es lujo superior!

—Sí, el que no se conforma... En fin, déme usted una silla, que vengo sofocada.

Entraron en la portería, que apestaba a ajo, aceite y pimentón frito más de la cuenta y se sentó la viuda a platicar, que había de qué... Pues el milagro lo había hecho aquella bendita señora Condesa de la Alameda. Ella la envió bonos para un mes en los Comedores de don Florencio; el traje completo para que pudiera presentarse con decencia; también médico para Senén y promesas de colocación, que valían más que todo. Así su agradecimiento para la señora Condesa era infinito. ¿Y cómo dejar de agradecer también a su hija, la señorita Trini, sus atenciones? Acababa de servirla a la mesa de los vergonzantes, sentada ella entre un conde arruinado y una señora que tuvo palco en el Real, y hacía la más graciosa donce-

llita del mundo, puesto el albo delantal planchado.

—¡Y qué comida más buena, más abundante!

—¡Anda, anda, cómo se habrá puesto usted el cuerpo, doña Adela! ¡En banquetes y servida por condesas!

La viuda suspiraba, más lastimosa todavía, cual si viniera en ayunas. No había pasado bocado. No podía, no podía. ¡Verse allí ella, verse allí, comiendo de limosna, mientras Senén andaría con la barriga vacía por esas calles; verse allí en un asilo, porque al fin y a la postre era un asilo, ella, la viuda de Rodríguez!

—Créame usted, Manuela, que se necesita mucha fortaleza para sobrellevarlo. Dios se lo pague a la señora Condesa de la Alameda este bien que nos hace; pero es un bien que me sabe muy mal, un bien muy amargo, Manuela.

Y el vozarrón de la portera resonó como un trueno:

—Vaya, que con el paladar que usted gasta no hay manjar que valga. A mí mis sopas de ajo me saben a gloria, porque las como sin aderezo de reflexiones. Tiene usted asegurado un mes de comilonas y aún se nos viene con desgana? Ahora, a comer bien, señora mía, que hay más días que longanizas.

—¡Manuela, Manuela! ¡Matar el hambre no es vivir!

Con los ayes de costumbre subió luego, lentamente, a su guardilla, mientras la portera cogía los zorros y soltaba el último estampido:

—¡Hay que ver!

Pero el terremoto lo habría armado de buena gana cuando por la noche, a la hora de cerrar, la sorprendió que salía sin sus galas, vestida otra vez de pordiosera. ¡Hay que ver! Matar el hambre no será vivir; ¿pedir, es vivir?

IX

El santuario de la Condesa.

En el palacio de Alameda. Gabinete ámplio, tapizado de seda Luis XV, azul pálido. Cuadros religiosos en las paredes. La luz eléctrica, prisionera en tulipanes escarchados, alumbra suavemente, con reflejos lunares. Trini y Alvarito, delante de una mesa, examinan papeles, toman apuntes, destripan las cartas del día. Miss Margrethe ayuda a la enfadosa labor. La Condesa teje, enzarzando mecánicamente las largas agujas.

No tiene la Condesa, aunque santa, la cara barnizada, correcta e inexpresiva. Más bien es

fea: la piel muestra florescencias rojizas; el pelo no es blanco del todo, sino veteado de amarillo; los ojos, chiquitines; la boca, de corte desigual; el busto, espeso... Sentada, se adivina que la estatura ha perdido lo que ha ganado la circunferencia.

En cambio, su voz posee notas de arpa y cuando modula una pregunta, una observación, una sentencia, deleita la armonía de su acento. Como todas las almas superiores, la Condesa de la Alameda lleva dentro la hermosura.

Sigue con atención apasionada el expurgo de cartas y agendas y su comentario de compasión: "¡Pobrecillo!... ¡Pobrecillos!...", roza sus labios como un suspiro. Pobrecillos, ¿verdad? Porque si no sufrieran, si no tuvieran necesidad, no llorarían lástimas, no implorarían ayuda. ¡Dichosos los que pueden prestarla! Y cuando Alvarito o miss Margrethe, espíritus más terrestres, se atreven a advertirla: "—Mire usted, tía Mercedes..." "—Señora Condesa, no hay que fiarse...", la Condesa repite:

—¡Pobrecillos!

Viudas, huérfanos, cesantes, enfermos, necesitados, la gama completa de la desgracia social pasa con sus harapos, con sus lacras, con sus lágrimas. Trini lee, Alvarito informa, miss Margrethe escribe y para cada caso la Condesa pronuncia la sentencia favorable, subrayada

por aquel "¡Pobrecillo!", que es el eco de su corazón sensible.

A veces, Alvarito, abogado del diablo, insiste:

—Mire usted, tía Mercedes, a éste yo no le atendería: se le han dado tres meses de cuarto, se le pagaron medicinas, se le desempeñó la máquina de coser a la mujer... Este otro, de la calle del Tribulete, a mí me consta que se gasta en el café lo que saca y vive de sablazos; además no tiene hijos y eso de "¡Para mis hijitos!" es la más grande de sus mentiras... Y en cuanto a don Senén Desiderio Rodríguez... ¿No te dije, Trini, que el nombre me sonaba? Como que ha estado empleado en cierto liceo, que no es más que una casa de juego disfrazada.

—¿Y qué? ¡Pobrecillo! ¡A lo que obliga la necesidad!

Dulcemente preguntó doña Mercedes:

—¿Le has encontrado trabajo, Alvarito? ¿Un trabajo que puedan conllevarlo su mala salud y su condición?

—Sí, mamá —apresuróse Trini a contestar—; le pondremos de factor en ferrocarriles. Así viajará, cambiará de aires...

—Muy bien, muy bien. ¡Qué dicha poder llevar la noticia a la pobre familia! ¡Este Alvarito era una joya! ¡Con qué celo, con qué eficacia la secundaba en su obra de altruísmo, a pesar de sus peros y distingos! No había que

decirla nada a la señora doña Adela, ¿verdad Trini? Nada. La sorprenderían, irían todos a sorprenderla. ¿Cuándo? Mañana, pasado, cuanto antes mejor, que las buenas noticias no deben retardarse.

—Advierto a la señora Condesa —observó miss Margrethe— que la escalera es muy pesada; la guardilla queda muy alta y no hay ascensor.

—Subiré esa escalera, miss Margrethe, como he subido otras. Más difícil es subir la escala de la vida.

—Sería conveniente prevenirles, por lo menos, que va la señora Condesa, para no perder el viaje y para que ordenen aquello un poquillo.

—Sí, mamá —apoyó Trini—; avisaremos que vamos pasado mañana.

—Perfectamente... Ahora, continuemos nuestra faena.

Y la Condesa, sin parar de menear las agujas, sonreía de gozo pensando en aquella visita consoladora y suspiraba:

—¡Pobrecillos!

X

Requiescat in... vita.

—¡Más difícil es subir la escala de la vida! —repetía la venerable Condesa de la Alameda trepando, con más ánimo que destreza, la de Malasaña, ayudada de su bastón, de Trini, de Alvarito, de miss Margrethe y hasta del lacayo. Con Dios y ayuda, sin embargo, la operación era tan difícil como la más arriesgada de alpinismo y llevaban tres cuartos de hora de subida y no habían pasado del primer piso, que no era primero sino tercero, en realidad, por la superchería de llamar principal al anterior. Bufaba la dama, marcando cada peldaño conquistado con su bastoncito, a modo de bandera que anunciara la toma de posesión, mientras exhortábanla todos a desistir... ¡Desistir en mitad de una empresa benéfica la Condesa de la Alameda! ¡Nunca! ¡Y por fatiga, por flaqueza del cuerpo! Subiría todos los tramos y más arriba todavía; a lo más alto que fuera necesario. ¿No subió Nuestro Señor el Calvario con la cruz a cuestas y los pies desnudos?

Tomando aliento en los descansillos, estacio-

nes que duraban menos que lo que los acompañantes aconsejaran, llegaron al segundo y al tercero y luego, por una escalerilla que parecía de mano y que no permitió pasar de frente más que uno a uno, aumentando las dificultades de la expedición, a un pasillo abierto a la intemperie, dando al final con una puerta que estaba entornada. Quiso llamar miss Margrethe, pero un resplandor que por la rendija salía la contuvo. De amarillez siniestra, en contraste con la del sol, tan franca y tan alegre, era fúnebre augurio.

—¿Qué hay? —preguntó la Condesa.

—No sé, señora —contestó la *miss*, recelosa—; hay algo y nada bueno.

Empujó la puerta Alvarito y en la tristeza de la pobre habitación apareció Senén muerto sobre un paño negro y entre cuatro cirios. Doña Adela, arrodillada junto al hijo, lloraba y no se movió cuando el torrente de luz entró a anunciarla la visita... Afligidos todos se detuvieron y fué la Condesa la que se acercó a la madre infeliz para consolarla.

—¡Sí, señora —sollozó doña Adela—; esta madrugada, sin asistencia, sin confesión! Fué tan repentino...

—Y yo que la traía a usted una buena noticia... ¡Resígnese usted, pobre madre! Dios sabe lo que hace y no ha de abandonarla.

Herida del dardo de la caridad, la Condesa abrió su bolso y sacó un billete, que puso encima de una silla, bandeja improvisada sobre la que volcaron los suyos Trini, Alvarito y miss Margrethe. El lacayo, conmovido, depositó una pesetilla. Arrodilláronse luego a los pies del difunto, cuya cara velaba piadosamente un pañuelo, y rezaron... La madre, como estatua orante, rezaba también. Hubo que arrancar a la Condesa de aquel sitio y llevarla fuera; tan resentida estaba de la dolorosa impresión, no sin dejar promesa de nuevo y más eficaz socorro.

Cuando el tumulto de los pasos se apagó, se perdió en las profundidades de la escalera, el muerto dió un salto sobre el paño negro, derribó uno de los cirios y se abalanzó a la silla: con mueca risueña por el éxito de la farsa, Senén contó el metálico y declaró que había ciento cincuenta y seis pesetas.

—Lo suficiente para una buena cena, madre, para desempeñar las mantas, para los apuros del día. La convido a usted a cenar esta noche. Se pondrá el traje de los Comedores y la llevaré a cierto café de la Red de San Luis, donde un mozo que yo conozco y se llama Tiburcio nos servirá una cena opípara. ¡A sacar la tripa de mal año, madre, y a vivir!

Doña Adela, desconfiada y con esquivez, murmuraba:

—Eres un pillo, Senén. Esto que haces y me haces hacer no está bien; no, no está bien

Acudió, sin embargo, a refocilarse en la contemplación admirativa de lo recaudado. Y distraídos en contar de nuevo, en palpar con avaricia las ciento cincuenta y seis pesetas, billete por billete y pieza por pieza, no oyeron pasos y no vieron que la puerta se abría y reaparecía miss Margrethe, portadora de algún recado de la Condesa, sin duda.

Dió espantoso grito la inglesa; el resucitado no tuvo tiempo de morirse otra vez, aunque bien lo deseara, y doña Adela quedó como muerta, que bien podía creerse que lo estaba, pues no era para menos el suceso.

ANTOÑÍN

I

¡Arre, burro!

Camino de Chamartín y hacia las Cuarenta Fanegas iba el pensativo y enano borriquillo tirando, sin cansancio ni flaqueza, del carretón cargado hasta los topes de trapos y detritos, basural ambulante, sucia mezcolanza en cuya movediza eminencia se asentaba, como una reina en su trono, Consuelito, la del tío Salvador, una chiquilla rubia, entre los catorce y los quince, de quien podía decirse que reñían en su persona batalla descomunal la belleza y la porquería. Porque era una graciosa muñeca vestida de harapos; las greñas, de oro; la cara, de ángel; las manos, de estas que los pintores modernistas afilan hasta la exageración, y toda perdida de mugre, de mugre añeja, ya convertida en casca-

rilla, como si hubiera caído en un lodazal y abandonada allí pasado días y días. En viéndola daban ganas de zambullirla en el agua y hartarla de jabón y de cepillo para recrearse en la limpieza de su hermosura.

Detrás, con una larga vara azuzando inútilmente al jumento, caminaba un mozuelo de la misma edad, tan sucio como ella y harapiento, avispado y simpático, pero que, en este mediodía de calor angustioso, en que el sol caía a plomo y el aire no se movía, no mostraba sino el empaque del que va con mal humor o enfadado. Era Antoñín, aquel de Alharaca del Monte, el hijo del pueblo, hijo de nadie y de todos, quien, muerta la Blasilla, su madre, echó sus alpargatas al hombro y con sus ambiciones por guía se vino a la Corte y de zoco en colodro, de tumbo en tumbo, de desengaño en afrenta había dado para su desdicha debajo del poder del tío Salvador, el trapero, en cuyo cochino servicio llevaba un tiempo que se le hiciera más largo y le supiera más amargo si la compañía de Consuelo no lo remediase, así fuera este remedio amargo también como una pócima. Porque era la rubilla coqueta y gustaba de que la dijeran cosas los zánganos, cosas groseras que encalabrinaban a Antoñín, de modo que la excursión diaria en el carretón, que comenzaba sobre las once de la noche y termina-

ba muy entrada la mañana, revolviendo y acarreando basura, ya en montones al borde de la acera, ya en cubos o espuertas, bajando y subiendo escalones, era motivo y oportunidad antes de choques y grescas que de buena liga entre ellos, Consuelito, desdeñosa, y celoso Antoñín.

Diariamente tornaban así, de morros, los dos, y ya no había quien los compusiera en la trabajosa jornada, sobre todo desde que el señorito Lorenzo, que no debía de tener el olfato muy fino ni muy delicado el estómago, el estudiante de la calle del Barquillo, dió en esperarles cada mañana en el portal. Estos plantones con el señorito Lorenzo tenía resuelto Antoñín ponerlos en conocimiento de la autoridad del señor Salvador y de la señora Rosario: del señor Salvador en cuanto llegara y de la señora Rosario al día siguiente, cuando pudiera colarse en la cocina donde la gorda murciana, madre de Consuelo, prestaba sus útiles servicios, ofrendando a su deidad, la santa Sisa, y era por casualidad en la misma casa y domicilio del susodicho galanteador imberbe, al que quisiera molerle los huesos como las ancas al borriquillo.

Y con esta idea vengativa, mientras la niña cerraba los ojos, amodorrada por el calor y por sus sueños, Antoñín levantaba airado la

vara y golpeaba sin razón al filosófico e inocente animalito, diciendo:

—¡Arre, burro!

II

Celos.

—Sí —prorrumpió el rapaz, vertiendo en alta voz el reconcomio de dentro—, en cuantito que llegue se lo digo al señor Salvador... que estás chalada por el señorito Lorenzo, ese asquerosillo de estudiante, que haría mejor en meterse en sus libros, y andas de hociqueo con él en la escalera, en el portal y en la esquina, perdiendo el tiempo, dejando el trabajo, mareándote con sus mentiras; porque no vas a creer, boba, que un señorito va a casarse contigo. Llevamos un mes así y no aguanto más. Yo no sirvo para tapadera de nadie. Y en seguida que el señor Salvador lo sepa te va a arrear un estacazo que vas a tener por ocho días de cama... También se lo diré a la señora Rosario para que le sienten la mano sus señores al zangolotino ése, que parece un títere, tan flacucho, tan poco hombre, como que de una morrada mía

le hago polvo si se descuida... Ya verás. ¡Vaya si lo digo!

—No dirás nada, Antoñín —contestó tranquilamente el ángel impuro desde la montaña de humana miseria que le servía de trono—; te guardarás bien de decirlo.

—¿Qué no? ¡Que te crees tú eso!

—¡No!

—¿Por qué, señorita?

—Porque te romperé yo la cara y te arrancaré la lengua. ¡Mira, con estas manos!

No eran las manos propias para la empresa; pero ya se sabe que el amor propio siempre exagera. Asimismo se encogió Antoñín y pareció que la amenaza le impusiera temor; más encogido y más confuso cuando oyó que la muchacha añadía:

—De todos modos, ¿a ti qué te importa? No eres mi hermano, no eres mi pariente, no eres mi novio...

En efecto, Antoñín no era nada de esto y suspirando hubo de confesarse que no tenía derecho a meterse en los asuntos de Consuelito, ni a vigilar ni a censurar su conducta. Pero, en lo tocante a que le importara o no, sí, señor, le importaba mucho, ¡ay!, muchísimo. ¿Que por qué le importaba y por qué era aquel odio contra el señorito Lorenzo? No lo sabía. El no buscaba explicaciones. Sentía nada más, y sufría

del rondar triunfante del mequetrefe y de la dureza de su compañera.

La cual, segura de haber apagado los fuegos del enemigo, agregó, atravesándole de soslayo con una mirada dulce de sus ojos azules:

—Quedamos, pues, en que me dejarás en paz. Mejor será para todos. Yo no me ocupo en lo que tú haces y vea lo que vea jamás voy con el cuento al padre... Si te pones pesado, hago contigo lo que he dicho y me arreglaré de modo que te echen de casa, que al fin no eres más que un criado. En cambio, siendo discreto...

—¡Consuelo!

—Te regalaré muchas cosas; Lorenzo te dará esa petaca que tanto te gusta...

Alargó un palo tremendo Antoñín al burro, como si éste fuera el autor de la ofensa. ¿Venderse él? ¿Y para tal fin? Encendióse en ira, en dolorosa vergüenza, y olvidando amenazas y temores, se plantó en medio del camino para repeler el agravio, vociferando:

—Ahora sí que lo digo, ¡por estas cruces! Callarme yo, tapar yo tus trapisondas, ¡y por una petaca! ¡Vamos, hombre! Criado soy, pero no eso que tú quieres hacer de mí, fiada en que todo te aguanto, como este burro mis golpes, en que soy para ti un burro de carga y nada más. ¡Y poco que se me puede dar lo que di-

gas a tu padre! Anda y dile que soy fiel, que trabajo más que duermo, y más que como, y más que cobro. Como no digas esto, no dirás más que mentiras, invenciones, mala hembra que eres y así vas por tan mal camino que has de descalabrarte...

Dijo más perrerías Antoñín, ya desbocado, en su lengua de golfillo madrileño, venganza de la ofensa y desahogo de sus antiguos y misteriosos rencores, y a todo ello no contestó la chica si no es por encogimiento de hombros y fruncir de la boquita resalada, cerrando otra vez los ojos, mecida por el traqueteo del carretón. El muchacho, agotada la carga de reproches, se puso a la trasera como antes y por la vía polvorosa no se oyó más que el rítmico golpear de las pesuñas del borriquillo.

Con aquel tardo andar dijérase que no llegarían nunca, y, sin embargo, ya llegaban y conforme se aproximaban iba perdiendo Antoñín el valor de decírselo todo al señor Salvador y sentía más ganas de llorar que de hablar.

III

El tío Salvador procede al juicio final.

Agazapadas como pordioseras al sol las pocas chozas de aquellas afueras cortesanas, que debieran ser y no lo serán hasta que Dios y la moda lo remedien, por el encanto del paisaje, la pureza del aire y la alegría de la luz, barrio aristocrático, extendido por el norte en todo el espacio que demanda la ahogada villa, parecían más miserables exponiendo sus lacras sin disimulo ni vergüenza. Aduar africano; entreverados cerdos, perros y gallinas, niños desnudos que jugaban, viejas que se espulgaban, mujeres sucias que guisoteaban, lavaban, o reñían, pintoresca vida exterior de intimidad primitiva, todo aquel mundillo era gota de agua en que las bacterias pululan.

Un hombrón, de gitanesca traza, erguíase al borde de la carretera; y ya con la mano sobre los ojos, haciendo de abanico, ya con el garrote, en remolinos de impaciencia, demostraba que la tardanza le ponía el humor propicio para una descarga cerrada. Lo sabían los chicos y así que esuvieron a tiro abandonó la

vara Antoñín y echó a correr por aquellos desmontes; Consuelo se desplomó de su mísera altura y pidió alas al miedo y a todo esto el borriquillo siguió uncido al yugo del deber, e impasible, flemático, abatiendo una oreja, enalteciendo otra, o levantando las dos a un tiempo, como quien presenta armas, entregó fielmente el carretón a su dueño, recibiendo en pago los garrotazos que supieron eludir los culpables.

Los cuales, por atajos y caminos convergentes, fueron a parar a la choza más lejana; y sin cuidarse de *buenos días* de vecinos, ni de cosa alguna, entraron y se cobijaron a la fresca sombra de la vivienda, tabique por medio, y en los respectivos jergones se tendieron, sin mirarse, sin hablarse, que parecía que el rencor de la bronca iba en serio, no tardando uno y otro en dormirse, pues no quitan hambre ni sueño las penas juveniles y en lo tocante al estómago venían bien repletos de los relieves de la cena con que les obsequiaba la Rosario cada mañana.

Entre tanto el tío Salvador, cogiendo al burro del ronzal, le llevó hasta una plazoleta cercana; dió allí libertad al triste esclavo, permitiéndole que coceara, rebuznara, se revolcase y pastara a gusto, y empinando las varas del carro hizo que cayera toda la riqueza que traía:

papeles, trapos, hierros, vidrios, desperdicios de toda laya, lo inservible y lo repugnante y lo despreciable, basura toda en la que escarbaba como el que busca un tesoro. Metía las manos en la ceniza y en las escorias, separaba cada objeto que pudiera utilizarse, y por categorías (que hasta lo que no sirve y lo que se arroja tienen la suya) lo colocaba a su diestra, especialmente todo aquello que, con retoques y composturas, era susceptible de tornar a alcanzar el valor perdido o con sabias manipulaciones transformarse y obtenerlo. Como añadía siempre su propia cosecha, los sombreros viejos, los zapatos deformados, alegraban sus ojos y tenía para ellos pasaditas cariñosas de su manaza enguantada de porquería; y si alguna prenda de vestir aparecía en el revoltijo, manga o faldón, chaqueta que dejó de ser, chaleco que aún presumía, pantalón cojo, trozo de paño o de lienzo, su cuidado era mayor y con mimo paternal le sacudía el polvo, doblaba y apartaba, destinándolo al paraíso del Rastro con los hierros viejos y demás trastos redimidos de pecado.

Juez inapelable, pesando faltas y virtudes con segura balanza, el tío Salvador absolvía y condenaba y de los despojos de la ruina creaba nueva vida.

IV

La Rosario.

Por la tarde (era domingo) y hecho el sol un brasero irresistible todavía, vino la Rosario. El paso de la gorda murciana, con su pañuelo de flecos, sus medias de seda y sus zapatos de charol, exhibiendo soberbia el moño lustroso y renegrido y la pechuga de colosales proporciones, causaba revuelo en los vecinos, que la saludaban desde sus puertas:

—Buenas tardes, señora Rosario.

Y el señor trapero, su marido, la recibía con excesivo agasajo. Este adjetivo comprometedor, tratándose de matrimonio bien avenido y que sólo se topaba una vez por semana, pide explicación y no hay por qué no darla: en estas visitas domingueras la Rosario traía el monto de la sisa semanal, unas veces siete duros, a duro por día; otras, si había habido convidados, diez o quince, hasta veinte, y según la cantidad que de la cartera extraía aumentaba el gozo del tío Salvador. Porque ello le aseguraba la realización de su sueño de establecerse en el Rastro, como su amigo Agustín, y de tra-

pero hacerse anticuario, que es lo mismo que de soldado raso llegar a general. Entonces ni él andaría por esas calles con el saco al hombro, ni su mujer guisaría para los demás, ni su hija iría arrastrada en el carretón ignominioso... ¡Flores de basurero, al fin y a la postre, los sueños del tío Salvador!

Hecha la entrega reglamentaria, la Rosario echaba un vistazo al tugurio y si venía a mano algún remiendo a la ropa del marido o de la hija, que era, la pobrecilla, una *esgalichá,* amiga de componerse, pero enemiga de corcusidos y siempre a matar con agujas y carretes. Luego se sentaba a la puerta a parlotear con las señoras vecinas y formaba un corro muy animado, pues era alegre, francota y dicharachera la Rosario.

Pero aquella tarde vino muy preocupada y tuvo con el tío Salvador conciliábulo... Que si esto, que si lo otro, que si la habían dicho, que si lo había visto. Como fuera cierto, era el mejor remedio romper un hueso a la chiquilla; porque sería una triste gracia que por tonterías del señorito Lorenzo y de la mocosa la plantaran a ella en la calle, perdiera una casa tranquila y fructífera, donde la señora, espantajo de todo criado, por ciega o por confiada no llevaba cuenta del juego de sus uñas y la dejaba completa libertad en la cocina, su feudo,

que es como debiera ser siempre y debieran ser todas las amas. Después vendría el estar de más, el rodar por las esquinas, las caras nuevas, los caracteres nuevos, con el consiguiente y deplorable perjuicio del paro. Quietas las cacerolas, quietas las uñas, en huelga forzosa.

El tío Salvador, que encontraba un alfiler, una mota en el fondo de la espuerta, por llevar los ojos arrastrados por los suelos, no había echado de ver nada. A la verdad, no se ocupaba de Consuelo, si no es que llegara y saliera a su hora y trajera acopio abundante de basura. Lo demás, ni se le ocurría siquiera. ¿Quién iba a hacer aprecio de aquella piltrafa juvenil, toda desgreñada y desharrapada?

—Pues, sí —insistió la Rosario sofocada, abanicándose febrilmente—. ¿No dicen que el amor no tiene vista? Pues tampoco tiene narices.

Los chicos seguían durmiendo la siesta y resolvieron despertar a Antoñín, porque interrogar a Consuelito les pareció superfluo, dado que la muchacha no había de confesar, ni apaleada que fuera. Y cuando Antoñín, adormilado, hinchados los párpados por el sueño o por el llanto, se vió delante de aquel tribunal, el tío Salvador con el garrote, la señora Rosario con el abanico, que era también palo en sus manos, creyó que iban a juzgarle por ignorada

falta y el castigo sería el destierro inmediato. Los dos hablaron a la vez:

—¿Has visto tú? ¿Sabes algo? ¿Has oído? ¿Sospechas?...

Preguntas atropelladas que hicieron el milagro de despabilar al rapaz para arrancarle la negación más terminante:

—¡No!... ¡Nada!

V

El señorito Lorenzo.

Hay dos épocas en que la enfermedad de amor ofrece mayor peligro: cuando apunta el bozo y cuando apuntan las canas; y siendo éste principio de fisiología evidente, no hay que subirse a la cátedra a darle vueltas y meterse en disquisiciones para explicar lo que la impetuosa adolescencia del señorito Lorenzo disculpaba. Quizá pensara que el agua redentora sería el filtro que transformase a la linda traperilla y la hiciera parecer lo que era en realidad; pero lo más probable es que no pensara más que en la consecución de su capricho, ya que no es humor reflexivo lo que produce el pade-

cimiento sino fuego, precisamente todo lo contrario.

Por cierto que el retrato que nos ha trazado del señorito Lorenzo el celoso Antoñín no peca de parecido: era un mozo muy espigado, muy bien plantado, que por lo mismo acusaba veinte años, aunque apenas frisaba en los diez y siete; pálido, sí lo estaba; pero ¿no quedamos en que también se quiebra el color de los enamorados? Y no se diga que era el estudio, los cursos del Instituto lo que le tenían a mal traer, porque desde que abrió el de Consuelo en plena calle no hizo más que pasear los libros bajo el brazo, sin relacionarse con ninguno ni saludarlos siquiera. Esto mismo de sacarlos de los estantes para el paseo mañanero no era estima ni aprecio sino cálculo de quien quiere engañar a los próximos y a los extraños; ¡un estudiante sin libros! Dejar de estudiarlos, sí, pero jamás de portarlos, prueba de contracción y de formalidad.

¡Bueno estaba el señorito Lorenzo para matemáticas! ¡Como que no le preocupaba otra cosa que Consuelo y la manera de llevar a cabo cierto proyecto atrevidísimo, un rapto a la moderna, de que le dió la idea la película de un *cine!* Ya estaba cansado de hablar con la chica en la escalera o en la esquina, a la vista de la portera o de Antoñín; de esperarla por la noche, de

los madrugones, de los sofocones y alarmas. Un día sería su padre, otro día sería el bruto del tío Salvador quien los sorprendiera, o la mamá o la Rosario. Había que desconfiar de la portera y, sobre todo, de Antoñín.

Y en una de aquellas tristes callejas del dédalo de Barquillo, dijo una mañana al bello y pringoso ángel del carretón:

—Mira, yo tengo un proyecto.

—¿Cuál?

—Y tengo además una *moto* con *sidecar*... Es decir la *moto* no es mía, pero me la presta un amigo cuando quiera y por el tiempo que quiera.

—Bueno; pero ¿qué tiene que ver el proyecto con la *moto?*

—Mucho, como que sin *moto* no hay proyecto. Escucha: una mañana de éstas tan hermosas que parecen convidar a una excursión, te espero yo con la *moto* en una esquina determinada; te despegas tú de Antoñín, cosa fácil, mientras él anda por un quinto piso, por ejemplo; dejas plantado al borrico, me buscas, montas en el *sidecar*... y a escape por la carretera de La Coruña... ¿Te parece bien?

—¡Ay, Lorenzo! ¿No podríamos hacerlo ahora mismo?

—No, porque no tenemos *moto*... Hay que hacer algunos preparativos antes: llevar dine-

ro, una muda de ropa... En seguida que pase los exámenes, ¿sabes? En quince días, ya quedaré libre... ¡Un viaje! ¿Has viajado alguna vez?

—Una tan sólo, que fuimos a Vallecas en el carretón.

—Pues iremos más lejos que Vallecas. ¡Qué sé yo! Puede que hasta pasemos la frontera...

—¡Que sea prontito, Lorenzo! ¡Ay! ¿Para qué me lo has dicho? Creo que me van a conocer en la cara la impaciencia.

Ella también llevaría una muda de ropa, un vestido muy majo, el de las fiestas, y se lavaría. ¡No iba a conocerla cuando se lavara!

Soñando en aquella ablución generosa y en el proyecto encantador se distraían al punto de exponerse a la sorpresa de Antoñín o a otra peor todavía...

VI

Se obscurece el horizonte.

La cual, si no ocurría, es porque hay un dios para los enamorados o es el diablo quien les sirve de padrino. Con la advertencia de su mujer,

el tío Salvador no soltaba el garrote ni para dormir; la Rosario, por abrir el ojo, olvidaba su juego de cesta y quemaba los guisos... En casa del señorito Lorenzo no podemos entrar, pues no estamos presentados; pero, según parece, andaban a bronca continua y la persecución tras los zancajos del joven era feroz mastín, dispuesto a hincarle los dientes.

Pues era lo mismo que querer coger un líquido con los dedos. Escurríanse por ellos ambos y sin dejar de verse y de hablarse sabían burlar a la policía entera. El único que podía descubrirlos era Antoñín; pero Antoñín se había encerrado en extraño silencio y no se dejaba arrancar más que aquellas dos palabras de negativa absoluta: ¡No!... ¡Nada! Ni delator, ni cómplice.

Tampoco amigo. Tampoco simple compañero. Criado, solamente criado, ciego y sordo, atento a su deber, a su bajo oficio de recoger la basura de los otros. Y huérfano de toda amistad y de todo arrimo, se apegaba cada día más al borriquillo, único ser que en la tierra le mostraba simpatía, a pesar de sus maltratos.

Con ella, con la Consuelo, no cambiaba palabra desde la cuestión en la carretera. Ya cargando y descargando espuertas por esas calles, o despachando de prisa el café de la mañana o el almuerzo que la Rosario les guardaba, siem-

pre abundante, como de casa grande; ya escoltando el carretón, en perezosa andanza, o tabique por medio tendido en el jergón del tugurio, la enemistad era patente entre los dos, con tonos de desdén por parte de Consuelo y de rencor por parte de Antoñín.

No, Antoñín no la perdonaba aquel usar y abusar de la libertad que su forzada discreción le concedía. La veía desaparecer en las esquinas y tornar al cabo de largo rato encendida de amorosa emoción, con la impertinencia y el descaro de quien dice: "Anda, denúnciame; atrévete a denunciarme. Mira cómo no me oculto de ti." O salir al señorito Lorenzo en su busca, los libros bajo el brazo y la ansiedad en los ojos. Todos los días así; cada día entreteniéndose más, prolongando la entrevista horas eternas para Antoñín, que pensaba, rabioso, en lo que se dirían y hasta en que sus manos habían de rozarse, y no se contentarían con la caricia del mirar, con el almíbar de las palabras y de las promesas.

Todo esto acabó por quitar el apetito y el sueño a Antoñín. Antoñín enflaquecía y sobre el jergón pasaba en vela espiando la inquietud de la otra, que tampoco dormía y aprovechaba los momentos de soledad (especialmente por la tarde, en que el padre, descuidando la vigilancia, se marchaba a la taberna) para ultimar

no sé qué preparativos e intrigas, pues era mucho su andar de un lado para el otro, revolver y buscar... Antoñín se arrimaba al tabique y por alguna juntura que a traición descubría el vecino aposento la sorprendía en un afán, cuya causa y fines no podían ser los mejores ni más recomendables: coqueteos delante del mal espejillo ensayando un peinado, una cinta arrugada, un guiñapo de tul; objetos que en un lío, bajo la almohada, se escondían. ¿Qué tramaba Consuelo? Y él, con su silencio... ¿Estaba bien que continuara sin hablar? ¿No incurría en la complicidad de que tanto abominaba? ¿Y si ocurría lo temido, lo irreparable?

El calor o la sofocación de esta idea arrojaba del jergón a Antoñín y salía a la puerta buscando aire, luz, consejo... Una faja obscura ceñía el horizonte y la sierra vestía negra falda.

¿Qué tormenta, qué catástrofe se preparaba?

VII

El tío Salvador encuentra una perla y pierde otra.

En cuclillas, hurgando entre las escorias, restos del juicio del día anterior, porque el carretón no había llegado aún con su tesoro, el tío Salvador apuraba el tamizado, que era la última operación investigadora, operación muy delicada que efectuaba, generalmente, cada mañana antes de emprender la jira callejera con el saco al hombro, gritando su voz alcohólica en arpegio chillón y destemplado:

—¡Tra-pe-ro!

Desierta la plazoleta, sólo algunas gallinas escarbaban cerca en competencia con el tío Salvador y se daban tanta maña como él en recoger y aprovechar ellas lo comestible, él lo utilizable y lo vendible; y así como ellas con disputas, picotazos y cacareos celebraban el hallazgo de un grano, él, con mirar de codicia, perseguía el objeto de valor, relativo o intrínseco... Una vez el tío Salvador encontró una petaca de esmalte; otra, un gemelo de oro; otra, una piedra azul, que resultó un zafiro legítimo... Pues esta vez

sus dedos tropezaron con algo blanco, duro y redondo, menos que un garbanzo y algo más que una lenteja: tenía reflejos de nácar, pero no era nácar; parecía una perla; era, sin sombra de duda, una perla. Limpia, examinada con toda atención, la tuvo por la más preciada que pudiera existir; pero como también las hay de pega y en esto de legitimidades hasta la justicia se equivoca y la ley vacila, creyó prudente ir a consultar a su compinche Agustín, el del Rastro. Agustín era un lince y había de decirle si era falsa o era legítima.

No se preocupó de otra cosa el tío Salvador y allá se fué, al Rastro, amenizando el largo camino con la sinfonía de su pregón; y en el tenducho obscuro y oliendo a sumidero encontró al señor Agustín, presidente, desde un sitial gótico, de las vejeces más o menos artísticas y más o menos auténticas, que la escoba del tiempo había barrido y amontonado en su miserable rincón.

Era un hombrecillo catarroso el señor Agustín, que parecía sufrir de los desmanes de tanto perverso microbio que alojaba en sus pulmones, condenado a vivir sin luz y sin aire en la sentina que pomposamente llamaba *tienda de antigüedades;* y antes de poder entablar la conferencia con aquel su amigo de las Cuarenta Fanegas hubo la gaita de su pecho de convul-

sionarse toda, tosiendo, esgarrando, escupiendo, con estridencias de fuelle viejo. No por ello quitaba de la boca el nefando pitillo, y al cabo, entre dos sonatas, falló sin apelación:

—¡Es falsa, Salvador!

—¿Falsa, Agustín?

—Más falsa que el alma de Judas. Si te dan por ella dos pesetas, conténtate...

—Y también con una, si no vale más. Válgate Dios que cada día hacen la mentira más verdadera. En esto de las perlas, al menos.

—Y en todo, Salvador; no te fíes. En el canto de un duro está que sea yo la antigüedad más legítima de mi tienda, ¡y eso que no soy viejo!

Charlaron los dos buen rato de su negocio, quedóse tosiendo el señor Agustín y marchóse el tío Salvador, mohino...

Fué un día desgraciado aquel día. Para su honrada industria, malísimo; y cuando al filo de las doce llegó a su choza no encontró el carretón, cual debía. Es cierto que algunas veces se retardaba; pero, no obstante, al tío Salvador le entró un cosquilleo de dudas y aprensiones que ya no le dejó parar, y desde los desmontes vigilaba la carretera... La una, las dos, las tres. El carretón no parecía. ¿Qué se había hecho Antoñín? ¿Qué era de Consuelito? No comió el tío Salvador (¡más comido de impa-

ciencia que estaba), y cuando ya iba a echarse al camino, garrote en mano, adelantándose a lo sucedido, le vió venir tardamente, el borriquillo paso tras paso, Antoñín más cabizbajo que él, y el trono en que la reina basurera se asentaba, vacío, o mejor, vacante.

Es decir que venían Antoñín y el borrico, pero no venía Consuelito.

VIII

Rayos y centellas.

No huyó Antoñín, como siempre, cuando del desmonte abajo se arrojó el amo, el garrote vengador en la diestra. Igual que el jumento, esperando a pie firme la acometida, echó su brazo sobre el anca del animalito y sobre el brazo la cabeza, soltándose a llorar, de tal modo que el tío Salvador no necesitó más para comprender lo que había pasado, y su pregunta: "¿Y Consuelo?..." fué dicha con temblores del miedoso vozarrón, paralizados el brazo y el garrote súbitamente.

Contestó el muchacho con el ademán que no

sabía, y sólo después que se calmó un tanto y secó los ojos y sonó las narices, dijo:

—Con el señorito Lorenzo, señor Salvador... Se ha escapado en una *moto*... En la calle Gravina...

Un tronido espantoso de juramentos estalló en la boca del trapero. ¿Cómo? Iba a matarlos, no les dejaría un hueso, no pararía hasta alcanzarlos... ¡Ah! ¡Con el señorito Lorenzo! ¡Razón tenía la Rosario! Y la Rosario, ¿lo sabía ya?

—Mire usted, señor Salvador... —sollozó Antoñín.

Cuando salieron la noche anterior para el trabajo, notó sorprendido que Consuelo se había lavado y peinado con un esmero que sólo ponía las raras veces que iban al *cine;* era otra, sí, señor, y estaba como nunca la vió él, más guapa que una señorita, tales milagros hace el agua. Llevaba un lío en la mano y no subió al carretón, sino que anduvo a pie todo el camino. El, con esto de que estaban disgustados, no se atrevió a preguntarla adónde iba que temía mancharse; y así llegaron a Barquillo, y en vez de comenzar su tarea, en un umbral de Gravina puso el lío y se sentó, como quien espera algo o a alguien... Tampoco Antoñín se atrevió a interrogarla, y sin más procedió a su acarreo de costumbre y él solo limpió el barrio entero y

cuando tocaron a subir y bajar escaleras, él solo las bajó y las subió, mientras la señorita Consuelo se estaba clavada en su umbral, banco de su paciencia y de su indolencia... Amaneció; y bajaba Antoñín cargado con una espuerta cuando oyó el escándalo de una *moto* en la calle dormida todavía: en el umbral de Gravina no vió a Consuelo, corrió: ¡ni *moto,* ni Consuelo, ni nada; humo, puro humo!

Tornó entonces a Barquillo y en dos zancadas subió al piso de la señora Rosario... El timbre no sonaba; dió con los puños en la puerta y un siglo más tarde abrió la señora Rosario.

—¿Sabe usted? Consuelo...

—¿El qué? El señorito Lorenzo salió hace poco en una *moto*.

—Pues, eso, señora Rosario.

—¡Ay, mi madre! —exclamó la señora Rosario.

Y se metió dentro, llorando; y hubo gran terremoto, muchas voces de hombres, de mujeres y de niños, que salieron luego en tropel por esas escaleras... Con la señora Rosario, con dos señores más y otros dos de la familia o de la policía, anduvieron de ceca en meca y de Herodes a Pilatos:

—¿Han visto ustedes una *moto* de estas señas? ¿Han visto ustedes...?

Sí, sí, cualquiera los alcanzaba a estas horas. Ni el telégrafo, que corre tanto. Y cansado, sin desayunar ni un mal cacho de pan, venía a contárselo al señor Salvador, con el encargo de la señora Rosario de que fuera cuanto antes a proseguir juntos la dificultosa campaña de atrapar a los fugitivos y atraparlos a tiempo...

¡Rayos y centellas! Remolineó el garrote el tío Salvador, y sin querer saber más tomó el camino de la Corte, escapado, mientras Antoñín, con su llanto, y el burro, con sus rebuznos, prestaban al suceso el más elocuente de los comentarios.

IX

Antoñín descabeza a un moro.

Pasó la tarde, cerró la noche y no pareció el tío Salvador ni la Rosario. Los fugitivos, menos, naturalmente, que ésos, por la prisa que llevaban y la cuenta que les tenía, debían de estar casi, casi en la raya de Francia.

Huyendo del curioseo de los vecinos, del preguntar de todos, de los "¡Ya lo decía yo!" impertinentes y ofensivos, Antoñín se refugió en

la choza, y del rincón donde le mantuvo taciturno la aflicción hondísima no se movió sino para mojar unos mendrugos en el cocido de una vecina caritativa, que al estómago no se le convence con otras razones que las que entran por la boca. Y con la obscuridad de la noche una idea, nacida al choque del suceso, crecía y convertíase en proyecto consolador y redentor....

Estaba en una árida llanura. Al fondo, cerros pelados y rojizos. Chumberas por aquí y por allí. Cielo africano. Sol africano. Con su fusil al hombro marchaba en busca del enemigo. Y de repente, un tiro. Nadie. Nadie. Nadie. Pero, sobre una chumbera de la izquierda resplandece una nubecilla. Es un *paco* traidor que se esconde. Apunta, ¡fuego! Y se lanza... El moro está herido, un morazo de narices aplastadas y barbas cerdosas. Forcejea con él, le mecha bien a su gusto y le corta la cabeza para llevarla al campamento... Cuando la presenta a sus compañeros, ve con horror que es la cabeza del señorito Lorenzo...

Despierto de su sueño guerrero, suspiró muchas veces Antoñín. Y volvió a dormirse y ya no soñó más: durmió tan pesadamente como si la tranquilidad que su idea le infundía le hubiera aletargado, que a la hora en que debía salir con el carretón seguía en el limbo, si bien hay que decir que si se despierta no sale tampoco,

pues ¡cualquier día se quedaba él al servicio del señor Salvador después de lo ocurrido y de lo proyectado!

Transcurrió la noche y la mañana y la tarde y Antoñín continuaba durmiendo. La pena le había transformado en marmota, y durmiendo iba a pasarse los meses hasta que el calor primaveral, el retorno de Consuelo tal vez, o la fuerza misma de su idea patriótica, le devolviera la vida. Y en esto oyó clamoreo fuera... No era pelea de moros, sino voces conocidas.

Abrió los ojos y vió al señor Salvador, a la señora Rosario y a Consuelo... Sí, sí, a Consuelito, que venía como reo entre dos gendarmes, llorosa y gacha la cabeza, bajo el peso de la vergüenza y de su falta. El señor Salvador echaba lumbre y remolineaba el garrote, ávido de cobrar la tunda prometida; la señora Rosario, perdida su arrogancia, terciaba su pañuelo de flecos sin el garbo suyo acostumbrado. Atravesaron los tres la plazoleta y se conmovió todo el aduar; vecinos y vecinas salieron a las puertas, se sublevaron los chiquillos, ladraron los perros, dieron el alerta los gansos... No estaba más rojo el sol, que en tan histórico momento se escondía detrás de la sierra, que los tres malaventurados y atribulados viajeros.

—Sí, aquí nos tiene usted —dijo la Rosario a su amiga y vecina más próxima, la señora

Eduvigis—. El cómo y el porqué ya usted se lo figurará... ¡Los han cogido en El Escorial esta mañana! El señorito Lorenzo va camino de Santa Rita, donde por decisión de sus padres quedará una buena temporada, y esta perra indecente, que nos ha deshonrado, ¿qué hacemos con ella, manchada como viene?... Y yo, por supuesto, en la calle, que ni la señora era gustosa de que siguiera en la casa, ni yo tampoco. Ya pagarán lo roto, que para eso son ricos... ¡Ay, señora Eduvigis, qué cosas éstas de la vida!

La señora Eduvigis y las otras y todos se asombraban. Porque, realmente, no comprendían eso de que la chica viniera manchada, ¡no habiéndola visto más limpia jamás!

X

¡A Melilla me voy!

Consuelo entró la primera y no miró a Antoñín. Y en un arranque de decisión, en que sin duda iban mezclados el dolor y el despecho, se plantó el muchacho delante del amo:

—Señor Salvador, yo quería decir a usted que... ¡que me voy a Melilla!

—¡Vete con Dios! —contestó broncamente el tío Salvador—. Iba yo a decirte, precisamente, que ya no te necesito... Toma un duro, el salario del mes, y andando.

—Sí, hijo —confirmó áspera la Rosario—, vete bendito de Dios, que si la niña ha caído es por tu culpa, que veías y callabas y les servías de tapadera. Hablaste cuando ya no tenía remedio...

—Señor Salvador... Señora Rosario... Juro a ustedes...

Eran dos bofetadas con el aditamento de un puntapié, injusticia e injuria, todo a la vez, y Antoñín no podía sufrirlo. El padre y la madre le dieron la espalda, y allá, en el fondo, también la culpable se la volvía, indiferente.

Nada había de recoger Antoñín: su ajuar y su fortuna los llevaba encima. Salió sin despedirse de la choza inclemente y a tiempo que en la penumbra de la plazoleta aparecía oyó que el borriquillo, el compañero de fatigas y de escaseces, rebuznaba como si le dijera adiós. Fué y le abrazó y le besó, pidiéndole perdón de los palos que le diera sin motivo y que ahora la suerte le devolvía en justicia. Luego, sin mirar a la choza ni atrás, bajó por el desmonte y con varonil resolución emprendió la caminata.

¡A Melilla me voy! ¡Es tan fácil decirlo!... Pero ¿cómo y con qué? Porque no bastaba con

el deseo, con la voluntad de sustituír un amor con otro más noble, el más noble de todos, el de la Patria. Sí, a defenderla, a matar moros... Armas y medios los diera Dios, que fuerzas, sus quince años no habían de escatimárselas. Llevaba las alpargatas descosidas y en todas las prendas jirón más o menos desvergonzado; en un bolsillo, unos mendrugos, y en el otro, un duro: llevaba el principal bagaje, el ánimo tan entero, que, sabiéndose rico, no temía desfallecimientos ni tropiezos. No de otra manera muchos de sus congéneres pretéritos, los conquistadores de mundos y de glorias, emprendieron su ruta de aventuras.

Llegó al Hipodromo, siguió la Castellana, luego Recoletos...

Iba tan resuelto que no parecía sino que Melilla estaba a dos pasos y precisamente en aquella dirección: iba hacia adelante, y esto era todo lo que le pedía su voluntad; e hizo su fortuna que por Alcalá viera descender, al son de las músicas y de los vítores, un regimiento que, al decir de algún mirón, marchaba a Algeciras para embarcar destinado a Marruecos, y se unió al tropel y pegado a un húsar arrogante marcó los pasos como si el ejercicio militar fuera su habitual ocupación.

Sí, se iba a Melilla. Antoñín, el de Alharaca del Monte, el hijo del pueblo, el de la Bla-

silla, el enamorado sin consuelo de Consuelo, el criado del trapero Salvador, dignificado, enaltecido, iba a pelear por la Patria, un soldadito más del que ya oirían hablar los presentes y también los venideros.

Embriagado con la idea y el entusiasmo que estallaba en aplausos al paso triunfal del regimiento por la ancha avenida iluminada, camino de la estación del Mediodía, figurábase el bravo rapaz que una parte, infinitesimal siquiera, le tocaba a él en la jornada; y ya en la estación, se dejó arrastrar por el tropel, viéndose, ¡oh realidad de su sueño!, delante de la portezuela abierta de un vagón que parecía convidarle a entrar... ¡Entrar! ¿Cómo? Pues entrando, así, francamente, a espaldas de los soldados que, en el revuelo y la efusión de la despedida, no iban a ocuparse de él; se escondió, sigiloso, debajo de un banco y ahí quedó más quieto que un muerto, un rato largo, un rato larguísimo.

Pero, al silbar de la partida, al envión del convoy que arrancaba, a las palmadas y voces, último adiós y augurio feliz, no pudo contenerse; y sacando la cabeza juntó este grito al grito inmenso, clamoroso:

—¡Viva España!

FIN

ÍNDICE

PÁGS.

LA MARQUESA SE DIVIERTE

LA VIRGEN MELONERA

LA TRAGICOMEDIA DEL GARBANZO

PÁGS.

ANTOÑÍN

NOVELAS ARGENTINAS

POR

CARLOS MARIA OCANTOS

De esta serie de novelas en que se estudia y describe la vida argentina contemporánea en sus diversas manifestaciones, van publicados los *catorce* tomos siguientes:

León Zaldívar.—Quilito.—Entre dos luces.—El Candidato.—La Ginesa.—Tobi.—Promisión. — Misia Jeromita. — Pequeñas miserias.—Don Perfecto.—Nebulosa.—El Peligro.—Ríquez (Memorias de un viejo verde).—Victoria.

Se halla en preparación el tomo XV

La Cola de Paja.

DEL MISMO AUTOR

Mis cuentos (primera serie). Un tomo.

Sartal de cuentos. Un tomo.

Fru Jenny (seis novelas danesas). Un tomo.

El Camión (seis novelas españolas). Un tomo.